

Josh Meadams



Todo el mundo
odia a Cupido
Vol.2

Todo el mundo odia a Cupido

Vol 2.

Josh Mcadams

© Josh Mcadams, 2024

Corrección ortotipográfica y de estilo, Arthur Casablanca.

El copyright y la marca registrada del nombre "Sombras en el agua" y de todos los nombres propios y el resto de los personajes, así como de todos los elementos relacionados, son propiedad de Josh Mcadams.

1ª edición: Enero 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“En un beso sabrás todo lo que he callado” —Pablo Neruda.

Indice:

1. Atenas
2. Flores rosas y rosas rojas
3. El consejo
4. Makris
5. Un libro mágico
6. Amistad
7. El puente
8. Dódona
9. Refugio
10. Un semidiós
11. La lanza
12. Un héroe verdadero
13. Revelación
14. Ranas
15. El veredicto

Capítulo 1

Atenas

El viaje hasta Atenas fue tan largo y tedioso como había cabido suponer, pero por suerte para Connor había podido pasar cada minuto junto a Oliver. A solas. O al menos con toda la soledad que podían conseguir en un avión con otros cien pasajeros.

Dodo no tardó en volver a su forma gatuna, para cuando se dio cuenta de que tendría que viajar con el resto de los animales y las maletas ya fue demasiado tarde para transformarse en su forma humana. Así que tuvo que resignarse a pasar las siguientes horas encerrada en una jaula.

—Cálmate, yo estaré contigo —le aseguró Connor de nuevo. Acababan de bajar del avión, se encontraban esperando para recoger al equipaje y a su “mascota”. No tienes nada que temer —

Oliver había tomado la idea de viajar a la antigua Grecia con entusiasmo pero no había tardado en tener un millón de dudas sobre su participación en aquella aventura. En algún momento de su viaje en avión el pánico se apoderó de él y empezó a arrepentirse.

—No, no me calmo. Quizá no fue buena idea —le respondió—. Me puedo quedar en el hotel y ya está —

—¡Es un viaje seguro! —.

Una pocas de notas musicales sonaron desde los múltiples altavoces del aeropuerto.

—Atención, pasajeros, el equipaje del vuelo número ciento ochenta se ha empezado a distribuir en la sección “b”, repito en la sección “b” —anunció una agradable y calmada voz femenina en una serie de idiomas distintos—.

—Voy por Dodo —le dijo Oliver—.

—Ayer pensabas que era fantástico, ¿qué ha pasado en menos de veinticuatro horas? —.

Connor deseaba que Oliver viese de dónde procedía, sus orígenes, los lugares que visitaba cuando era un niño, algunas de las personas que un día fueron importantes en su vida. Y por último que conociese a su madre. Usar el portal de Venus para viajar a la Grecia antigua era seguro, él solo lo había usado en una ocasión en el pasado pero realmente no tenía ningún misterio. Este se desbloqueaba con el tacto de los descendientes de Afrodita y algunos de sus más preciados acólitos. Tras ser desbloqueado solo era necesario cruzarlo.

—Pues que me han surgido dudas —le volvió a decir por centésima vez Oliver—.

Su amigo estaba verdaderamente frustrado.

—Te he respondido a todas tus preguntas que me has hecho —.

—No, no lo has hecho, no de forma satisfactoria —.

Las respuestas de Connor se centraban en asegurarle que esto o lo otro no era un problema, que esto o lo otro era una tontería y que solo tenía que estar a su lado y nada malo le sucedería. Pero para sorpresa de nadie las respuestas vagas de este no satisficieron a Oliver, el cual tenía intención de charlar con Dodo antes de decidir finalmente si iba o no.

Las mascotas fueron las primeras en aparecer por la cinta transportadora, Dodo odiaba estar encerrada en un transportan pero no tuvo elección. Se vio a sí misma en el la zona de

carga una vez se hubo convertido en gato, si hubiese tenido esa misma visión un minuto antes habría optado por ser humana.

Oliver abrió un poco la cremallera del transportín.

—¿Qué tal estas? —preguntó asomándose a su interior—.

—Sedienta —se quejó—. Aquello olía fatal —

—Iré a por agua —.

Ella lo detuvo con un movimiento de su pata.

—No, compra vino mejor. El más caro que halla, paga Connor —.

Oliver abrió del todo el transportín y la gata salió del mismo con la indiscutible elegancia de un felino.

—No quiere venir con nosotros —le dijo Connor con angustia a su amiga cuando Oliver se alejó del todo—.

—¿Por qué? —.

—Tiene miedo, no sé, me ha hecho un millón de preguntas —le dijo mostrando con frustración—.

Dodo lo miró con

—Y tú te has asegurado de calmarlo, verdad? —

—Claro —.

—Pero no de darle las respuestas que quería —

—Me agotáis...—se quejó—. Yo nunca he necesitado saber cuántas moléculas tiene el agua para bebérmela, los sobre pensadores sois lo peor —

—Dos de hidrógeno y una de oxígeno —.

—¡¿Ves?! ¿Y eso qué más da? Saberlo no cambia nada —.

Dodo era consciente que debido a la personalidad amorosa de su amigo priorizaba sobre proteger a las personas que le rodeaban y a asegurarse de que estos se sintiesen a salvo y amados. Pero las preguntas que Oliver preguntaban exigían respuestas claras que él pudiese entender, tenía una mente inquisitiva que necesitaba alimentar. Que intentase tranquilizarlo y darle su palabra de que todo saldría bien no era suficiente.

—Hablaré con él —le aseguró ella—.

—Convéncelo, quiero que conozca mi casa —pidió como un niño malcriado—. A mi madre —

—No voy a convencerlo a que haga nada, es mayorcito —se quejó—. Además, que él se quede aquí esperando a que volvamos no cambiará nada —

—No quiero que se pierda algo tan mágico por que desconozca unos pocos detalles sin importancia, es es todo —.

—¿Detalles como? —.

La gente pasaba al lado de ambos sin prestarles atención, que un hombre hablase con su gato no debía de parecerles demasiado extraño.

—Le preocupa no poder comunicarse con los demás, por ejemplo —.

—Y tú le has dicho que no necesitará comunicarse con nadie por que tú estarás con él —.

—Claro —.

Si hubiese tenido brazos los hubiese cruzado teatralmente.

—¡¿Pero puedes ser más tóxico?! —.

Una señora que caminaba giró la cabeza bruscamente hacia ellos, estaba segura de que la voz femenina que había oído procedía de aquel animal.

—Baja la voz —le pidió Connor—.

Esta los observó no tan disimuladamente un par de minutos mientras revisaba de mentira su móvil y se fue al no notar nada extraño de nuevo.

—Poder comunicarse con los demás es imprescindible, ¿por qué sino la gente aprende idiomas? —le increpó Dodo—.

—Pero no hay tiempo para que aprenda griego antiguo, ¿o sí? —.

—Magia —.

Connor la miró exasperado, ninguno de los dos podía hacer ese tipo de cosas.

—Magia, claro...— .

—Conozco a alguien que puede ayudarnos, aunque saldrá caro...—caviló—. Si es que aún está por allí... —

—Apenas me queda dinero, cuando volvamos tendré que malvender algunas cosas para poder pagar tu insaciable apetito —.

—...y tus gustos por la ropa de marca —añadió ella—.

Oliver se acercó hasta ellos con una bolsa de la que asomaba una botella de vino y una caja de cartón que contenía un vaso.

—Ya estoy, ¿dónde vamos primero? —preguntó—. He visto por Internet un hotel no muy caro —

—Pero si hoy mismo nos iremos... —se quejó Connor—.

Oliver le dedicó una mirada de complicidad a Dodo, le decía que no acudiría a ese viaje sin que sus preguntas se resolviesen satisfactoriamente. Estaba seguro de que Connor ya le habría contado todo lo que había pasado en ese avión.

Acabaron en un taxi rumbo a un hotel de tres estrellas donde Oliver había hecho una reserva con su móvil, Connor intentó hacerle cambiar de idea y cambiar de hotel a uno con más estrellas pero el primero se negó alegando que aquel podía pagarlo de su bolsillo.

—Gracias —le dijo Connor dándole una propina al botones que subió sus maletas—.

—Bien, sírveme un vaso de vino —reclamó Dodo cuando la puerta se cerró—.

—¿Puedes ser más amable? —pidió Connor—.

—No te lo decía a ti, tú dejanos un rato a solas —.

—¿En serio? —.

—Seguro que tienes preparativos que hacer, personas a las que llamar...—.

Bufó.

—No me gusta que me excluyáis —sacó una pequeña libreta de color beige donde tenía apuntados una serie de números y direcciones y salió de la habitación con una expresión insoldable de enfado—.

—A veces es como un crío, y a veces me hace gracia mucha gracia por que puede ser extrañamente adorable —le dijo Dodo—. Esta no es una de esas veces —

—Dodo, tengo reservas en cuanto al viaje. ¿Qué pasaría si me pierdo? No podré comunicarme con nadie, ¿qué haré atascado en el pasado? —.

—No vas a perderte por que iremos contigo y no nos iremos sin ti —le aseguró—. Y en cuanto al lenguaje, tu querida y reciente amiga Dodo va a solucionarlo. Conozco a un mercante que vende todo tipo de objetos mágicos, seguro que podrá ayudarnos —

Respiró aliviado, Dodo sabía escoger las palabras que decir para tranquilizarlo.

—Bueno... ese era un gran problema —.

—Dispara, ¿qué más preguntas tienes? —preguntó—. Antes de responder sírveme una copa de vino —

Oliver sacó la botella de la bolsa y la colocó sobre una pequeña mesa de madera, luego hurgó en la bolsa y sacó un sacacorchos y el vaso de cristal.

—No estará frío —le advirtió Oliver—.

—Da igual, me gusta de todas las formas —.

Sirvió el vino en la copa de cristal y observó como Dodo saltaba sobre la mesa y metía su blanco hocico dentro.

—Me preocupa no poder defenderme —comentó—.

—¿Defenderte? ¿Piensas pegarte con alguien? —.

Iban a una tierra llena de animales y seres mitológicos, Grecia era popular por su gran ejército. Él no sabía ni como pegar un puñetazo.

—Se supone que vamos a ese sitio lleno de peligros y me da miedo que me ataquen, ¿soy tonto por tener miedo? —.

—¿Tienes miedo de salir a la calle en Manhattan? —.

—No —.

—¡Pues Nueva York es mucho peor que Grecia! Por favor, ¿qué probabilidades hay de que te metas en líos con alguien peligroso? —.

La suerte de Oliver brillaba por su ausencia.

—Si las hay me pasará, mi suerte no cambiará por cambiar de tiempo y espacio —.

—No se me ocurre nada para hacerte sentir más seguro, la verdad, pero Connor y yo estaremos a tu lado. Nadie pondrá un dedo sobre ti —le aseguró—.

Poder comunicarse con otros mortales y su seguridad era lo que más le preocupaba, reconocía que a lo que más temía era a lo desconocido.

—Estoy hecho un lío —resumió—.

—Miralo de esta forma, es un viaje que solo surge una vez en la vida. Es la primera vez que yo lo hago, pero Connor ya ha usado el portal en una ocasión. Este te lleva a la ubicación del otro portal en el pasado. Fin de la historia —.

Se sentó al pie de la cama.

—¿Connor se enfadará mucho si no voy? No es muy sutil a la hora de ocultar sus sentimientos... —.

—¿Sentimientos? —.

¿Era posible que su amigo le hubiese revelado a Oliver que estaba enamorado de él en el viaje de avión a Atenas? Sabía que podía ser impulsivo pero esperaba un mínimo de decoro y auto control por su parte, Oliver seguía con el corazón roto tras el incidente con Sergio.

Sergio rompió su corazón cuando este le reveló sus sentimientos y él únicamente supo reírse de él y ser un desalmado. El dolor de su corazón fue tan fuerte como para atraer a Anteros, el hermano de Cupido. Este había jurado vengar ese amor y matar a Sergio con su espada. Solo había pasado poco más de un día desde aquello, estaba segura de que no era la mejor de las ideas confesarle su amor.

—Sí, creo que se enfadará conmigo si no voy —.

—Enfadarse...—soltó Dodo con alivio—. Te diré una cosa sobre Connor, se enfada muy rápido y se desenfada aún más rápido, no te preocupes mucho por eso —

—En ocasiones noto que me mira de una forma tan intensa, como si estuviese listo a interponerse entre una bala y yo —confesó—. Nunca he tenido un amigo de verdad, todo esto es nuevo para mí —

Dodo tenía a Oliver como una persona inteligente pero aquella descripción tan exacta

haría que el menos espabilado sumase dos más dos y supusiese que la otra persona estaba interesada en él de forma romántica. De cualquier forma no era un tema en el que ella quisiese entrar.

—Puede ser muy pasional, sí —respondió intentando tirar balones fuera—. Es el dios del amor, tenlo en cuenta —

—Eso no quita que se muy raro —.

Dodo se echó a reír y Oliver la siguió, el comportamiento de Connor siempre le había resultado peculiar pero últimamente era aún más bizarro. Y aunque no le molestaba, lo aceptaba por cómo era, sí le parecía que se había vuelto incluso un poco más raro.

—Respóndeme a esto, ¿qué es amor? —preguntó ella—.

—No lo sé, muchas cosas —.

—¿Dirías que puede ser infantil, pasional, intenso, atracción, alegría, tristeza, locura...? Un sin fin de cosas —.

Él se encogió de hombros, cada persona atribuía un adjetivo distinto al amor. Incluido él.

—Sí, supongo —.

—Pues así es Connor, él es todo lo que es el amor. En ocasiones su personalidad puede resultar muy intensa y apabullante pero que te acepte en su corazón es la cosa más maravillosa del mundo. Yo solo soy su amiga y sé que movería el cielo y la tierra para ayudarme si fuese necesario. Si es protector contigo es por que le importas —.

Le gustó cómo hablaba de Connor, había cierta reverencia en la forma en la que se refería a él, casi como la que pudiese sentir una madre. Oliver se sintió afortunado por el hecho de que alguien como Connor lo considerase un amigo pero después de aquella descripción tan sentida se sintió incluso más especial.

—Qué bonito —.

—No le digas que lo he dicho yo o te dejo en la cocina de Doriso desplumando pollos por toda la eternidad —.

Doriso era un antiguo conocido de Dodo, un petulante rey que comía consumía una ingente cantidad de pollo, según él era la más saludable que existía.

—¿Eternidad? —preguntó con horror—. ¿A qué te refieres? —

—Ah, sí, ¿no te lo ha mencionado Connor? Como te dije el lugar al que vamos está alejado de la línea temporal y unido a la vez, pero si no salieses de Grecia no envejecerías ni morirías. No de una causa relacionada con la vejez —.

Connor no le había dado ningún dato relevante, se había pasado gran parte del tiempo hablando de su palacio en las nubes y enumerando algunas de sus pertenencias más valiosas. Aquellas historias le parecieron fascinantes pero no se encontraba en una posición apropiada para valorarlas.

—¡Suenan horrible! ¿Es como un purgatorio? —.

—La gente no es consciente de que no puede envejecer, es parte de la magia que envuelve el lugar. Si acaso son más felices, aunque tampoco sepan porqué —.

Tenia sus reservas, aquello de que todos fuesen más felices sería la opinión de su amiga. La realidad podía ser otra totalmente distinta.

—¿Eso me afectará a mí? —.

—La inmortalidad con referencia a la vejez, sí. El no ser consciente de esa realidad, no —.

—¿Entonces cómo funciona? ¿No me afectará por ser de este siglo? —.

—La tierra está encantada por los dioses, si la pisases durante muchos años acabarías olvidando el paso del tiempo —.

Le gustaba conocer todos esos detalles pero seguía pensando que era un purgatorio,. Uno distinto pero igual de aterrador, sobretodo al saber que sus habitantes desconocían qué pasaba en realidad.

—Bueno, al menos tú me das datos...—admitió—. Prefiero saber todo lo malo y luego elegir que no saberlo —

Connor le había pedido que lo convenciese y aunque le había dicho que no lo haría sí intentaría que entendiese por qué era importante para él

—Él quiere que vengas por que quiere mostrarte sus cosas favoritas, sus personas favoritas, los lugares que más le gustan y a su mamá... ¿no es adorable? También eres su único amigo, el primero después de mi —.

—Sí, lo es...—.

—¿Vendrás con nosotros? —.

Aún tenía sus reservas en cuanto a si debía ir pero decidió hacer oídos sordos a las mismas, quería dejar vivir tanto en su cabeza y disfrutar de una aventura para variar. Ser tan precavido no le había llevado nunca a nada.

—Si solucionáis lo del idioma, sí —.

—Le pondremos una solución, aunque no sea barata...—le aseguró ella—. Lléname la copa de nuevo —

Connor había pasado una hora exacta en el bar del hotel, uno que no tenía ni su propio coctelero, solo botellas polvorientas y baratas y un horrible café de máquina.

Miró el reloj por última vez, habían pasado exactamente sesenta y dos minutos, tiempo suficiente como para que su amiga y Oliver hubiesen hablado de todo lo que querían. Él había acabado de organizarlo todo en diez minutos.

—Aquí estoy —anunció de mal humor—.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —le preguntó su amiga—.

—Bien —espetó—.

—Oliver se apunta al viaje —le informó—.

La cara de este cambió instantáneamente a una de alegría total, su amigo fue testigo de ello.

—Pero solo si Dodo me consigue lo que me ha prometido —señaló Oliver—. Y si no me dejáis solo ni un minuto, tengo miedo de que un menotauro me pisoteé las piernas —

—Yo estaré a tu lado —le prometió Connor con una brillante sonrisa—. No dejaré que ningún menotauro se acerque a ti —

—Encantador —soltó Dodo con retintín, solo por molestarlo—. Tenemos que ir a la acrópolis, la persona que buscamos debe estar allí —

—Bueno, ya he hablado con la dueña de la casa a la que vamos, todo estará listo cuando vayamos —.

—Pues no se hable más —.

Las calles de Atenas eran coloridas, llenas de plantas y flores, los edificios no eran demasiado altos y había multitud de casas de una planta o dos. Oliver pensó que era muy distinta a Nueva York en muchos aspectos pero el que más le llamó la atención de forma positiva fueron las personas, estas caminaban por la calle sin prisa, con una paz y un ritmo muy distinto a las de la ciudad de la que venía.

Connor estaba emocionado por que su amigo viese cómo era el mundo donde se había

criado, quería llevarlo a su lago favorito y al pequeño y encantador restaurante que vendía lo más parecido a patatas fritas de toda Grecia. Esperaba que el local siguiese en pie después de tanto tiempo, aunque desconocía a cuanto su tiempo en la línea continua del tiempo y la equivalencia allí.

El mercado de Atenas estaba repleto de gente, en eso sí se parecía a la ciudad de la que venían. En este incluso circulaban motos y personas con patinetes electrónicos, se preguntó si la gente tenía miedo de caminar entre tanto vehículo.

—¿Dónde está ese contacto? —preguntó Connor—. Esto es grande y está atestado de gente —

Su amiga no podía afirmar con rotundidad que estuviese allí, pero según tenía entendido aquel mercante acudía a vender su mercancía a aquel mercado cada día desde hacía miles de años. No había motivo por el que no se encontrase allí en ese momento.

—Tendré que transformarme en un ave —les dijo ella—. Volando lo encontraré antes

—

—¿Delante de todos? —preguntó Oliver—.

—Lo haré disimuladamente, veo una fuente a lo lejos —.

—¿Te seguimos o...? —.

—Esperadme aquí, volveré cuando lo encuentre —.

Connor tocó su bolsillo izquierdo.

—Por que yo tengo el dinero —.

—Exacto —.

—Asegurate de que te haga un precio de amigo —le pidió—. Que estamos de sequía

—

Connor se sentó en un banco de madera tras de ellos y vio como el pequeño gato blanco caminó hasta la susodicha fuente, dio un paso dentro de la misma y salió convertida en un pequeño pájaro blanco que voló hasta el cielo, perdiéndose en la distancia..

—¿No entramos a ver el mercado? —preguntó Oliver—.

—¿Piensas comprar algo? Solo vas a encontrar alimentos y algunas baratijas —le aseguró—. Podemos volver cuando regresemos —

—Tienes razón —dijo sentándose a su lado—.

—No has dejado de mirar el móvil a escondidas durante todo el día —comentó—.

¿Algún problema? —

—Mi madre no para de enviarme mensajes, ya le he dicho que no quiero hablar sobre el tema pero no es de las personas que se rinden fácilmente...— .

Al parecer su madre se había enterado de alguna forma de la conversación que tuvieron él y Sergio en el cumpleaños de su padre y esto había escalado hasta una discusión entre la madre de Sergio y la suya. Por lo que sabía los padres de Sergio se posicionaban de su lado, y no del de su hijo. Lo que explicaba que Sergio estuviese enfadado con él y le reclamase por haber sido un bocazas.

Connor no entendía cómo en primer lugar había tenido la caradura de haber ido a reclamarle por algo así después de haberse comportado como un desalmado. Durante el viaje de avión Oliver se limitó a comentar que entendía su punto de vista y su enfado, aunque en su momento le había puesto los puntos sobre las íes.

—No quiero pensar en eso ahora —le dijo Oliver—. Así que, olvidémoslo —

Connor le sonrió, la luz del sol sobre su cara hacía que pudiese ver con claridad las vetas castañas de sus ojos. Algunas de ellas eran de un color verde oscuro, lo que le añadía

una profundidad de la que no se había percatado antes. Se preguntó si se debía al amor, si aquel sentimiento te hacía analizar de una forma más exhaustiva al ser amado.

Su aura parpadeó brevemente, mostrando una nube oscura donde antes hubo un bello color rojo.

—No durará para siempre —le aseguró Connor—.

—¿El qué? —.

—El dolor que sientes, un día te levantarás y ya se habrá ido —.

Él no había hablado del dolor que sentía, había tocado el tema de puntillas en sus conversaciones con Connor, pero recordó algo que le había dicho unos días atrás.

—Dijiste que podías sentir lo que yo sentía —recordó—.

—Sí —.

—¿No puedes apagarlo? —preguntó con un poco de vergüenza—.

No podía evitar sentir que invadía su privacidad, además sentía algo de remordimiento al saber que su dolor era compartido por Connor. Él no había hecho nada para merecer sufrirlo.

—No, no puedo. Va con el cargo —admitió, aunque realmente no hubiese ejercido ningún cargo desde hacía cientos de años—.

—Debe ser agotador —.

Desde el punto de vista de Connor era lo mejor de su trabajo, poder sentir todo el arco de las emociones amorosas de la humanidad, los dioses o cualquier otra criatura. Venía con sus inconvenientes, como sentir el desamor, pero merecía la pena.

—Es maravilloso —admitió como un rayo de luz—. A mi me gusta, es fascinante —.

—Para mi sería horrible, ya tengo suficiente con mis propios sentimientos, como para sentir los de los demás —.

—Y si pudieses enamorarte cada día, ¿sentir cada flechazo? Todas esas mariposas recorriendo tu estómago —.

A Oliver respetaba que fuese capaz de esa forma tan cursi sin ningún tipo de vergüenza, incluso lo admiraba. Él se sentía agotado al hablar de lo que sentía con otra persona.

—¿Enamorarse es tan bueno? A mi no me ha dado más que quebraderos de cabeza —.

—Eso es solo por que no te has enamorado de la persona indicada, pero un día llegará —afirmó—.

La confianza en su voz hizo que su corazón se saltase un latido, si el dios del amor estaba tan seguro de que eso pasaría quién era él para negarlo.

—No quiero pensar en eso ahora, no debería. Tenemos que evitar que el capullo de tu hermano mate al otro capullo —recordó—.

—Los dioses damos muchos problemas, ¿verdad? —.

—Tú no —.

Connor había escuchado hasta la saciedad desde que nació que solo daba problemas, no pudo evitar soltar una carcajada. No sabía si las palabras de su amigo habían sido producto de la educación o era un pensamiento genuino.

—Yo soy el que más problemas da —reconoció rompiendo a reír—.

—Bueno, no para mi —respondió con timidez—. A mi solo me has traído cosas buenas —.

—Estás en Atenas a punto de embarcarte en una aventura... única —señaló, evitando la palabra peligrosa—. No creo que hayas sido tan afortunado al conocerme —.

Oliver frunció el ceño, no le gustaba que se tuviese en tan poca estima. Gracias a su amistad había podido encontrar algún tipo de alegría de vivir, todas aquellas salidas nocturnas lo habían salvado de la soledad que lo consumía.

—Sí lo he sido —afirmó—. Podrías haberte lavado las manos y no querer enfrentarte a tu hermano, pero lo has hecho —

Connor se preguntó si lo había ayudado impulsado por su propio egoísmo o había sido un acto de bondad. Ciertamente se habían hecho amigos y poco a poco se había enamorado de él. La profecía de Dodo pronosticaba su caída si su hermano tenía éxito en su deseo de matar a Sergio, pero había elegido ayudarlo mucho antes de saberlo.

—Mi hermano... —soltó en un suspiro. Desearía que la primera vez que se hubiesen encontrado después de tanto tiempo no hubiese sido en esas circunstancias, aún recordaba el odio en su mirada. Y no quería admitir que le dolía, se sentía mal —.

—¿Qué pasó entre vosotros? No parece que os llevéis bien —.

Un pequeño ave voló hasta el hombro de Connor, Dodo había encontrado a la persona que buscaba. Se encontraba en el mismo lugar donde sabía que estaría.

—Está al final de esa fila de puestos de comida —les informó—.

—Hablaremos de eso en otro momento —le dijo Connor a su amigo—. Vamos a ocuparnos de esto ahora —

—Claro —.

—¿De qué? —preguntó ella—.

—No seas tan cotilla —le recriminó Connor—.

El hombre del que hablaba Dodo era una criatura sobrenatural, aunque Connor no identificó de qué tipo, y pese a que tenía curiosidad dedujo que sería de mala educación preguntarle.

El individuo se presentó con el nombre de Talá, Dodo le explicó el problema que tenían con respecto a la barrera del lenguaje, aunque no le explicó que volverían a la Grecia antigua. Dodo era del tipo de persona que prefería mostrar solo las cartas que era necesario mostrar.

—Dime que puedes ayudarnos —pidió ella—.

—Quizá tenga algo que podría ayudaros —.

Tenía un pequeño puesto sobre una mesa de metal, vendía bisutería artesanal y todo ese tipo de parafernalia. Lo que pocos sabían es que también mercadeaba con objetos mágicos o sobrenaturales. Sacó un pequeño saco de cuero visiblemente desvencijado, quizá por el tiempo. Oliver se llevó las manos a la boca cuando vio que no solo metía el puño dentro de aquella diminuta bolsa, sino que podía meter el brazo entero.

—¡¿Cómo ha...?! —exclamó Oliver—.

—Es una bolsa mágica, guardan más espacio del que parece a simple vista —le aclaró Connor—.

—¿Dónde lo habré puesto...? —se preguntó el hombre, rebuscando en aquella bolsa—. Ah, creo que aquí —

Sacó un estuche de terciopelo, lo colocó sobre la mesa de metal y lo abrió. En él había multitud de anillos, de todos los colores y tamaños.

—Este, aquí está —anunció cogiendo uno de ellos—.

Se trataba de un anillo de plata el cual contenía en su núcleo interno una hebra del cabello del dios de los idiomas de los hombres, Hermes. A simple vista parecía una sortija normal y corriente pero era capaz de hacer que el portador reconociese cualquier idioma que

oyese como el suyo propio y al hablar poder ser entendido a su vez por la otra persona. No tenía ningún efecto con el idioma escrito.

—Suenas demasiado bien —admitió Oliver—. Es el sueño de cualquiera —

—Cuánto? —preguntó Connor de mala gana. Esperaba que las palabras de su amigo no hicieran que el mercante inflase el precio aún más—.

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagar? —preguntó él—.

Dodo intervino, se encontraba en el hombro de Oliver—.

—Talá, no seas demasiado avaro, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Somos colegas —.

—¡Pero si no he propuesto un precio aún! —se quejó—.

—Te conozco de sobra, así es como empiezas a regatear. Dinos simplemente su precio —.

El hombre mostró la palma de su mano.

—Cinco millones de dolares —.

—¿Está usted loco?! —exclamó Connor—. No tenemos tanto dinero —

—Es un objeto valioso, sin duda... —dijo él—. No para todos los bolsillos...—

—No has cambiado nada...—se lamentó Dodo—. Sigues siendo igual de avaro...—

—Aceptas un intercambio? —propuso Connor—.

Este disponía de muchos objetos de valor que había ido recolectando a lo largo de los siglos, tenía cuadros que valían diez veces ese precio, pero no los había vendido aún.

—¿Qué puedes ofrecerme? —preguntó—.

—Cuadros, esculturas, cetros, coronas...—.

—¿Algo especial? —.

Connor resopló.

—¿Cómo especial? ¡Todas esas cosas son más que especiales! —.

—Se refiere a si tienes algo mágico —le aclaró su amiga—. Las cosas que has mencionado no tienen mucho valor para él —

Sin duda tenía objetos que poseían magia, algunos de ellos verdaderamente preciados por muchos, dados por perdidos por la humanidad y los dioses. Pero no pretendía deshacerse de ellos y para su fortuna a Dodo no le importaba demasiado su “inventario” por lo que nunca había mencionado qué poseía realmente.

—No tengo de esas cosas —mintió—.

—Pues me temo que no podremos llegar a un acuerdo...—.

—¿Nos lo alquilarías? —preguntó Oliver—.

—¿Alquilar? No soy un videoclub —.

Lo había propuesto sin pensar, pero en realidad le pareció una idea maravillosa.

—Saldrías ganando, piénsalo, nos lo alquilas unos...—.

Oliver miró a sus amigos, aún no les había preguntado uno de los detalles más importantes sobre su viaje, cuánto tiempo estarían fuera.

—Dos días —dijo Connor—.

—Y podríamos pagarte...—.

—Cien mil dolares —volvió a decir su amigo—.

—Doscientos mil —pidió él—. Cien mil por día —

—¿Y este es tu amigo? —le preguntó Connor a Dodo—. Me recuerda a Aracne, todos los mercantes son iguales —

—Aceptamos —le dijo Dodo—. Pero he de decir que me has defraudado, Talá —

Él se encogió de hombros.

—Los negocios y las amistades son dos temas completamente distintos —.

—Sí, sí...—.

Connor tuvo que pagar por adelantado, Talá tenía un datáfono bajo aquella endeble mesa de metal, seguramente no era la primera vez que vendía uno de sus artículos por una verdadera millonada.

—Firma aquí —le indicó—.

Había redactado un contrato en un par de minutos, en él se especificaba que cada día que pasase sin devolverle el anillo le debería cien mil dolares, y que si se perdiese tendría que pagarle la suma integra del precio del anillo, cinco millones de dolares.

—Más te vale que funcione —se quejó Connor—.

—El honrado Talá nunca vende un objeto en mal estado, eso te lo puedo asegurar —.

Cuando Connor firmó este puso en su mano el anillo, al verlo no pudo evitar sentirse estafado. Era una alianza finísima de plata, ni siquiera era de oro o de algún otro metal precioso. Aunque al sentirlo un poco más sí pudo notar algo de magia dentro de él.

—Cómo funciona? —preguntó—.

—Es para él? —preguntó Talá señalando a Oliver—.

—Sí —.

Cogió el anillo de la mano de Connor y lo puso en el dedo anular de Oliver, luego aplaudió sobre su mano, haciendo que pequeñas esferas de luz explotasen entre ellas.

—Eso ha escocido —se quejó Oliver—.

—He puesto un hechizo sobre tu mano para que no puedas perderlo —le informó—. Regalo de la casa —

Oliver intentó sacarlo de su mano pero no pudo, lo cual le dio una sensación de tranquilidad que no había previsto. Si no podía quitárselo no podía perderlo, así que siempre podría comunicarse con los demás.

—¿En serio? Podrías habernos preguntado antes —le regañó Connor—. ¿No tienes el mínimo decoro? —

—Solo protejo el negocio —le aseguró él—. Además de esta forma evitarás pagar el importe integro en caso de perderlo —

—¿Y cómo sé que funciona? —preguntó Oliver. Sentía algo especial en el anillo—.

Talá se aclaró la voz y empezó a hablar.

—¿Me entiendes? Supongo que sí porque este idioma ha dejado de existir. Es mipreciado idioma, tan bello como perdido en el tiempo —le dijo Talá—.

—Pues claro que te entiendo, ¿cómo va a estar muerto el inglés? —.

Dodo intervino.

—No hablaba en inglés, sino en etrusco, una lengua perdida —.

—¿Veis? Mis productos son de la mejor calidad —les aseguró Talá de nuevo—. Difundid la palabra —

El humor de Connor estaba por los suelos, no quería tener que oír ni una palabra más de lo que tuviese que decir. Sus cuentas estaban casi a cero y necesitaba el dinero para vivir entre los mortales.

—Bien, pues gracias por saquearnos —le dijo—. Difundiré la palabra, sí... de lo caros que son tus precios —

—De nada, que vaya bien —dijo—. Ah, chico, espera —

Señaló a Oliver.

—Dígame —respondió—.

—No sé que te ha llevado a mezclarte con el dios del amor, pero te daré un consejo: mantente alejado de los dioses, de todos, por amables que parezcan. Los mortales nunca salimos bien parados cuando nos cruzamos con ellos, y ese amigo tuyo tiene fama de ser problemático —.

Oliver agradeció su preocupación, pero ya era demasiado tarde para alejarse de ellos. Anteros pretendía matar a su amigo de la infancia y Connor intentaba evitarlo, así que hasta ese momento solo la mitad de los que había conocido le habían traído problemas.

—Gracias, lo tendré en cuenta —.

El dios del amor no tardó en preguntarle qué diantres le había dicho aquel hombre, ya que había usado su lengua materna y ellos no la hablaban.

—¿Qué te ha dicho ese charlatán? —quiso saber—.

No quería decirle que lo había llamado “problemático”, en primer lugar porque no le importaba lo que pensase un extraño. Él no lo conocía pero Oliver sí, era su amigo y no era una persona problemática.

—Que cuidase el anillo —le dijo Oliver—.

—Valiente cretino...—.

Capítulo 2

Flores rosas y rosas rojas

Viajaron hasta lo más profundo de la ciudad, a la parte más antigua. Esta estaba repleta de villas y de casas grandes y espaciosas, con muchas zonas verdes a su alrededor. Las vistas eran preciosas, todas y cada una de las viviendas que veían eran dignas de convertirse en una postal.

—Aquí —señaló Connor—.

Le dio un par de billetes al taxista y le dijo que podía quedarse con el cambio.

—Es increíble —admitió Oliver—. ¿Conoces a los dueños? —

—Sí y no, esta casa ha pertenecido a una misma familia durante mucho tiempo, acólitos de Venus. No conozco al dueño actual, pero sí a muchos de los antiguos —.

—¿Y para qué estamos aquí? —.

—El sitio al que vamos está en su jardín —.

—¿Su jardín? —.

Una mujer ataviada con un corto vestido negro les abrió la puerta, había algo elegante en su mirada, sus ojos brillaban por la emoción. Su familia había custodiado el portal de Afrodita desde generaciones y como era natural aquellas historias sobre dioses y magia le resultaban lejanas y un poco irreales. Hacía muchas generaciones que ninguno de ellos había sido honrado con la presencia de un dios, en este caso Eros.

—¿Es usted...? —preguntó ella sin poder ocultar la emoción—.

—Sí, soy Connor, hemos hablado por teléfono —.

—¿Me refiero a si es usted Cupido? —preguntó. No pudo ocultar una gran sonrisa debido a la expectación—.

Connor asintió.

—Sí, así es —.

—Por favor, seguidme —.

El portal que pertenecía a la diosa Afrodita se encontraba en la parte trasera de la vivienda, rodeada de un abundante y lujoso jardín. El lugar disponía de dos grandes fuentes, una a cada lado, dentro de las mismas unos pequeños querubines que representaban a Cupido soltaban un gran chorro de agua.

—Me honráis con vuestra presencia —le aseguró ella—. He deseado desde que era una niña conocerlos, a ti y a tu madre —

—El placer es mío —dijo educadamente—.

—¿Queréis algo antes de... cruzar? —.

—Necesitaremos cambiarnos de ropa —.

—Claro, sentíos como en casa. El servicio os guiará —le aseguró—.

—Gracias —dijo Oliver, aunque estaba seguro que no apartaría la mirada de Connor —.

La mujer no se encontraba sola en aquella enorme casa, vieron por lo menos cinco personas de servicio. Dos de ellas guiaron individualmente a Connor y a su amigo hasta una habitación vacía.

Dodo había sido la única que había prestado atención al detalle de la ropa, no podían ir donde iban llevando vaqueros y chaquetas de marca, debían de poder mezclarse con naturalidad entre la población griega. Por lo que buscaron entre el gran armario de Connor algo apropiado para él y para Oliver. Los pantalones de tela más simples y las camisetas menos coloridas.

Tras poco más de diez minutos se encontraron de nuevo en el mismo punto. La anfitriona de la casa les aseguró que guardaría sus pertenencias hasta que regresasen, aunque solo se tratase de unas pocas prendas de ropa. Las maletas que habían llevado a Grecia se encontraban en el hotel.

El arco de piedra que hacía las veces de portal se encontraba dentro de un gran círculo de rosas rojas, Oliver saltó con cuidado de no estropear ninguna de aquellas flores. Estaba seguro de que no escatimaba ni un céntimo en sus cuidados.

El portal desprendía extraña vibración, una que Oliver calificó en su cabeza como mágica, a falta de una palabra mejor. Estaba rodeado de rosas y enredaderas pero se entreveían algunos de los grabados sobre la piedra.

—Este es el portal más bello de todos los que existen, y no lo digo por que sea el de mi madre. Cada una de las flores rojas y rosas que lo rodean son en sí mismas una obra de arte —les explicó Connor en un arrebato pasional—. Ni si quiera una fotografía seria capaz de captar su belleza, esta transcendía lo visual —

Oliver asintió, no esperaba aquel discurso aunque le pareciese genial

—Pero hay una dorada —observó—.

—No, no la hay —le aseguró él, conocía aquel portal como la palma de su mano—.

Su amigo resopló y se acercó hasta aquella pequeña flor dorada, se encontrabas en uno de los laterales, tras una rosa roja. No era fácil de ver a simple vista, si se encontrase unos centímetros hacia la derecha no la habría visto.

—Aquí —dijo señalando una pequeña flor del color del oro—. No me lo estoy inventando —

El dios del amor elevó una de sus cejas, molesto.

—Ah, qué raro —admitió—. Bueno, seguro que no tiene importancia —

Dodo cortó aquel sinsentido.

—¿Estáis listos? ¿Dejamos el podcast del portal para otro momento? —.

—¿Llevamos todo? —.

El más preparado había sido Oliver, una preparación casi obsesiva, tenía todo lo que creía necesitar en un pequeña mochila de cuero. Mientras que Connor solo llevó ropa y mudas limpias.

—¿Llevas tú el oro? —quiso saber Dodo—.

—Sí, nos hará falta —comentó Connor—.

—¿Monedas de oro? —.

—Sí —agitó su pequeña mochila haciéndolas sonar—. Tendremos que comer y viajar

—

Oliver se sintió tonto al no haber caído en ello antes, es una practica común cambiar tu moneda por la moneda del lugar donde se va a viajar. No sabia cuál era la moneda de Grecia pero suponía que el oro en sí mismo serviría como moneda en el pasado.

—Claro, no se me había ocurrido —.

—Bien, ¿y cómo se activa? —quiso saber Dodo—. No tenemos todo el día —

—Dad un paso atrás —pidió Connor—.

Dodo saltó del hombro de Connor y se puso sobre el de Oliver, seguiría siendo una pequeña ave al menos hasta la mañana siguiente, cuando pudiese sumergirse en agua.

Connor tocó uno de los laterales de aquel arco de piedra y este comenzó a brillar instantáneamente, como si reconociese al dueño de la mano. El interior del arco comenzó a difuminarse hasta que el otro lado del jardín que se podía ver tras él desapareció, entonces apareció un vórtice de agua plateada. Mirar a través de aquel arco era como hacerlo en el interior de un torbellino de agua.

—Dame la mano —pidió Connor—.

—Da un poco de miedo —soltó—. ¿Dónde saldremos? —

—En este mismo punto pero allí —.

Recordó que Dodo ya se lo había dicho.

—Me siento muy pequeña... —dijo ella—.

—¿Y si te metes en mi mochila? —propuso Oliver—.

—No será necesario, es un viaje sencillo —le volvió a asegurar Connor—.

Su amiga lo ignoró.

—Sí, avisame cuando salgamos allí —pidió, Oliver abrió su mochila y esta se metió dentro—.

Connor volvió a extender su mano y Oliver la cogió, la sonrisa que dibujaba su cara le hizo ruborizarse. La genuina amabilidad de su sonrisa solía pillarle de improviso de vez en cuando, pero en esa ocasión sintió que se trataba de algo distinto. ¿Admiración? ¿Fascinación? No se paraba a pensar en la importancia de ser el dios del amor, solo había existido uno como él en todo el mundo.

Ambos cruzaron el umbral, aquel remolino de agua plateada se los tragó, de una forma similar al portal tras el espejo por el que habían pasado para llegar al mercado nocturno de Aracne. Pero en esta ocasión la sensación se volvió mucho más asfixiante, el agua los atraía y tiraba de sus cuerpos hacia el final de aquel túnel, la diferencia radicaba en que no lo hacía con naturalidad, lo hacía a trompicones. Tiraba más fuerte y más flojo, sin un patrón definido.

Una fuerza invisible hizo que sus manos se separasen y entonces todo se volvió negro, al menos por unos instantes.

Oliver respiraba grandes bocanadas de aire sobre un suelo de tierra lleno de hojas secas. El aire no parecía fluir en aquel tipo de portales mágicos, estaba seguro de que no era problema para los seres inmortales pero él necesitaba respirar.

—¿Connor? —preguntó—.

Se levantó rápidamente y oteó los alrededores para descubrir que no había nadie, solo árboles y más árboles. El miedo empezó a crecer en su interior hasta que recordó que en su mochila debía de estar Dodo. Abrió la cremallera a toda prisa y para su alivio ahí se encontraba.

—Tengo ganas de vomitar —le dijo ella—.

—Él no está —soltó con horror—. Estamos solos —

El ave salió de la mochila.

—Cómo que no está? —miró a su alrededor y en efecto, no podía sentirlo cerca—. Espérame aquí —

—No, no me dejes solo —le urgió él—.

—Solo voy a sobrevolar la zona, no me alejaré mucho —le aseguró—. Si no no sabremos si está por ahí tirado inconsciente —

Dodo dudaba que Connor pudiese quedarse inconsciente de forma natural pero necesitaba asegurarse.

—Está bien —aceptó a regañadientes—.

Si algo podía salir mal, saldría mal, aquel era uno de los pensamientos recurrentes de Oliver, y para su desgracia así había sido. Algo había tenido que salir mal, se suponía que saldrían juntos al otro lado pero no había rastro de su amigo.

Dodo voló sobre el pequeño bosque, pero al no querer alejarse demasiado de Oliver tuvo que volver a su lado. Pensó en que lo mejor sería que se enfocasen en salir del bosque, después podrían dedicarse a buscarlo.

—No veo a nadie —le dijo cuando regresó a su lado—.

—Algo ha salido mal, algo pasó al final del túnel... —.

—Cálmate, él seguro que está bien. El problema es saber dónde demonios se encuentra...—.

Él podría apañárselas, era inmortal, esa no era la preocupación de Oliver, el problema era que sin él no se sentía seguro. Durante las últimas horas no había hecho otra cosa que asegurarle que con su presencia estaría a salvo.

—¿Y qué hacemos sin él? ¿Puedes ver algo con tus poderes? —.

—Crecí y me crié en estas tierras, no tienes de qué preocuparte. Saldremos de aquí y lo encontraremos —.

Sus palabras sonaban poco convincentes pero no podía quejarse, intentaba calmarlo.

—¿Hacían donde nos dirigimos? —.

—Hacia allí —dijo señalando el rumbo hacia la ciudad más cercana—.

—¿Sabes donde estamos? —.

—Los bosques son casi todos iguales, sabré donde estamos al salir de aquí —.

Recorrieron el camino sin mucho que decirse, Dodo cavilaba sobre qué podía haber salido mal en aquel viaje, su amigo les aseguró que el portal llevaba al mismo lugar en el pasado pero ellos no habían salido por un portal sino que habían sido escupidos de la nada sobre un bosque cualquiera.

—¿Y si nos lo ha hecho uno de los enemigos de Connor? —preguntó Oliver—.

El dios del amor tenía muchos enemigos y aunque la sugerencia de Oliver no pudiese ser completamente refutada, era muy poco probable que hubiese habido una influencia externa. Habían vivido durante siglos sin que el mundo sobrenatural supiesen dónde se encontraban.

—Eso es una tontería, nadie sabía que veníamos —.

—Su hermano —.

—No creo que pudiese mover sus manos para mandarle un mensaje a nadie, Oliver —.

—¿No os habéis visto con algún amigo o algo así en estos años? Uno como vosotros —.

La respuesta era no, aunque Dodo recordó la pequeña pelea que libró Connor con una ninfa llamada Alária en la ciudad natal de Oliver, Westfields. Él no podía recordarlo por que ella poseyó su cuerpo. La ama a la que servía la susodicha ninfa se había quitado la vida, lo que había hecho que se hubiese convertido en una nómada. Las ninfas son leales a quienes juran devoción, si este individuo muere estas nunca vuelven a jurar pleitesía a nadie más.

—Connor viajó aquí solo, quizá ese es el problema, que cruzamos los tres a la vez — propuso Dodo, era una hipótesis más que probable a su juicio—.

—Bueno, el mal funcionamiento de un portal más viejo que el sol no sería una

completa locura...—.

Los doce portales existentes se nutren de la magia arcana de cada uno de sus dueños, dudaba que de repente el poder de uno de ellos se apagase o fluctuase de alguna forma. Aunque no era experta en magia, solo sabía lo básico.

—Entonces estaba roto —.

—Es posible, quién sabe —admitió ella—.

El grito de una voz masculina hizo que su vello de erizase, no podía evitar tener miedo de lo desconocido.

—¿Has oído eso? —.

—Escóndete —le ordenó ella desde su hombro—.

Oliver corrió a trompicones hacia los arbustos más cercanos y se escondió tras ellos. No tardaron en ver un grupo de hombres cargando con lo que parecían cabezas de ganado.

—Son solo cazadores —lo tranquilizó ella—. Aquí no hay supermercados, la carne suele estar por ahí corriendo —

—¿Solo cazadores?! —.

—Baja la voz si no quieres que nos pillen —le recomendó—.

La sucia cara de un hombre apareció tras el arbusto donde se escondían.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con voz hosca—.

—Demasiado tarde...—se lamentó ella—.

Aquel extraño agarró a Oliver de la pernera del pantalón y tiró de él hasta alcanzar su cuello.

—¿Estabas escondido para atacarnos? —preguntó—.

Su faz estaba llena de tierra, apenas podía apreciar un retazo de su piel, pero sus ojos eran de un color verde intenso, uno que intimidaba.

—¡No! Yo solo estaba... aquí. Pasando el rato —.

Un par de hombres se acercaron hasta ellos, ambos con la cara igual de sucia que el primero. Sus ropas tenían sangre y ambos agarraban una pieza de venado por sus cuernos.

—Solo es una concubina —soltó uno de ellos—.

—Jefe, me la pido primero —se adelantó a decir el otro—.

Oliver los miró con horror.

—¿Qué?! —.

—Green que eres una ramera —le aclaró Dodo—.

—Hasta ahí también he llegado, bonita —.

—No es una concubina, es un chico —les dijo el hombre de los ojos verdes—.

—Soy un hombre, tengo veintisiete años —dijo Oliver—.

—¡Un respeto, concubina! Habla cuando se te ordene —homb2

El hombre de ojos verdes parecía su líder, o al menos esa era la impresión que le dio a Oliver. Aún seguía sosteniéndolo por el cuello, aunque no apretase con su mano.

—Qué hace un hombre como tú con una urraca mágica en su hombro —preguntó—.

No era extraño para muchos ciudadanos de Grecia, los que tenían vidas más activas y viajaban más, ser conscientes de que en los bosques existían todo tipo de criaturas extrañas.

—¿Urraca?! —exclamó Dodo—. Para tu información soy una carolina, pero qué va a saber un sucio cazador como tú... —

A Oliver le pareció que su amiga hablaba como hablaría alguien sin miedo a morir, una inmortal, pero él no lo era.

—No nos hagáis daño, por favor —pidió él—.

Su interlocutor lo soltó del cuello, su boca esbozaba una sonrisa curiosa. Este encontraba algo extraño en Oliver, algo que no sabía explicar, pero por su aspecto le pareció que debía de ser un extranjero o el hijo de alguien con dinero. Cómo sino estaría tan limpio, su aspecto era envidiable para alguien que decía tener veintisiete años.

—¿Vives cerca? ¿Cuál es el apellido de tu familia? —le preguntó—.

—Swan —respondió rápidamente Oliver—.

El hombre se giró para ver a sus hombres.

—¿Conoceis ese apellido? —les preguntó—.

—No, señor —le dijo uno de ellos. Otros negaron con la cabeza—.

Volvió a girar la cabeza hacia él, seguía teniendo una amplia sonrisa. Sus dientes blancos y cuadrados destacaban entre la suciedad de su cara.

—¿Qué te parece si te vienes con nosotros? Prepararé un banquete para ti —le propuso—.

—Creo que quiere algo más que invitarte a comer —le susurró Dodo—.

—¿No me digas?! —.

Oliver se levantó, los hombres tras su líder soltaron a sus presas y sacaron sendas espadas.

—No hay necesidad de desenvainar las armas —les aseguró su cabecilla—.

—Cómo vamos a salir de esta? —le urgió Oliver al ave—.

Era poco probable que solo con salir corriendo pudiesen darles esquinazo a todos aquellos hombres, sobretodo por que por el aspecto que tenían probablemente conocían aquel bosque como la palma de su mano.

—Hay una alternativa —propuso Dodo—.

—¿Cuál? —.

—Si poseo tu cuerpo podría luchar contra ellos —.

—¿Cómo?! ¿Poseer? No, de eso nada —.

—Os estoy oyendo —le aseguró el hombre. Hablaba con calma, con seguridad, sin ocultar lo divertida que le parecía la escena—.

Dodo le dedicó un gruñido animal que ni siquiera Oliver pudo distinguir, dudaba que un animal como ese pudiese hacerlo.

—Saldríamos fácilmente de este atolladero —le aseguró ella—.

—Ni siquiera eres un fantasma, ¿cómo vas a hacer algo así?! —.

—Te lo explicaré cuando salgamos de esta —.

—¡Bien! —aceptó a regañadientes—. Pero como escupa baba verde y me rompa el cuello me voy a enfadar —

—Tienes una mente muy curiosa, ¿te lo han dicho antes? —.

—¡Venga ya! —.

El ave clavó sus patas ligeramente sobre piel, de esa forma podría canalizar su consciencia al cuerpo de Oliver. Sus ojos se nublaron, poniéndose blancos como la leche y entonces dio el primer golpe. Una patada que hizo que el supuesto jefe de aquel grupo rodase hacia atrás.

—Brujería! —gritó uno de sus hombres—.

—¡Formación! —ordenó otro—.

Dodo salió corriendo, saltando de forma sobrehumana sobre los arboles, entre sus ramas y entre ellos, mientras que aquel grupo de hombres se dio a la labor de seguirlos.

—¡Concubina, ven aquí! —le gritó uno—.

La destreza, agilidad y fuerza de Oliver se incrementaban sustancialmente cuando Dodo poseía su cuerpo, el único inconveniente era que si se pasaba usándolas el dueño original del cuerpo padecería de un cansancio muscular intenso. De la misma forma que sucedió en la primera ocasión que ocupó su cuerpo, aunque este lo desconociese.

El cielo se nubló, sendos rayos tronaban desde un lado a otro y una columna de luz cayó del mismo. Era visible perfectamente desde dónde se encontraban aunque no eran capaces de discernir el lugar exacto donde había caído, debido a la espesa vegetación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Oliver—.

En esta ocasión Dodo no había hecho que la consciencia de Oliver se apagase, sino que había permitido que siguiese despierto, lo que hacía que tuviese dos consciencias activas en su cabeza.

—Proviene de arriba así que... supongo que tendrá que ver con los dioses —caviló Dodo—. Cuando algo raro pasa ten por seguro que los involucra a ellos... —

—¿Eso es bueno o malo? —.

Todos sus sentidos se encontraban en alerta, no solo porque estaban huyendo de un grupo de salvajes sino porque sentía que aquella luz significaba problemas.

—No me da buena espina, los rayos me ponen los pelos de punta... —.

Capítulo 3

El consejo

Connor salió rodando del portal en el centro de la capital de Atenas, en concreto en el templo más grande dedicado a Afrodita, la diosa primordial del amor.

Las gentes que lo ocupaban en ese momento pegaron un respingo al ver cómo el portal se activaba y de este salía un hombre dando tumbos.

—Identificate, extraño —pidió la sacerdotisa del templo. Su aparición había interrumpido su sermón—.

La cabeza de este giraba como una lavadora, alguna fuerza extraña había tirado de él dentro de aquel túnel, aún podía sentir sus manos sobre su cuerpo.

—¡Oliver! —espetó al aclarar su mente—. ¡¿Ha pasado alguien más por el portal? —

Un grupo de chicas jóvenes negaron con la cabeza pero la sacerdotisa del templo se interpuso entre ellas.

—Ruego que os identifiquéis —exigió—.

Connor dejó que el brillo de su aura las cegase, no tenía tiempo para formalidades. Algo había salido mal y debía de empezar a buscar a Oliver y a Dodo.

—Soy Eros, el dios del amor. ¿Quién osa preguntar? —.

Todos los presentes, en su gran mayoría mujeres, se inclinaron, posando sus cabezas sobre el pulido y bello mármol blanco del suelo, incluida la sacerdotisa.

—Soy la suma sacerdotisa de este templo, mi señor —dijo desde el suelo—.

Su aspecto era cuanto menos descocado, solo vestía un par de finos tejidos de tela que dejaban entrever su escultural cuerpo. Hacía demasiado que no viajaba al pasado, al vivir en otra época lo que una vez le pareció normal había pasado a parecerle extraño. Aquel atuendo era propio de una estríper, una especialmente descocada.

—¿Ha pasado alguien antes que yo por el portal? —preguntó él—.

—No, mi señor. Solo usted —.

—Podéis levantaros —.

La mujer dudó pero finalmente se levantó, aunque mantuvo la cabeza gacha, mostrando respeto al hijo de la diosa a la que había jurado servir.

—¿Os vais, mi señor? —.

—Vuestra señora es mi madre, no yo —.

Caminó entre el grupo de gente que seguían inclinándose hasta el mismo suelo y salió del templo. Observar de nuevo una de las ciudades donde se crió en el pasado le trajo nostalgia, le parecía estar viendo una película histórica. Una parte de él intentaba encontrar la conexión que creía innata con esta pero no la encontró.

Atenas era una ciudad próspera, dinámica, llena de mortales ocupados que trataba de buscándose la vida de una forma u otra. Ajenos a la realidad que les rodeaba, habían vivido así durante miles de años sin saberlo.

Connor anduvo por sus calles un poco disperso al principio, pues no sabía realmente dónde dirigirse. Pronto concluyó que necesitaba la ayuda de alguien con la capacidad de ayudarlo, y que además estuviese dispuesto a hacerlo. Sin pensarlo dos veces tocó el

colgante que colgaba de su cuello y llamó a su madre.

Aquel colgante era especial en muchos sentidos, se trataba de una piedra mágica que su madre había elaborado a partir de dos hebras de cabello, una de ellas suya. Esta servía entre otras cosas para comunicarse con ella siempre que quisiese. En el presente del que venía no funcionaba de la misma forma que allí, si mandaba un mensaje a su madre no lo recibía al instante, había un retardo de seis meses a un año, al encontrarse en lugares temporales distintos.

—Mamá, estoy aquí. Necesito tu ayuda —.

Una mujer que pasaba le dedicó una mirada de extrañeza, no solo porque su atuendo era extraño, lo que significaba que era un extranjero. Sino porque hablaba solo.

Siguió caminando por mantenerse en movimiento, esperando una respuesta de su madre pero esta nunca llegó.

—Mamá, ¿puedes oírme? —preguntó de nuevo. Pero no obtuvo respuesta—.

Sabía que la magia del colgante funcionaba, aunque solo él y su madre sabían cuál era la función principal de aquella joya. Por lo que no entendía por qué no le respondía.

Lo primero que pensó fue que quizá estaba enfadada por haber estado ausente tanto tiempo, era una posibilidad, aunque su madre no solía enfadarse con él. Y el segundo pensamiento que llegó a su mente fue que quizá le había pasado algo. Aquella reflexión lo puso incluso más ansioso pues si ese había sido el caso no solo tendría que encontrar a sus amigos sino que también descubrir qué pasaba con su madre.

Todas esas preocupaciones palidecían si dejaba su mente en blanco y se paraba a sentir su propio corazón, el amor que sentía por Oliver. Esperaba que estuviese bien y que no estuviese muy enfadado con él cuando se encontrasen, le había prometido hasta la saciedad que él estaría junto a él y nada malo le pasaría. Y lo primero que había sucedido era justo lo opuesto.

—Estará bien, Dodo está con él... —se dijo. Esperaba que así fuese—. Aunque será un pájaro diminuto hasta mañana que pueda cambiar de nuevo...—

Había recorrido un gran terreno a pie, Atenas seguía siendo la metrópolis ruidosa y agitada que siempre fue. En ese aspecto se parecía al lugar de donde venía, Nueva York, incluso en la cantidad de gente peculiar y estrambótica se asemejaban.

Llegar a los límites de la ciudad no fue tan rápido como pensó, no sin sus alas que eran su principal forma de transporte.

—¡Mis alas! —exclamó—. Si dejase crecer mis alas podría encontrarlos con facilidad y sería capaz de subir al Olimpo —se dijo—

Frenar la curación de su cuerpo requería de una concentración que ameritaba esfuerzo, a lo largo del tiempo lo acabó haciendo de forma automática y natural. Intentó dejar ir aquel pensamiento, aquella orden a su cuerpo, lo hizo con toda la convicción que pudo pero no sucedió nada.

Maldijo y pateó como un niño pequeño, solo él podía verse en una situación similar. Intentó dejar ir aquella pequeña orden y hacer que sus alas brotasen de nuevo pero nada sucedió.

—¡Mamá! —gritó a pleno pulmón—.

—¡Calla ya, has despertado a mi niño! —le reprendió una mujer que pasaba a su lado —.

—¿Cómo dice? —.

—Que si quieres gritar te metas en el lo más profundo del bosque, lunático —.

Connor la miró durante unos instantes, por un momento la parte de él que era un dios quiso reprender a aquella mortal por atreverse a hablarle de esa forma. Este pensamiento lo hizo sorprenderse a sí mismo pues pensaba que ya había abandonado aquella soberbia que una vez tuvo, el que le hacía sentirse en un pedestal superior a los mortales. Así que se giró y se limitó a meterse dentro del bosque.

—Voy a estar muy enfadado si no me hablas porque estás enfadada y mucho más si te pasa algo —le dijo a su madre a través del colgante—.

El cielo ensombreció y unos rayos crujieron en lo más alto, sobre su cabeza, después una columna de luz descendió con una velocidad pasmosa y este desapareció.

Al abrir los ojos se encontró a sí mismo en una gran sala vacía, el color blanco lo absorbía todo, una docena de columnas sostenían aquel castillo en las nubes. Las paredes eran inexistentes.

—¡Mamá! ¿Estas bien? —exclamó al ver la figura de su madre—.

—Hijo —respondió ella con expresión de preocupación—.

Que su madre no corriese a sus brazos en el momento en el que sus ojos se encontraron hizo que su corazón dejase de latir, esperando a ser reanimado por el afecto de su progenitora.

—¿No vas a abrazarme? —preguntó sin poder ocultar la súplica en su voz—.

La mujer dejó a un lado su expresión de preocupación y puso una radiante sonrisa, dio un par de pasos y abrazó a su hijo con todo el amor que podía generar, que no era poco. Los abrazos de su madre hacían que Connor se sintiese la persona más especial y querida del mundo entero, entonces su corazón volvió a latir con normalidad.

Se apartó unos pocos palmos para observarla bien, su madre era el ser más bella que hubiese existido nunca, al menos era lo que pensaba cuando no estaba enamorado. Su largo y brillante cabello rubio descendía hasta el suelo con gracia y delicadeza. Sus ojos azules, al igual que los suyos, le devolvían una mirada que no pudo ocultar algún tipo de tribulación.

—¿Y tus alas? —preguntó con genuina angustia—.

Aquel no era el primer tema que quería tocar, por lo que ignoró su pregunta.

—Necesito tu ayuda, he venido aquí con unos amigos y...—.

Ella ladeó su cabeza.

—Hijo no puedo ayudarte en este momento —.

—¿Qué sucede? —.

—No has podido venir en peor momento —.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa? —.

El gran portón dorado al final de la sala se abrió mostrando la silueta de un hombre muy alto y corpulento, su presencia llenó la sala de una energía tan pesada y agobiante que en el caso de necesitar oxígeno para sobrevivir habría caído sobre sus pies sin aliento.

—Eros —dijo Zeus—.

Connor agachó ligeramente su cabeza.

—Abuelo —.

El hombre le dedicó una mirada teñida de reproche, su aura siempre se mantenía encendida, con fuerza, mostrando que él era el líder y el ser más poderoso del mundo.

—Ven aquí —pidió—.

—Papá, déjame hablar con él antes de...—.

Este declinó con un sonoro silencio su petición. Connor no entendía qué estaba sucediendo pero si lo primero que quería su abuelo era castigarlo por haber huido de sus

obligaciones estaba más que jodido.

Cuando llegó a su lado lo miró de arriba abajo, examinando su alma. Connor mantuvo la cabeza gacha al igual que habían hecho los mortales en el templo de Afrodita ante su presencia, en ese caso su abuelo era la entidad más poderosa y divina de todas.

—Pasad, ambos —ordenó—.

Su madre se vio visiblemente molesta por aquella petición, pero agarró a su hijo del brazo y tiró de él hasta dentro de la sala.

En aquella sala se encontraban los doce tronos de los doce dioses primordiales, para sorpresa de Connor todos ellos estaban ocupados por sus poseedores. Lo que inmediatamente activó todas sus alertas, aquello no era un evento que sucediese con frecuencia, debían de estar tratando un tema sumamente importante.

Las caras de los presentes variaron desde la curiosidad a la desidia, probablemente la mayoría de ellos lo tenía en muy poca estima para empezar. Y como dato extra acababa de volver al Olimpo por primera vez en más de dos mil años.

Zeus chasqueó los dedos y el trono de Afrodita se hizo más grande, haciendo posible que Connor cupiese con holgura a su lado.

—Padre —saludó Connor, inclinado su cabeza al ver a Ares por primera vez desde que se fue—.

Su expresión era de enfado, como de costumbre, ladeó un poco la cabeza en señal de saludo, o eso creyó Connor. Lo que significaba que lo había pillado en un día bueno.

—Bien, prosigamos oficialmente con la reunión —anunció Zeus—.

—¿Por qué está él aquí? —preguntó Artemisa—. No es un primordial, no es nada —

—Modera tu lenguaje, hermana —le exigió Afrodita, con una fuerza y una dureza atípicas en su persona—. Padre lo ha invitado a sentarse con nosotros —

Artemisa cerró la boca y levantó la cabeza en señal de altanería, su relación con Afrodita no había mejorado con el paso de los siglos.

—Temis, enuncia el asunto de esta reunión —ordenó Zeus—.

Una mujer con los ojos vendados dio un paso al frente, Connor ni siquiera la había visto cuando entró. Esta se encontraba a unos pocos palmos del trono de Zeus.

—Esta reunión tiene como objetivo resolver el problema que ha creado la futura expulsión del dios Hefesto de los doce olímpicos —explicó—.

—Es eso posible? —le preguntó Connor a su madre en un susurro—.

Artemisa y Apolo lo miraron con sorpresa y reproche, a sus ojos él no merecía ni siquiera respirar en una reunión de ese calibre. Deméter, compasiva y amable por naturaleza intervino.

—Nuestro querido hermano Hefesto encuentra difícil mantener su posición en este consejo y tras unas pocas desavenencias, nuestro líder Zeus. Ha dictaminado que debe de ser sustituido, esta reunión es para encontrar al sustituto más apto —aclaró ella—.

—¿”Unas pocas desavenencias?” Eso es el eufemismo del siglo —soltó Artemisa—.

—No veo justo que hables así de él, no podemos culparlo por querer priorizar su vida privada, su matrimonio y a sus hijas —le recriminó Hestia—. La familia es importante —

—¡Todos somos familia, Hestia! —espetó ella—.

Hestia tuvo que morder su lengua, Artemisa era virgen, su padre había aceptado su deseo de mantenerse de esa forma sin condiciones, por lo que no tenía ni pareja ni descendencia. Lo que hacía a los ojos de Hestia que no entendiese la posición de Hefesto.

Ella también había hecho un voto de pureza, lo hizo tras la gran guerra de los titanes,

cuando Poseidón y Apolo pidieron su mano. Juró dicho voto para evitar crear una disputa que hubiese alterado la frágil unión que acababan de crear los doce grandes. Pero aún así consideraba hijos e hijas a muchos seres y criaturas que poblaban el mundo.

—El amor y la lealtad que uno siente hacia la prole es una suerte que no todos podemos disfrutar, pero que no es muy difícil de entender —aseguró Hestia—.

—Si tanto te pesa tu voto, déjalo a un lado. Ya nada te impide seguirlo —le recordó su hermana—.

—Hermana, no seas grosera —le pidió Apolo—.

Ella y Apolo eran hermanos mellizos, su relación era tan sólida como inquebrantable, pero Hestia guardaba un lugar especial para él en su corazón.

—¿No es posible que solo haya once y ya está? —preguntó Connor sin pensar—.

—Temis —dijo Zeus—.

Ella asintió.

—Doce esferas descansan en la sala del trono, cada una de ellas aporta el poder necesario para una infinidad de propósitos. Entre ellos mantener Grecia alejada del tiempo y del espacio —.

Era la primera vez que oía algo así, que su mundo funcionase como un juguete y los doce primordiales fuesen sus pilas le hizo sentirse muy extraño.

—Cuáles son los candidatos? —preguntó—.

—Pan y Perséfone —le informó Deméter—.

—Ninguno apto —zanjó Hera para que todos lo oyesen—.

—Los dos cumplen con los requisitos, Hera —le dijo su marido—. No podemos permitirnos el lujo de ser quisquillosos —

—No me hagas reír...—.

La destitución de su hijo había caído como un jarro de agua fría sobre su cabeza, no solo por que pensase que su hijo merecía más que nadie aquel puesto sino porque este le cedía voluntariamente su voto en cada reunión que se diese lugar. Lo que hacía que ella dispusiese de dos votos, uno de los motivos de peso por los que Zeus había decidido sustituirlo.

—¿Quién opinas que sería mejor? —le preguntó Zeus a Connor—.

Este se mostró visiblemente sorprendido por el hecho de que le hubiese preguntado directamente su opinión, no tardó en sentirse abrumado por la reacción que tendría a su respuesta.

—Pan no es un dios justo, su moral es inexistente, el abuso de su poder contra ninfas y otros seres es sabido por todos —empezó—.

El dios pan, el dios de los pastores y rebaños, era conocido por violentar sexualmente a más de una criatura, en especial a las ninfas de los bosques. Su apetito sexual era insaciable y a ojos de Connor no podía ser más despreciable.

—Una visión curiosa —comentó Artemisa—. El sitio del que vienes debe de haber cambiado tu mentalidad —

—Los dioses tomamos lo que queremos —soltó Poseidón de mala gana—.

Poseidón era el dios más parecido a Zeus, Connor no sabía mucho sobre él o sus devenires pero sí sabía que estaba felizmente casado con Anfitrita, al menos era así antes de que se marchase. Era conocido por su mal genio pero no por abusar de los inocentes, Connor interpretó su comentario como un “eh, hacemos lo que queremos”, porque si se establecían límites estos sentarían precedentes.

—¿Y Perséfone? —preguntó Zeus—.

Deméter lo miró con prudencia. Pese a que tenía muchas cosas que decir sobre Perséfone decidió pasarlas por el filtro más amable que pudo, en respeto a por su madre, Deméter.

—Perséfone brilla en muchos campos, es una consorte maravillosa en el inframundo, alabada por muchos por su buen hacer —dijo. Intentando restar importancia al hecho de que muchos otros la calificaban como vanidosa y poco justa. En ocasiones sin ningún interés por el reino que regía junto con su esposo, Hades—. Pero me preocupa que no pueda anteponer las necesidades de un cargo como este, quizá por que ya tiene mucho en su plato siendo reina del inframundo y preocupándose de sus otros.... menesteres —

Artemisa aplaudió llena de ironía, no le importaba ser la única que se mostrase abiertamente “negativa”. Desde su perspectiva era la única que hablaba con claridad y sin tapujos.

—¡Qué educado y qué bien se ha expresado! —exclamó ella—. Ha obviado el hecho de que lo más importante para ella es su cabello y Adonis, con el que pasa la mayoría del tiempo allí abajo. Quien se ocupa de todo es Hades —

—No tiene la capacidad necesaria —añadió Atenea—. Yo misma lo he comprobado, lo siento Deméter —

Esta solo le dedicó una sonrisa, ella mejor que nadie conocía a su hija. A su parecer tampoco era idónea para el cargo pero esta se mostró contenta ante la posibilidad de salir del inframundo con más frecuencia por lo que su madre intentaba no dar su opinión. No si Zeus no se lo pedía directamente.

—Si ninguno de los candidatos es apropiado deberíamos seguir como estábamos hasta que aparezca uno que sí sea merecedor —propuso Ares—.

Él y Hefesto eran hermanos, ambos rendían pleitesía a su madre, si su hermano seguía siendo uno de los doce la diosa Hera seguiría teniendo dos votos extra a su favor, pues él rara vez se oponía a los deseos de su madre.

—¿Proponéis a alguien? —preguntó Zeus—.

—Hebe —dijo Ares—.

Hebe era la hija menor de Zeus y Hera, era la menos conocida por su carácter tranquilo y jovial. Disfrutaba de realizar pequeñas tareas en el Olimpo sin ningún tipo de pretensión o interés por aspirar a más. Su propia madre la había calificado en más de una ocasión como “de mente sencilla” aludiendo a que no brillaba por su sabiduría o su inteligencia. Sin embargo a su padre no le molestaba que su única ambición fuese ser feliz, alimentar a los caballos de Apolo o mantener pulcro el Olimpo.

—Hebe carece de la voluntad que necesita el cargo —comentó Zeus—. Además nos veríamos en una situación similar a la que nos enfrentamos, en la que mi querida esposa, Hera, dispone de los votos de sus hijos a placer —

—¡Mis hijos son justos y juiciosos! —exclamó la afectada—. Merecen esta posición más que ningún otro —

—Hebe no será una candidata —zanjó Zeus con voz autoritaria—.

—Asclepio —propuso Hermes—. Es un hombre juicioso —

Este fue una vez parte de los doce primordiales, nació siendo humano y ascendió por sus méritos y sus dones hasta ser divinizado. Tras esto se convirtió en el dios de la curación. El problema con él era que había otorgado a los humanos conocimientos que no debían de poseer, no sin el beneplácito de Zeus, su lealtad se encontró en entredicho pues nació siendo

humano y muchos creían que aún se debía a ellos. Por lo que fue destituido y sustituido por Hermes.

—Ya mostró en un pasado que no era apto para este rol —le respondió Zeus—. ¿Es que nadie lo recuerda?! —gritó con molestia. Llevaban más de dos semanas en aquella mesa y no habían llegado a ninguna conclusión—.

—Su apego por los humanos fue el problema —recordó Poseidón, a modo de recapitulación—.

—Propongo a Eros —dijo Zeus—.

Ocho pares de manos golpearon la mesa frente a ellos en señal de rechazo, solo Deméter, Hestia y Afrodita se mostraron prudentes.

—Él no merece una posición de este calibre, ni siquiera ser contemplado como candidato —sentenció Artemisa con horror—.

Ares intervino para sorpresa de su mujer, que seguía sin creer que se hubiese unido a aquella cacofonía de golpes, haciendo un feo así a su propio hijo.

—No es una buena idea, padre —dijo—. Soy su padre y doy testimonio de ello, carece de la seriedad y el compromiso para tomar un papel así —

Connor no supo si sentirse bien o mal por las palabras de su padre, aún no había asimilado que su nombre se barajase para formar parte del consejo.

—Finalmente has perdido los cabales —dijo Hera, jactándose de su marido—.

—Ni siquiera ha podido ejercer la labor que se le encomendó al nacer —recordó Apolo—. Se fue hace más de mil años —

Connor intervino.

—Yo agradezco vuestras bonitas palabras, sobretudo las tuyas, Artemisa. Qué placer oírte soltar veneno, no lo echaba de menos —dijo—. Pero creo que no soy el más indicado, gracias por escucharme —

Zeus se levantó de su asiento, lo que hizo que todos guardasen inmediatamente silencio.

—El nacimiento de mi hija Afrodita se ha mantenido como una incógnita a lo largo de los siglos, motivada por el nacimiento de los mortales y por fuerzas más poderosas que yo mismo —.

—No me hagas reír...—soltó su esposa—.

La leyenda afirmaba que la diosa Afrodita nació de la espuma del mar cuando la simiente de Zeus cayó sobre este. Hera siempre lo había atribuido a un encuentro con una diosa misteriosa de la que hasta el día de hoy no sabía nada.

—¡Hera! —le reprendió Zeus—.

Esta no le tenía miedo, era la única que no lo hacía. Le dedicó una mirada de desdén y guardó silencio.

—Padre, ¿eso qué tiene que ver con mi hijo? —preguntó Afrodita—.

—He guardado la verdad sobre el verdadero origen de Eros durante demasiado tiempo, es hora de que os la cuente —anunció—.

—¿Verdad? —preguntó Ares con notoria sorpresa—. ¿Qué diantres significa eso? —

—Padre, yo lo engendré en mi vientre —se adelantó a decir Afrodita. No entendía qué quería decir su padre pero Eros era tan parte de ella como los ojos sobre su cara. Y que esto se pusiese en entredicho le dolió—.

Connor estaba aterrado, sus preocupaciones por Oliver y Dodo se hicieron brevemente a un lado. Sentía que los cimientos de su vida estaban a punto de agitarse con fuerza y ni la

mano de su madre sobre la suya logró calmarlo.

—¿Qué quieres decir, abuelo? —preguntó—.

Zeus le dedicó una mirada insoldable.

—Todo empezó hace muchos eones atrás, mucho antes incluso de mi propia existencia...—.

Capítulo 4

Makris

En primer lugar existió el caos, un titán que gobernaba la existencia en sí misma, fue la primera de las entidades que pobló el vasto y virgen universo. Pero su existencia por sí sola no era capaz de hacer progresar el curso de la vida por lo que un día decidió que ya era el momento del cambio e hizo que de sus entrañas naciesen tres entidades.

Gea, la titánide que personificaba la tierra primigenia, la fertilidad y la que engendraría a una vasta estirpe de la que saldría Cronos, padre de los primeros dioses. El tenebroso titán Tártaro, conocido por muchos por ser un lugar pero que es en sí mismo es una entidad, una llena de oscuridad y malicia que descansa en los confines de la tierra y de la que poco más se sabe.

Y por último nació Eros, el primero y el dios más bello jamás creado. Este dios primordial que personificaba la pasión, el anhelo amoroso y total, hizo posible con su sola existencia que los seres primigenios creasen nuevos seres sin necesidad de unión sexual.

—Como sabemos la existencia del caos es tan cierta como incorpórea, dividida en todos los lugares de este mundo y a su vez en ninguno. Gea, nuestra madre, aunque ajena a nuestro reinado está viva, algunos habéis tenido la suerte de conocerla —siguió contando Zeus—. El tártaro se encuentra en el inframundo, es una parte intrínseca del mismo... —

Sus palabras revelaban un secreto que hasta ahora ninguno de ellos conocía, uno que los hacía sentir pequeños.

—¿Y ese tal Eros primigenio? —quiso saber su esposa—.

—Su existencia sirvió para que los tres anteriores pudiesen procrear sin necesidad de relacionarse entre ellos y de ellos procedemos nosotros —.

Artemisa intervino.

—¿Y eso qué tiene que ver con el actual? Aparte del nombre —.

—Yo elegí ese nombre —juró Afrodita tocando la mano a su hijo. Intentando asegurarle a él y a todos los presentes de que él era suyo, era su hijo—. No entiendo nada, padre —

Hera no ocultó una mueca de desagrado, odiaba a Afrodita y sus cortas entendederas aunque ella misma no llegase a comprender del todo lo que significaban las palabras de su marido.

—Eros es la reencarnación de una parte de ese dios primigenio, al igual que lo es su madre, Afrodita —reveló Zeus—. Los dones de los que una vez disfrutó ahora se dividen en vosotros —

Aquellas simples palabras hacían que el origen incierto de su madre fuese revelado de una vez por todo, pero aunque hubiese entendido la historia no entendía cómo lo afectaba a él. Sentía que todo lo que le había explicado no tenía que ver con él, él no se sentía especial no de esa forma. Tampoco tenía un poder descomunal o que fuese muy distinto al resto. Si en su interior había una parte primigenia que dio origen a todos ellos o si era la reencarnación de aquel ser, ¿qué era lo que cambiaba?

—¿Eso qué significa para mí a efectos prácticos? —preguntó Connor—.

—Que no solo eres hijo de tu madre y tu padre, también eres parte del engranaje principal de este mundo, de su existencia y de todo lo que vive y muere —explicó solemne—. Que tu madre te nombrase como una vez fuiste llamado solo es parte del designio divino, nada más —

—¿Quién te contó esa historia? —espetó Hera. No concebía que Afrodita o cualquiera de su existencia tuviese más relevancia que ella o sus vástagos—. No puede ser más ridícula —

Los ojos de Zeus se llenaron de ira, no ocultó su enfado al mirar a su mujer.

—La mismísima Gea narró esta historia a mi oído cuando era solo un infante —confesó—. ¿Acaso osas afirmar que mi palabra es falsa? —

—No —respondió—.

—El origen primigenio de Eros, mi nieto, lo hace más que capaz para obtener un trono en este consejo, por eso os lo he revelado —aclaró—.

Algunos de ellos tenían sentimientos encontrados, no podían evitar ver a Eros como un dios problemático y poco fiable, encargado de una tarea que aunque en teoría fuese relevante, no parecía digna del ser primigenio que acababa de describir Zeus.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Artemisa, no quería enfadar a Zeus—. Me pregunto cuánto de aquella...entidad queda en el que nos ha tocado a nosotros —

Afrodita dio un golpe sobre la mesa, estaba demasiado estresada y preocupada por el destino de su hijo como para tolerar que Artemisa o cualquier otro lo hiciese de menos. Él no era un criminal ni les había quitado nada a ninguno de ellos, pese a que en el pasado hubiese tenido actos poco apropiados y molestos.

—¡Ya he tenido suficiente de tus palabras! —anunció—.

Esta se levantó iracunda con la intención de golpearla, pero su esposo la detuvo con uno de sus dedos y la sentó a la fuerza sobre su trono de nuevo. Pese a que hubiese disfrutado de ver a su esposa golpeando a Artemisa o a quien fuese, entendía que la pondría en una posición poco ventajosa. Y por lo tanto a él mismo, pues tendría que involucrarse después.

—Eres una salvaje, esclava de tus pasiones —espetó Artemisa con desagrado—.

—Cuida esa lengua, Artemisa —le advirtió Connor—.

—Vaya, ¿ahora tienes un renovado sentido de relevancia? —.

Había algo en Connor que no había cambiado, pese a haber crecido y madurado durante todos esos siglos. No toleraba que a su madre se le faltase al respeto, esta solo tenía amor para todo el mundo, para cada uno de ellos. No estaba dispuesto a que fuese la bolsa de boxeo de Artemisa ni de para nadie.

—Te juro por todo lo sangrado que como ofendas de nuevo a mi madre en mi presencia te haré pagar por tu palabras —juró el dios del amor—.

Apolo se levantó y desenvainó la espada, apuntando hacia él, se encontraban alejados pero era el gesto lo que importaba. Una invitación abierta a pelear uno contra uno.

—¿Osas amenazar a mi hermana? —preguntó el dios del sol—.

—No solo eso, ¡haré que se enamore del ser más vil que pueda encontrar y que engendre cien hijos con él! —le aseguró Connor. No iba a achantarse frente a una espada—.

Zeus golpeó la mesa un par de veces, el sonido de sus manos contra la mesa resonaron como ningún otro.

—¡Orden! —exigió—. Pido decoro, somos un consejo y una familia —

—¿Qué pasa si me niego? —quiso saber Connor—.

La cara de Zeus se desencajó.

—¿Debo recordarte que abandonaste tu labor y que vives evadiendo de tus responsabilidades divinas?! —.

—Padre, es solo un niño —se adelantó a decirle Afrodita—.

—¡No lo es! Dejó de ser un niño hace mucho, y dicho asunto se decidió aquí, en esta misma sala —.

Hera se empezó a sentir preocupada por aquel posible desenlace, no podía permitir que uno de los hijos de Afrodita entrase al consejo. Era inaudito, le daba igual aquella vieja historia.

—Si aceptas no podrás volver al tiempo de donde vienes —comentó ella—. Por lo que deberás pensarlo con calma...—

Pese al comentario mal intencionado de Hera, Afrodita pensaba lo mismo, necesitaba tiempo para pensar y decidir qué era lo que quería hacer con su destino.

—Propongo que le demos tiempo para pensarlo, una propuesta de ese calibre requiere de...—.

—No hay nada que pensar, tiene hasta que la luna vuelva a ser nueva, entonces te unirás a nosotros. Sino será despojado de su divinidad, su inmortalidad y cualquier don del que disfrute —sentenció Zeus—.

Aquella imposición era inaudita, hasta donde ella sabía no se había despojado de ninguna de esas virtudes a ninguno de los suyos, dentro o fuera de ese consejo.

—¡Padre! ¿Cómo podéis decir algo así? —se quejó Afrodita—.

—Doy por zanjada esta reunión, celebraremos otra cuando la luna vuelva a ser nueva —.

Los presentes se levantaron y fueron saliendo de la sala, desapareciendo en el aire.

—Hijo mío... —soltó la diosa del amor con los ojos vidriosos—.

La seguridad de sus amigos volvió a aparecer en su cabeza, tenía que ser práctico.

—Necesito tu ayuda con algo, mis amigos están aquí en Grecia, pasamos a través del portal y...—.

Su padre intervino.

—No has cambiado nada, siempre jugando de aquí para allá como un crío —.

—Gracias papá, tendré tus palabras en consideración —.

Este le dedicó una mirada de reproche, se preguntaba qué era realmente, qué había dentro de él. Incluso en ese momento solo podía verlo como siempre había sido.

—Estoy tan cansado que no te castigaré por tus modales —le dijo, desapareciendo en el aire como el resto—.

—Hijo, salgamos de aquí o me volveré loca —.

Tomó a su hijo de la mano y juntos desaparecieron en una nube de color rosa, apareciendo en el bosque donde Connor había sido abducido.

—Explícame qué sucede —le pidió su madre—.

Connor le explicó de nuevo lo que había pasado, su madre atendió con interés aunque se la notaba visiblemente agotada.

—El portal no debería de haber funcionado de esa forma...—comentó ella—.

Aquel no era el tema que quería tocar, en esos momentos le daba absolutamente igual.

—Mamá, necesito encontrarlos, estoy preocupado —.

—Agacha la cabeza —pidió ella—. Piensa en tus amigos —

Su madre tocó sus sienes con una de sus suaves manos,

—Estás enamorado —comentó con sorpresa, con júbilo en su tono—.

—No quiero hablar de eso —.

—Hijo, enhorabuena, no puedo ser más feliz por ti —.

—Las desgracias no paran de llegar, como ves...—.

—Amar no es una desgracia, ¿qué cosas dices? —le dijo ofendida—.

Su madre le había enseñado todo lo que sabía sobre el amor, esta al igual que él se lo tomaban con la importancia que merecía.

—Mamá, lo primero es encontrarlos, ya hablaremos de eso...—.

La mujerladeó su cabeza, pero no estaba mirando sus alrededores hacia algo mucho más complejo, buscaba la cara de Oliver en los ojos de los habitantes enamorados de Grecia. Si alguna de esas personas había posado sus ojos sobre él, ella lo sabría.

—No lo veo —admitió—.

—Dime qué puedo hacer —.

—Primero dime qué ha pasado con tus alas —quiso saber—.

Afrodita se distraía fácilmente, sobretodo cuando se trataba de su hijo, el hecho de que no tuviese sus alas era un tema que la hacía sentir intranquila.

—Joder, mamá...—se quejó—.

—Siento tu estrés hijo, estoy pensando —le aseguró—. Sería más fácil si ese mortal estuviese enamorado de ti...—

—¿Metes el dedo en la llaga? —.

—Lo siento, corazón —le dijo—. Iremos a ver a una amiga —

Ambos volvieron a desaparecer, en esta ocasión aparecieron en uno de los templos menores de Afrodita, en Tebas.

—¡Liana! —llamó ella—.

Una mujer joven con el cabello corto y alborotado entró en el opistódomos, la parte trasera del templo, donde se suelen guardar los objetos de culto y los tesoros.

—Señora —dijo arrodillándose frente a ella—.

—Liliana, necesito tu ayuda con algo...—.

Afrodita le explicó el problema, la joven escuchó con atención y solemnidad y afirmó que haría todo lo que estuviese en su mano. Liliana sacó unas varillas de incienso de un pequeño cofre y comenzó a quemarla frente a ellos.

Al parecer era una candidata a sacerdotisa con la capacidad de ver el futuro, de una forma similar a como lo haría un oráculo, la única diferencia con Dodo era que sus habilidades eran natas y no otorgadas por un dios.

Connor y su madre esperaron fuera de la sala, la energía de ambos combinados distraía a la joven aunque no se atrevió a quejarse.

—Dime qué le ha pasado a tus alas —pidió saber Afrodita—.

—Me las arranqué —.

—¿Por qué harías eso?! —.

—No puedo ir por la calle con unas alas a la espalda y pretender que soy como el resto —.

—Eso es cierto, pero podrías usar un talismán, como tu hermano —.

—Ese es otro tema con el que necesito tu ayuda...—.

—¿Tu hermano? —.

Liliana salió de la sala abruptamente, temblaba como una hoja.

—Estás en la lista del dios de la muerte —soltó Liliana—.

—Eso no puede ser posible —sentenció Afrodita—.

—Lo he visto, mi señora —.

En el trono de Hades en el inframundo había un largo pergamino en el que aparecían los nombres de los posibles y futuros huéspedes del tártaro. Podría no ser tan alarmante si no fuese porque los dioses inmortales no solían aparecer en esa lista.

—Hijo —dijo la mujer con profunda preocupación—. Yo... —

Connor se llevó las manos a la cabeza, no solo era posible que muriese después de sufrir por el corazón roto de Oliver sino que también era posible que lo hiciese si Zeus le arrebatara su divinidad. La muerte no era un tema que le hubiese preocupado hasta ese momento, pero empezaba a sentir cierta ansiedad e incertidumbre.

—Tu abuelo no será capaz de hacerte algo así, juro por las estrellas en el firmamento que pondré el mundo entero patas arriba como ose tocarte un solo cabello de... —.

—Escúchame —le pidió—. Dodo tuvo una profecía hace un tiempo, poco antes de que Anteros apareciese en mi vida de nuevo...—

Le contó todo lo que había pasado con todo lujo de detalles, incluida la profecía que había tenido Dodo, palabra por palabra.

—Eso no va a pasar, no dejaré que pase —le aseguró su madre—. Y en cuanto a tu hermano... no fue fácil para él que te fueses de aquella forma —

—¿Qué? ¿Eso que tiene que ver con todo esto? —.

—Eros, tu partida nos afectó a todos —.

Dudaba que su partida hubiese afectado significativamente a ninguno de sus hermanos.

—Preocupémonos de lo más relevante ahora mismo —le pidió—. Mis amigos —

Liliana intervino, acababa de ver algo nuevo.

—No puedo establecer un lazo mental con el oráculo de Dódona por que no se encuentra en su forma humana, pero veo que te reunirás con un joven frente un fuego, una noche estrellada —.

—Eso no me ayuda en nada...—.

—Tu aprehensión me está sobrepasando, hijo —.

—Lo siento —.

Su madre tocó su cara con ternura, entendía por qué se sentía así aunque no supiese por qué temía que algo terrible les sucediese.

—Pediré ayuda a Hermes, él puede recorrer toda Grecia en un abrir y cerrar de ojos —le aseguró—.

Aquello sonaba bien en teoría.

—¿Te ayudará? —.

—Tu madre es más resolutiva de lo que crees, espérame aquí —le pidió, desapareciendo en el aire—.

Liliana y él se miraron incómodamente hasta que Connor caminó hasta salir de la parte trasera del templo para sentarse en uno de los muchos bancos de piedra. A diferencia del primer templo lleno de lujos y fabricado con los mejores materiales, este era mucho más humilde, estaba hecho de piedra común teñida de pintura blanca.

“Si tan solo pudiera hacer crecer mis alas de nuevo, podría salir yo mismo a buscarlo”, pensó para sí mismo. Se preguntaba qué diantres le pasaba a su cuerpo, hasta ahora nunca le había fallado.

—Tus alas crecerán si limpias tus heridas con el agua que te ofrezca una persona enamorada —.

Era justo lo que acababa de pensar, las mentes de los dioses no podían ser leídas por nadie, ni siquiera por un dios más fuerte que él mismo.

—¿Qué? ¿Puedes leer mi mente? —.

—Oh, no. Solo acaba de venir a mi, disculpa —le dijo ella—. Mi especialidad, por así decirlo, es responder a las preguntas que agobian a las personas que me rodean —

—Aún así no me has sabido decir dónde está mi amigo —.

—Lo siento —.

Connor sabía que acababa de ser un capullo con esa chica.

—Discúlpame, estoy frustrado —admitió—. ¿Cualquier persona enamorada valdrá?

—No, solo una a la que tú hayas ayudado y siga enamorada —.

Llevaba más de dos mil años fuera, ni siquiera sabía a qué velocidad pasaba el tiempo allí o si quedaría alguna pareja enamorada que siguiese unida. Hacer un par de flechas y enamorar a dos extraños tampoco era la opción más viable, ni siquiera tenía los materiales. Pero dejó la idea en el tintero, quizá podría ser un sólido plan “b”.

—Genial, sacaré el móvil...—soltó con ironía—.

—¿Cómo? —.

—Nada, no me hagas caso —.

Esperó a la llegada de su madre pero no apareció, lo hizo durante exactamente dos horas y media. Tuvo que explicarle a Liliana que el aparato que llevaba en la muñeca era un reloj, uno mágico, no podía decirle que le había costado un ojo de la cara en una joyería parisina.

—Eso sí que parece útil, no como los que tenemos nosotros —comentó—.

En la Grecia en la que se encontraban había tres tipos de relojes, los clepsidra, unos relojes de agua que tenían un mecanismo que mantenía un líquido fluyendo en su interior. Los relojes de arena y los de sol, de estos había multitud alrededor de todas las ciudades para facilitar a sus ciudadanos el acceso a la hora.

—Debería irme, si viene mi madre dile que no dude en buscarme —le pidió—. Aunque no sé cuando aparecerá...—

—De acuerdo —dijo—. Siento no seros de más ayuda —

—Has hecho lo que has podido —dijo—. ¿Por casualidad conoces a la familia Makris?

—

Ella asintió.

—Sí, siguen viviendo en la ciudad. Te escribiré las señas —.

Su suerte podía estar a punto de cambiar, si la persona a la que buscaba se encontraba allí y seguía enamorada, podría conseguir sus alas de nuevo sin necesidad de ninguna triquiñuela.

—No será necesario, sé dónde vive —le aseguró él con una sonrisa—.

Capítulo 5

Un libro mágico

Tras un breve instante aquella columna de luz que apareció de la nada junto con un cielo enfadado y lleno de nubes desapareció. Dodo seguía poseyendo el cuerpo de Oliver, saltando entre los arboles y corriendo como un animal salvaje lo más lejos que podía de los hombres que los perseguían.

—¡Cómo puedo correr tan rápido! —exclamó Oliver dentro de su cabeza—.

—En realidad solo incremento un poco las habilidades innatas de tu cuerpo —.

—¿Los hemos alejado ya? —.

—No lo sé —.

Pararon, solo eran capaces de oír los sonidos típicos de un bosque, sumado a los de la ciudad más cercana.

—Si vamos a la ciudad los perderemos de vista —le aseguró Dodo—.

—Bien —.

Antes de que fuese capaz de salir a correr un pequeño disco salió de los arboles y golpeó a Dodo, cortando la conexión entre ambos y haciendo que ambos perdiesen el conocimiento.

Cuando Oliver fue capaz de abrir los ojos se encontró dentro de una gruesa red.

—Nunca se me ha escapado una presa y hoy no iba a ser ese día —le dijo el hombre de ojos verdes. Parecía que aquella caza no había afectado a su humor de forma negativa—.

—¡Dodo! —exclamó Oliver—.

El ave yacía en el suelo, a unos pocos metros de él, inconsciente.

—¡Coged a la urraca! Pero procurad que no os muerda, metedla en una bolsa espaciosa —pidió—.

—¡Deberíamos matarla, señor! No me da buena espina —le dijo uno de sus hombres —.

Oliver estaba extasiado, el exceso de ejercicio empezaba a pasarle factura, pero miró a aquel hombre suplicante. Buscando en él un poco de humanidad.

—Es mi amiga —le susurró—.

Él asintió.

—No será necesario, guardadla a buen recaudo —ordenó—. Tú te vienes conmigo —

—¿Vas a matarme? —.

—¿Cómo te llamas? —.

—Oliver —.

Aquel extraño cargó con su cuerpo como si de un saco de patatas se tratara, aunque Oliver juraba una y otra vez que no intentaría huir de nuevo.

Para su sorpresa ni una sola alma en la ciudad acudió en su auxilio, pese a que pedía ayuda a gritos. Todos los que prestaban atención a sus palabras apartaban rápidamente la mirada al ver quién lo sujetaba.

—Vas a perder la voz como sigas así —le aseguró quien lo cargaba—.

—El secuestro es un delito, podrían caerte más de quince a veinte años en prisión —.

—Debes de ser extranjero, ¿de dónde vienes? —.

—De Manhattan —.

—No me suena —.

—Te falta ver mundo supongo —.

Su captor soltó una sonora carcajada, que pese a ser hosca y grave, era extrañamente melodiosa y agradable.

—¿Si te dejo caminar te mantendrás a mi lado? —preguntó—.

—Qué remedio, me tienes de rehén, a mi y a mi amiga —.

—Señor, déjeme golpearlo —le pidió uno de sus hombres—.

—No será necesario, es divertido —.

Soltó a Oliver en el suelo, sus rodillas flaquearon un instante pero consiguió mantenerse de pie y caminar junto a su secuestrador. Al menos era más amable que los hombres que lo seguían, él no lo llamaba concubina ni amenazaba con golpearlo.

No tardaron en llegar a una gran casa de piedra, unas brillantes columnas blancas sostenían un bello marco sobre la puerta principal.

—¿Eres rico o algo? —preguntó Oliver—.

—Trabajo duro —.

—No sabe quién eres, jefe —comentó uno de sus hombres—. Ese es el problema de los extranjeros, no se esfuerzan por integrarse... —

Él le había preguntado su nombre pero Oliver no había hecho lo mismo, quizá lo más inteligente era hacerlo

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Oliver—.

—Herácles —.

Los ojos de Oliver se abrieron por la sorpresa, ¿se trataba del mítico Héroe? Quizá era un nombre tan común como “Ashley” o “Marie” Si era quien creía lo más probable era que no tuviese malas intenciones para con él, aunque claro, dudaba que los mitos y el concepto de ser “bueno” fuese el mismo que el de su época. Al fin y al cabo lo acababa de secuestrar.

—Sabía que te sonaría mi nombre —comentó él—.

La residencia era amplia y ordenada a simple vista, estaba llena de lo que parecían sirvientes, todos agachaban la cabeza cuando Herácles pasaba a su lado. De un momento a otro Herácles y Oliver se quedaron solos, los hombres que venían con ellos se fueron dispersando.

—Estos son mis aposentos —le dijo él—.

La estancia era peculiar, espaciosa, en ella cabía su casa de Manhattan dos veces. A un lado había una cama, una grande y no muy alta y al otro lo que parecía una gran piscina.

Herácles cerró la puerta tras él al entrar.

—¿Por qué cierras? —preguntó Oliver sin ocultar su nerviosismo—.

—Para que no corra el viento, voy a darme un baño —.

—Ah...—.

—Puedes sentarte donde quieras, ponte cómodo —.

Había vivido y había visto suficiente cine y televisión para entender lo que podía significar aquella frase, pero no tenía dónde ir o cómo escapar. Oteó la estancia con un poco más de cuidado pero el único lugar que vio para sentarse era la cama, y los dioses sabían que necesitaba sentarse o se desplomaría. Así que intentó no hacer un mundo de aquello, por ahora, y se sentó.

Oliver pudo oír como su captor soltó una risita, de nuevo era extrañamente melodiosa.

—¿Puedes devolverme a mi amiga? —pidió Oliver—.

—Tengo la impresión de que tu amiga te prestó su fuerza en el bosque —comentó—.

Aquella asunción debía de indicar que conocía de la existencia de lo sobrenatural, si era el Herácles de los mitos debería de haber conocido a algún dios o criatura sobrenatural.

—¿Me la devolverás? No me siento seguro sin ella a mi lado —.

—No voy a hacerte daño —.

—Claro...—.

Herácles se acercó a lo que en un principio le había parecido una piscina, pero que Oliver acabó por decidir que se trataba de una bañera. Se desnudó sin ningún pudor y se metió en el agua.

—¿Quieres bañarte conmigo? —preguntó—.

—No, estoy bien, gracias...—.

De nuevo aquella risita, debía de estar pasándoselo bien mientras lo hacía sentir todo lo incómodo posible.

—Espero que aceptes mi invitación para cenar, hay algo en ti que me llama la atención —.

—Si esa no es la peor frase para ligar del mundo... —se quejó Oliver—.

Herácles salió del agua, lo hizo de forma ruidosa para llamar la atención de Oliver, este miró por precaución y entonces lo vio en todo su esplendor. Un cuerpo esculpido por los mismos dioses, si aquel no era el cuerpo de un héroe mitológico no sabía qué era.

—¿Has realizado por casualidad doce tareas...? —preguntó Oliver. Lo hizo sin pensar —.

El joven se acercó rápidamente hasta él e hizo que lo mirase a la cara, aquella pregunta era tan privada como secreta. Solo un par de sus hombres sabían sobre ese tema y otros muchos solo cuchicheaban a sus espaldas.

—¿Cómo sabes sobre eso? Responde —exigió.,

No tenía una respuesta sincera que lo sacase de aquel aprieto, lo sabía por que todo el mundo de donde venía podía acceder a esa información. Estaba convencido de que era conocedor de lo sobrenatural pero no sabía cómo encajaría que él venía del futuro.

—Yo... tengo un libro mágico —le dijo—.

—¿Eres un brujo? Descubre tu pecho —.

—¡¿Qué?! —.

Herácles levantó su camiseta, asegurándose de que no tuviese pechos. No tenía dudas sobre su sexo pero hasta donde él sabía solo las mujeres podían usar la brujería.

—Eres un hombre —observó—.

—Joder, sí lo soy. Ya habíamos dejado eso claro —.

—¿Por qué tienes un libro mágico contigo? ¿Qué hace? —preguntó muy serio—.

Oliver había traído consigo su lector digital de libros, una maravilla electrónica capaz de almacenar un sin fin de libros y cuya batería era muy duradera. Aunque se aseguró de llevar consigo un cargador solar en caso de que lo necesitase.

Antes de salir se había encargado de descargar por Internet docenas de libros de mitología, medicina o astrología, cualquier cosa que pudiese de serle de ayuda. Sacó aquel libro de la pequeña mochila que llevaba a su espalda y se lo enseñó.

—¿Qué hace? —.

Apretó el botón para encenderlo y este se iluminó, Herácles dio un paso hacia atrás, por precaución.

—Solo me muestra información —le aseguró—.

Rebuscó entre sus libros y dio con el que buscaba, puso la palabra clave y encontró el mito de Herácles.

—¿Ves? —le dijo mostrándoselo—.

Le mostró la pantalla, Herácles la miró con cuidado y luego lo miró a él.

—¿Qué lenguaje es ese? —.

Era inglés, pero suponía que era la única persona capaz de leer inglés en toda Grecia. Eso sin tener en cuenta a sus dos amigos.

—Uno que solo entiendo yo, esa es mi única habilidad especial —.

—¿Puedo creerte? —.

—Aquí pone que tu primer labor fue matar al león de Nemea —leyó Oliver—.

—Ese fue mi segundo labor —le corrigió—.

—La hidra de Lerna, la cierva de Cerinea...—.

Herácles se cruzó de brazos.

—¿Cuál es el último? —.

—Cerbera —.

—Ese no es el último, sino el penúltimo, lo realicé el mes pasado —.

—Ah... ¿entonces ya los has cumplido todos? —.

—¿No lo sabe ese libro mágico? —.

—Oh, no es muy de fiar como ves...—.

—El último que me falta es el que consiste en conseguir una manzana —.

—Del jardín de las Hespérides —leyó Oliver—.

El ceño fruncido de Herácles se intensificó, no sabía qué pensar sobre aquella extraña criatura, parecía normal a simple vista, atractivo a su parecer, pero no mágico.

—Sabes muchas cosas, ¿dime porqué debería dejarte vivo? —.

—No soy peligroso —le aseguró. El movimiento de su apéndice le estaba empezando a distraer—. ¿Podrías vestirme? Que tu pene cuelgue frente a mi y se mueva de un lado a otro contigo me incomoda un poco —

Herácles sonrió ligeramente, se giró y cogió una fina toalla blanca que puso alrededor de su cintura. Aquel culo era el más prieto y perfecto que Oliver había visto nunca, estaba seguro que podría matarlo con él. Así como que muchos otros desearían morir de dicha forma.

—¿Entonces no eres un concubina? —.

—No estoy interesado en acostarme contigo ni con nadie, ¿podemos dejar ese tema? —.

—Puedo pagar cualquier precio que pongas —le aseguró—. Soy muy rico —

—¡No, no soy un prostituto! ¿Vale? —.

—¿Provienes de una familia importante? —.

—No sé qué a dónde quieres llegar, pero he venido aquí con un amigo. Y es muy fuerte, si me tocas de forma inapropiada te hará daño —.

Herácles sonrió, en esta ocasión con incredulidad, aceptando aquel reto.

—Dudo que sea más fuerte que yo, ¿es él tu pareja? ¿Tu dueño? —.

—¡No! Es un amigo —.

—Amigo... uno fuerte, ¿es una trepa? —.

—No, no lo es —.

Sacudió su cabello, tenía una media melena que había resultado ser de color castaño

después de haberla limpiado.

—Me inspiras cierta confianza, mis instintos no suelen fallarme —comentó Herácles—. —.

—Vaya, doy las gracias a tus instintos —.

—Pero me preocupa que sepas tanto —.

—¿Y si llegásemos a un acuerdo? —.

—No tienes que inventar ninguna treta para conseguir este cuerpo —le aseguró señalándolo—. Me quitaré este trapo si me lo pides —

Oliver encontró la fuerza necesaria como para girar hacia atrás en la cama y alejarse lo suficiente de él. Su cara era tan roja como el hierro incandescente.

—Eso es acoso, de donde yo vengo eso es acoso —le aseguró Oliver—. —.

—¿Qué me puedes ofrecer? —.

—Yo... tengo información sobre tu última prueba, si no me haces daño te diré todo lo que sé —.

—Suenas...tentador —admitió—. ¿Cuales son tus condiciones? —

Herácles se mostró interesado por lo que aquella era la baza que necesitaba, en ese momento podría pedirle todo lo que necesitase.

—Te diré todo lo que pone en mi libro mágico —empezó a decirle. Lo que podía no resultar cierto, por eso lo expresó de esa forma—. Pero a cambio no dejaras que nadie me toque o abuse de mí, ni siquiera tú —

—¿Solo eso? —.

—Y quiero a mi amiga conmigo —.

—¿Algo más? —gruñó—. —.

—No se me ocurre nada más —.

—¿Podría darte oro o cualquier otra cosa y solo me pides que no te toque y que te devuelva a la urraca? —preguntó incrédulo—. —.

—Es muy sensible con ese tema, al parecer es una carolina blanca. Si te digo la verdad a mí me parecía un canario...—soltó Oliver lleno de nerviosismo. Podía ver cómo su apéndice masculino asomaba por debajo de aquella toalla—. —.

—Bien, estoy interesado —.

Oliver aplaudió.

—Genial —.

—Pero vendrás conmigo —.

—¿Contigo? ¿Dónde? —.

—Al jardín de las Hespérides —.

—No, eso no es parte del trato —.

—¿Y cómo sé que no me estas intentando engañar? —.

—Me has secuestrado y me has traído a la fuerza, me retienes prisionero e intentas tener sexo conmigo. Desde mi punto de vista no pareces un héroe —.

Aquel comentario hizo que se detuviese y aclarase su mente.

—Por la forma en la que me has descrito no lo parezco —.

—No, los héroes son buenos y no abusan de los débiles —

—¿Eso también te lo ha dicho tu libro? —.

—¿El qué? —.

Aquella frase sobre los héroes y sobre que no abusan de los débiles era algo que solía decirle su difunto padre, el hombre que lo crió como si así fuese al menos.

—No pretendía hacerte daño, solo tenia curiosidad —le aseguró Herácles—.

Lo dijo con sinceridad, dolido por que pensase que pretendía abusar de su fuerza para imponerse físicamente ante él.

—Vale —.

Se giró y sacó algo de ropa limpia de lo que parecía un a cesta de mimbre normal y corriente. Se puso unos pantalones y una camiseta sencillos y se giró de nuevo para encontrarse con él.

—Tienes algún sitio al que ir? —preguntó—.

—Busco a mi amigo, seguro que en este momento él me estará buscando también —.

—¿Cómo se llama tu amigo? —.

No sabía si era buena idea decirle que el amigo que buscaba era el dios del amor.

—Connor Lovejoy —.

—¿Tenéis todos unos nombres tan raros de donde venís? —.

—Supongo —.

Se acercó hasta él, ahora que podía ver con claridad su cara le pareció que era muy guapo, sus ojos verdes eran intimidantes pero el resto de su faz era armónica, un poco ruda pero inspiraba confianza.

—Hacemos el trato oficial entonces —le dijo Herácles ofreciéndole su mano—.

—¿Me darás inmediatamente a mi amiga? —.

—Sí...—le dijo aburrido—.

—Vale —.

Extendió su mano y este la apretó con cuidado. Salió de la estancia unos minutos y cuando volvió trajo la bolsa de tela en la que se suponía que se encontraba Dodo.

—Toma, mi parte del trato —.

Oliver se la quitó de las manos y la abrió, preocupado por el estado en el que se encontrase. Para su fortuna Dodo salió volando de la misma con

—¿Qué demonios pasa?! —exclamó ella—.

—Tranquila, estamos a salvo —.

—Esto no quedará así —.

—¿Qué vas a hacerme urraca? —.

—No seré así de pequeña para siempre, hijo de... —espetó el ave, Oliver tapó su pico antes de que pudiese pronunciar con claridad la última palabra—.

—Dodo, he hecho un trato con él. Nos tratarán bien —le explicó su amigo—.

—No quiero que me traten, quiero salir de este sitio —.

—Asistiréis a mi banquete, después hablaremos sobre la información que tienes — zanjó él con voz autoritaria—.

—De acuerdo —.

—Esto es increíble...—se quejó ella—.

—En esta habitación estaréis seguros, mis hombres son un poco rudos...—.

—Entendido —.

Le dedicó una sonrisa y salió de la estancia. Dodo no tardó en empezar a despotricar sobre él y sobre aquellos hombres que la habían metido en aquella bolsa. Juraba que se vengaría de ellos, solo necesitaba sus nombres.

—¿Qué trato has hecho con ese desconocido? —quiso saber—.

—Es Herácles —.

Para sorpresa de Oliver solo recibió una respuesta de desinterés por parte de su amiga,

luego supuso que para ella no sería tan impresionante como para él conocer por primera vez a un héroe mitológico.

—¿Y en qué consiste el trato? —.

—Le diré lo que viene en mi libro sobre el jardín de las Hespérides —.

—Ah, bueno. Supongo que no pasará nada si lo haces —.

Siguió viéndola molesta.

—No tenemos ningún sitio al que ir y tengo hambre —.

—Sí, lo he entendido. Comeremos aquí —.

—Estás de mal humor —.

—Si tú hubieses estado casi una hora en una bolsa luchando por tu vida también estarías de mal humor —.

—Lo siento —.

—No es tu culpa —espetó—. Es solo que no me gustan los espacios cerrados —.

El ave revoloteó por la estancia y se asomó por la ventana, de esa forma pretendía saber en qué ciudad se encontraban.

—Atenas —dijo—.

—¿Estamos en Atenas? —.

—Sí, por lo que Connor debe de estar en esta ciudad también —.

—Me pregunto si estará bien —.

—Es inmortal, estará bien...—.

Oliver pensó que ella misma era inmortal y no lo había pasado bien dentro de una bolsa, pero no dijo nada.

—Una bañera, y bien grande... —observó ella con alegría—.

—¿En qué estás pensando? —.

—Ya te he hablado sobre mi habilidad —le recordó ella—.

—Sí, puedes transformarte al sumergirte en agua —.

—En la mañana seré capaz de hacerlo de nuevo, cuánto más grande sea el recipiente de agua más grande puedo hacerme yo misma —.

—Vale...—.

—Me convertiré en un puma gigante, haré que se meen encima —.

—¿Será práctico? No estamos en peligro y no podrás cambiar en otras veinticuatro horas —.

—Eres demasiado confiado, Oliver. Claro que estamos en peligro, no podemos confiar en nadie —.

—Él me ha asegurado que...—.

—Tienes una concepción muy fantasiosa sobre los héroes, que en el presente el mundo crean que lo eran no significa que no fuesen corruptos e hiciesen cosas malas —.

—Él parecía bueno —insistió Oliver. No era demasiado bueno en calar a la gente a la primera, pero Herácles le pareció genuinamente sincero. Tenía todo el poder que quisiese para abusar de él y no lo hizo—.

Dodo no conocía a Herácles personalmente ni había oído hablar de él de una forma negativa, pero aún así no tenía en alta estima a los proclamados “héroes”. Conocía a algunos que eran verdaderos villanos.

La noche cayó y el tan esperado banquete llegó, Herácles proclamó a Oliver como su invitado de honor y sus hombres no tardaron en asumir que lo había complacido sexualmente y que así se había ganado su favor.

—Qué panda de capullos... —espetó Oliver. Sus comentarios eran tan infantiles como vulgares—.

Se encontraban en una amplia mesa llena de manjares de todas clases, Herácles debía de haber amasado una gran fortuna pues parecía el banquete de un rey. Este lo había sentado a su lado, “como signo de respeto”, aunque Oliver asumió que de esta forma podría tenerlo más controlado.

—Todos los tíos son así, pero no te preocupes, los hay peores —le aseguró ella—. Y en Grecia los vamos a ver a todos...—

—En el presente tampoco hemos cambiado tanto...—.

—¿Y ese ruido? —.

Los hombres de Herácles eran tan ruidosos como una manada de hienas pero el sonido de un gran grupo de gente fuera de esas paredes gritando y vitoreando le llamó la atención.

—Los vecinos también celebran un banquete —comentó Herácles—.

—En honor a su hija, Poláris —dijo uno de los hombres—.

—La golfa de su hija, dirás —dijo otro—.

A Oliver no le sonaba de nada aquel nombre.

—¿Golfa? —.

—¡Tiene un harén de hombres! —exclamó uno entre risas, sus colegas se unieron a aquellas risas—.

—Ah, ¿eso es malo? —.

—Para una mujer, sí —soltó otro—. Dicen que su padre está loco y la consiente en todo lo que quiere —

Oliver pestañeó lentamente.

—¿Los hombres tienen harenes? —preguntó—.

—Sí —soltó uno con naturalidad—.

—¿Y porqué es distinto entonces? —.

—¡Por que es una mujer! —dijo otro—. ¿De qué planeta vienes? ¿Quién se va a casar con ella? —

Oliver supuso que no podía debatir sobre machismo e igualdad con aquellas personas, así que guardó silencio. A su parecer esa tal Poláris era una tía genial, si había conseguido tener un harén para ella sola en ese tipo de siglo debía de ser una fuerza de la naturaleza. Lo que le dio una idea, quizá ella pudiese ayudarlo a escapar, aunque no podía irse sin Dodo.

—No parecen faltarle pretendientes si tiene un harén, ¿cuántas pretendientas tienes tú? —quiso saber Oliver—.

La mesa silbó y se burló ruidosamente de aquel hombre, este les enseñó la palma de su mano, Oliver interpretó que aquel gesto se traduciría como un corte de mangas de su época.

—¡Muchas! —les gritó—. ¡A puñados! —

—¡Mentiroso! —le gritó otro—.

—Es una joven amable —comentó Herácles—. Cuando compré la casa ella y su familia se pasaron a saludar —

—Seguro que me caería bien...—.

—Poláris! —exclamó Dodo—.

—¡¿Qué?! —preguntó su amigo con sorpresa—.

—Dile a tu urraca que no grite, me pone los pelos de punta —le pidió Herácles—.

Dodo ignoró aquel ataque, juraba que los recordaría todos en la mañana cuando se transformase en una temible bestia.

—Ese nombre...—dijo ella—. Connor la conocía —

—¿Le hizo una jugarreta en el pasado y también lo odia? —.

—Sorprendentemente no, eran amigos. Es más, creo que era su mejor amiga —.

—¿En serio? Está bien oírlo, para variar —.

Era la primera vez que oía hablar de alguien del pasado de Connor que no tuviese nada en su contra.

—Claro, Poláris tenía como siete o nueve novios y a Connor le fascina el amor. De hecho el término poliamoroso que usáis tanto en el futuro proviene de ella —le aseguró Dodo—.

—Increíble —admitió—. ¿Deberíamos ir a preguntarle si lo ha visto? —

—Sería una buena idea —.

—No irás a ningún sitio hasta que cumplas tu parte del trato —gruñó Herácles—. No lo olvides —

Oliver le dedicó una mirada aburrida.

—Bien, entonces acabemos cuanto antes —.

Capítulo 6

Amistad

Connor caminó por toda Atenas hasta que llegó a la casa de su amiga Poláris, durante el camino maldijo su decisión de no aceptar las señas de su casa. Tuvo que preguntar a más de una docena de personas y tal y como recordaba, los atenienses no brillaban por su amabilidad.

Cabía la posibilidad de que siguiese enamorada de alguno de los chicos con los que la ayudó en el pasado y con su ayuda podría recuperar sus alas de nuevo. Las cuales por el motivo que fuese se negaban a salir de su espalda.

Su casa seguía tal y como la recordaba, pensar en el tiempo y en cómo pasaba allí le traía dolor de cabeza. La que sabía todos esos detalles técnicos era su amiga Dodo.

—Busco a Poláris Makris —preguntó a la primera persona que se asomó después de tocar al timbre—.

—¿Eres un pretendiente? —preguntó la mujer con desgana—.

—No, un amigo —.

La mujer lo miró de arriba abajo, apreciando a simple vista lo atractivo que era. A su ama le gustaban de esa forma, atléticos pero no muy musculosos y con una cara bonita.

—Sí, claro. Pasa —le dijo—. Volverá en breve, puedes esperarla en el patio —

—Ah, ¿está su padre? —.

—Sí, el señor está descansando —.

—¿Crees que tardará mucho en llegar? —.

—Esta noche celebramos su natalicio, ¿ha venido por eso, no? —.

Él asintió, debía de ser Julio si era el cumpleaños de su amiga.

—Sí, claro —.

—Ella ha ido a encargarse de unas cosas, pero llegará pronto —le aseguró—.

—Vale, gracias —.

—¿Quiere que le sirva algo frio? —.

—Una cocacola bastará —.

—¿Una qué? —.

Después de haber caminado tanto mataría por un refresco azucarado.

—Agua fría, gracias —.

El patio de la casa de Poláris seguía más o menos como lo recordaba, la palmera que se encontraba en el centro había crecido hasta ser más alta que la misma construcción. Pararse a pensar en cómo afectaba el paso del tiempo de distinta manera sobre los animales, plantas y mortales le daba dolor de cabeza.

Tocó la piedra en su colgante.

—Mamá, ¿ha habido suerte? Sigo en Atenas —.

Estaba seguro de que podía encontrarlo donde fuese, ella podía aparecerse ante él en cualquier momento. Esperaba que Hermes no se aprovechara demasiado de ella. No lo recordaba como un mal tipo, pero sí podía ser muy astuto.

La sirvienta le trajo un gran vaso de metal con agua fría, esta no estaba destilada pero

era fresca y calmó su sed por completo.

—Gracias —.

—No hay de qué —.

Observó cómo un par de abejas sobrevolaban unas flores, cogían su polen y seguían con su viaje. Las cosas no pintaban bien para él, no sabía si sería capaz de seguir con su propio viaje, si Zeus lo obligaba a quedarse allí no sería capaz de regresar a Nueva York. Y eso no era todo, lo había amenazado con despojarlo de su divinidad y de todos sus talentos, hecho que le aterraba. Y para colmo, si no conseguía evitar que Anteros matase a Sergio acabaría en el inframundo, según la profecía de Dodo. Aunque como bien sabía las profecías funcionaban de forma extraña y solían ser poco coherentes por lo que podría acabar en el inframundo por otros motivos. Como por ejemplo que Zeus lo despojase de su inmortalidad y un coche lo atropellase.

—¿En qué piensa mi palomita favorita? —preguntó una voz conocida—.

Este se giró, su amiga Poláris se encontraba frente a él, abrió sus brazos y esperó con emoción a que acudiese a abrazarla.

—¡Poláris, qué alegría verte! —

Ambos se unieron en un efusivo abrazo.

—Si me dicen que aparecerías por mi cumpleaños no lo hubiese creído —admitió ella —.

—¿Por qué? —.

—¡Hace tanto que no nos vemos! —se quejó—.

—¿Cuánto? —preguntó por curiosidad, para saber cuál sería su respuesta—.

Pareció pensarlo unos instantes sin mucho éxito.

—No sé, mucho —.

—Sí, hace mucho —admitió—.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —preguntó ella —. Oh, tengo que presentarte a Alan, mi novio —

—Hablando de eso, ¿aún sigues manteniendo a algunos de los novios que tenías? —.

Ella se cruzó de brazos, era una pregunta extraña.

—No sé, ¿a cuál te refieres? —.

—¿Maro? —.

—Cortamos —.

—¿Libra? —.

—Me dejó por una campesina, ¿te lo puedes creer? —.

—¿Arlo?—.

—Murió en un accidente, lloré desconsolada durante meses —

Las esperanzas de Connor de volver de una pieza con sus amigos a su casa en el presente descendieron hasta el inframundo, posiblemente se encontraría con ellas cuando bajase él mismo.

—Conozco a alguno de los novios que tengas actualmente? —.

—No, creo que no —.

—Genial —.

—¿Qué pasa? Haces unas preguntas muy raras —.

Este le explicó la situación a grosso modo, le habló del problema de sus alas y le dijo que las necesitaba para encontrar a unos amigos con los que había llegado allí.

—¡No deberías habértelas arrancado, son parte de ti! —le regañó ella golpeándolo,

omitió el hecho de que no se había dado cuenta de que no las tenía hasta que él lo mencionó —.

—Es una larga historia...—.

—Bueno, pero he invitado al sobrino del rey, y estoy un poco pillada por él... —.

—¿Cuántos novios tienes actualmente? —preguntó en un tono más informal—.

—¡Solo siete! ¿Te lo puedes creer? —.

La última vez que la vio tenía once, según parecía el grupo había menguado bastante.

—Si me ayudas a que se enamore de mi podría solucionar tu problema —resolvió ella

—. Ya sabes, un pequeño empujón... —

Él asintió.

—¿Tienes oro y plumas de paloma blanca? —.

El oro que había traído se encontraba en la mochila de Oliver.

—¡Claro! Oro tengo y en cuanto a las plumas, le pediré a alguno de mis sirvientes que vaya a la plaza a buscar algunas —.

Suspiró, eran amigos, lo había visto fabricar flechas un sin fin de ocasiones. Aquella había sido su segunda opción, fabricar unas flechas para conseguir que una persona enamorada por su causa le diese un poco de agua. Según le había dicho Liliana aquello haría que sus alas volviesen a crecer.

—Bueno, te ayudaré...—accedió él—.

—¿Y dónde demonios está tu arco y tu carcaj?! —.

Ni él sabía dónde se encontraban, solo dónde los tiró. Junto a la tumba de su anterior ser amado, tras decirle a su madre que abandonaba su labor.

—Es otra larga historia...—.

Poláris se cruzó de brazos molesta, en el pasado tenían una relación muy estrecha y hablaban de todo.

—No me gusta nada tu nueva actitud, siéntate y cuéntamelo todo —le exigió ella—.

—Con veinte monedas de oro bastará —le dijo—.

—¡Patrola! —.

La mujer que le abrió la puerta apareció tras ella.

—¿Sí, señora? —.

—Lleva a mi habitación veinte monedas de oro y encárgale a alguno de los sirvientes más jóvenes que traiga plumas blancas de paloma —.

—Enseguida —.

—Y tú y yo vamos hablar quieras o no —le informó ella—.

Connor le contó a regañadientes que había estado viviendo muy lejos de allí y como no quería que nadie supiese quién era tuvo que arrancárselas. No era una mentira pues en esencia era lo que sucedió, junto con el hecho de que al verse con ellas frente al espejo sentía que era su anterior persona. Y lo odiaba.

Con respecto a su arco se limitó a decirle que lo perdió tras un largo viaje, lo cual era una vil mentira si se tomaba de forma literal y una verdad a medias pues había recorrido un largo viaje y sin duda lo había dejado atrás, junto con lo que una vez fue.

El oro se ablandaba entre sus manos como plastilina, juntó todas las monedas en una pequeña masa dorada, le dio forma con sus manos y la imbuyó con su poder. Poláris lo observaba con atención mientras este le contaba historias vagas sobre los amigos con los que había venido. Realmente quería contarle sobre la magia que hacía que ella siguiese viva después de más de dos mil años, pero temía que no pudiese aceptarlo y acabase por pesarle

demasiado.

—¿Y los conoceré? —preguntó ella—.

—¿A quién? —.

—A tus amigos, has dicho que viniste con ellos —.

Él se encogió de hombros, hacer una fiesta no estaba entre las cinco primeras cosas que necesitaba hacer.

—No lo sé, ni siquiera sé donde están...—.

—Parece que ese chico te importa —.

—¿Qué? —.

—Oliver, cuando hablabas de él has sonreído. Es la primera vez que lo has hecho en todo el día —

—Soy más transparente de lo que pensaba —admitió—.

—¿Esto es por Icarión? —.

La fina vara de oro que moldeaba entre sus manos se dobló de mala manera, hacía mucho que nadie pronunciaba ese nombre, ni siquiera era un nombre que hubiese trascendido en el tiempo.

—No quiero hablar de eso —le dijo él—.

—Pero soy tu amiga, yo te cuento cómo me siento —.

Hablaba como si tan solo hiciese unos pocos meses que no se veían cuando la realidad era otra, se sentía mal por seguir sin decirle la verdad. Él había vivido más de cincuenta vidas desde que la vio por última vez, Poláris pertenecía a su pasado tanto como su madre.

—Su muerte me marcó, y ya no duele de la misma forma pero... bueno, ya sabes —.

—Tú y yo somos iguales, queremos con todo el corazón. Por eso te entiendo mejor que los demás —le recordó—. Sé que sigue en tu corazón, por mucho que ya no te duela de la misma forma —

—Supongo que sí —.

—Después de la muerte de Arlo me costó ponerme de pie, era la primera vez que sentía la muerte cerca de mí. Nunca creemos que nos puede pasar a nosotros hasta que nos pasa —.

Era muy afortunada, pensó Connor. Su encantador y amoroso padre había estado a su lado durante miles de años, debido a la magia que envolvía el lugar.

—¿Cómo lo hiciste? —.

—Pues no estaba sola, me apoyé en los demás. Llega un punto en que tienes que hacerlo o no sales del pozo —.

Connor solo se tuvo a sí mismo durante mucho tiempo, apoyarse en los demás no era una opción de la que pudiese disfrutar. Y cuando Dodo llegó ya habían pasado más de mil años y hablar de Icarión se había convertido en una tarea imposible, aquel sentimiento de tristeza se había enquistado.

—Tengo miedo de que suceda de nuevo, de perderlo —le confesó, aquel era su mayor temor, perder a Oliver. Y ni se había parado a pensar en su mortalidad o en el paso del tiempo—.

—El amor nace del deseo repentino de hacer eterno lo pasajero, tienes que vivirlo al máximo cuando lo tienes porque no sabes cuánto durará —.

Connor sonrió, deseaba que la eternidad fuese una palabra que resonase en la relación que quería tener con Oliver.

—¿Cuando te has vuelto tan sabia? —.

—Son palabras tuyas, tú me dijiste eso en una ocasión —confesó con una sonrisa—.

—¿Lo hice? —.

—Señora, le traigo las plumas blancas —anunció una de sus sirvientas—.

Poláris se levantó, las examinó entre sus manos y las colocó sobre la mesa que estaba usando Connor.

—Tengo que arreglarme el pelo y esas cosas, ¿te vas a quedar, verdad? —.

—Sí, tenemos un plan, ¿no? —.

Tenían previsto lanzar una flecha al sobrino del rey, Poláris estaba convencida de que solo necesitaba un pequeño empujón para confesarle su amor.

—Sí, es solo que... da igual —.

—¿Qué? —preguntó él—.

—Siento que te irás de nuevo, sin decir adiós —.

Se fue de su vida anterior sin despedirse de nadie a excepción de su madre y pese a que sabía que había estado mal se avergonzaba de admitir que no volvió a pensar en el pasado ni pensó en los que dejaba atrás. Visto con perceptiva no le habría costado demasiado despedirse de Poláris, al fin y al cabo era su única amiga en primer lugar.

—Lo siento —se disculpó él. Lo hizo de corazón—.

—Está olvidado —respondió Poláris con una sonrisa—. Voy a arreglarme —

—Yo daré una vuelta... por el jardín. No sé —.

—Eros —.

Oír ese nombre de los labios de quien fuese le resultaba extrañamente familiar y confuso, Eros era solo una de las piezas de su personalidad. Una que se hacía más pequeña con el paso del tiempo a favor de la de Connor, la persona que era ahora.

—¿Sí? —.

—No te vayas sin despedirte de nuevo, ¿vale? Aunque no haya pasado mucho tiempo lo siento como una eternidad —le pidió—. No saber nada de ti en tanto tiempo no ha sido agradable —

Unas pocas lágrimas empañaron sus ojos, aunque Poláris no entendiese la magnitud y el peso del tiempo sobre ella, su corazón sí lo hacía. Aquella expresión de amor tomó por sorpresa a Connor, multiplicando su culpa por un millón. Se levantó y dio un fuerte abrazo a su amiga, esta lo recibió primero con extrañeza y después con alegría.

—¡Hoy estás raro, eh! Y tampoco eras muy normal para empezar —bromeó ella—.

—Lo siento de corazón, no estuvo bien que me fuese sin decir adiós —.

—¡Te he dicho que está olvidado! Anda suéltame —.

—No tengo regalo para tu cumpleaños —le dijo haciendo un puchero—.

—El regalo eres tú, idiota. Que hayas venido —.

Bajo la experiencia de Connor, el mundo subestima en mayor medida el valor del amor que los seres humanos obtienen mediante la amistad, con forme se crece se va catalogando poco a poco este sentimiento como algo infantil, o propio de la infancia o la adolescencia. El amor romántico suele ponerse en primer lugar y después de este, el que procesamos a la familia. Pero lo que sentía en ese momento no palidecía en comparación a las otras formas en las que era capaz de amar, aquella era tan bella, tan pura y tan real como las otras.

Poláris tenía un corazón tan grande que era capaz de amar infinitamente a una, dos o nueve personas con la misma intensidad. Y además, lejos de la lujuria y el placer, o el interés de algún tipo, también podía amar a Connor de la misma forma. Por eso eran amigos y por eso la admiraba, no había conocido otra igual a ella.

—Te quiero, Poláris. Siento no haber sido un buen amigo —se volvió a disculpar, besando su mejilla repetidamente—.

—Como te oiga uno de mis novios la vamos a liar...—.

—Cuál de los cinco? —.

Ambos se echaron a reír.

—En realidad ninguno de ellos es muy celoso —

—Ninguno? Si te encantan los celosos —.

En el pasado se veían los celos como parte del amor, demostrar celos era demostrar interés. Por suerte en el presente se tomaba de forma distinta.

—Bueno, algunas hemos madurado —.

—Ya veo —.

—Yo también te quiero, Eros —le dijo—. Y quiero peinarme, voy a ello —

—¡Ve! —.

La casa de Poláris no tardó en llenarse de amigos, conocidos y novios. Eros los conoció a todos, este comprobó de primera mano que todos ellos procesaban amor por su amiga, lo que lo hizo sentir feliz.

No todos le cayeron bien, uno de los cinco le resultó demasiado vanidoso, no tardó en sacar a colación que su padre era un comerciante muy poderoso en Grecia y que estaba bendecido por los dioses con la habilidad de llegar al mejor acuerdo en todas las ocasiones. Connor dudaba de que aquello fuese siquiera cierto, pero en el caso de que lo fuese, ¿cómo se vanagloriaba de los logros de su padre como si fuesen suyos? Según había oído vivía de los beneficios que cosechaba su progenitor, no tenía ni oficio ni beneficio. Vivir durante miles de años de otra persona no era algo de lo que estar orgulloso.

Poláris se acercó hasta él a mitad de la fiesta, la persona a la que esperaban acababa de llegar.

—Ahí está —le dijo ella—.

Era un joven moreno, de tez oscura, vestía una túnica roja. Connor siguió a su amiga para recibirlo y que así comprobase la reacción del joven cuando estuviese en presencia de su amiga.

—¡Rohn! —gritó ella—.

Él se acercó hasta ellos con una sonrisa amable.

—Poláris, qué rápido te he encontrado. Pensaba que me tomaría más tiempo —.

—Te he encontrado yo —.

—Cierto —.

Ambos se dieron dos besos en la mejilla, los amigos solían darse un beso en los labios, incluso entre los hombres. Pero no era un saludo que se usase si una persona estaba interesado en otra romántica o sexualmente.

—Este es mi amigo Eros, ha venido desde muy lejos para estar conmigo por mi cumpleaños —dijo ella—.

—Es un placer —.

—Igualmente —dijo Connor—.

Eros notó celos, quizá se sentía amenazado con su presencia. Asumía lo difícil que podía ser estar enamorado de alguien que ya tiene cinco parejas más.

—Adelante —le dijo su amiga haciéndole gestos con la mirada—.

—Ah —soltó Connor—. Rohn, me gusta tu túnica. ¿Puedo ver las costuras del cuello?

—

—Sí, adelante —.

—Intenta mejorar su vestuario, mira como viste...—bromeó Poláris—.

Connor le dedicó una mirada acusatoria, su ropa era de más calidad que la de cualquiera de ellos. Sacó la flecha de su pantalón y le quitó el corcho que había puesto en la punta, cualquier precaución era poca.

—Mírame, tienes algo en los dientes —le pidió Poláris—.

Esta sabía cómo funcionaban las flechas del amor, la primera persona a la que viese el afectado sería de la que se enamorase.

Entonces clavó la flecha en su espalda, al hacerlo se iluminó y desapareció en el aire, como si nunca hubiese estado allí.

—Hoy estás más bella que de costumbre —comentó el joven—.

—¿Sí? —.

—Sí, he traído esto para ti —.

La joven retiró el papel que envolvía el regalo que le había entregado, se trataba de una estola de pelo marrón.

—¡Pero si es verano! —le recordó ella—.

—En invierno serás la más abrigada —admitió él con un poco de vergüenza—.

Aquel era uno de los rasgos favoritos de Poláris, Rohn siempre tenía un ojo puesto en el futuro. Algunas de sus relaciones tenían fecha de caducidad, era una verdad que aceptaba con gracia, pero sabía que no sería así con él.

—Gracias, es preciosa —.

Aquella noche Rohn le propuso formalizar su relación y Poláris aceptó. Tras convivir con toda aquellos extraños y después de probar un pastel de higos que Connor no echaba de menos, se reunió con su amiga en la parte trasera de su casa, junto a bonita una fuente.

—No va a funcionar —soltó Connor. Era más un temor que una predicción—.

—¿Por qué eres tan negativo? —.

El aura de Rohn ya vibraba con la chispa del amor cuando estaba junto a Poláris, su intervención solo aceleró un poco las cosas. Dudaba que de esa forma pudiese conseguir lo que quería.

La joven llenó un cuenco con el agua de aquella fuente.

—Quítate la parte de arriba —pidió—.

—Sí —.

Connor se quitó la camiseta, estaba tan absorto en sus pensamientos que lo había olvidado. Las palabras de Liliana estipulaban que sus alas crecerían de nuevo si las limpiaba con el agua que le ofreciese una persona enamorada.

Las heridas en su espalda hicieron que el estomago de la chica se volcase, eran verdaderamente aterradoras.

—¿Basta con que la eche por encima? —preguntó—.

—Frota el agua sobre las heridas, no estoy seguro —.

—¿No te haré daño? —.

Solía llevar apósitos sobre sus heridas porque el mero contacto de su ropa lo incomodaba, estaba seguro que si alguien lo golpeaba en esa zona se desmayaría, pero no quería decirle eso.

—No te preocupes —le aseguró—.

Sintió como el agua fresca recorría su espalda y cómo Poláris acariciaba con cuidado dichas marcas.

—¿Nada? ¿No sientes nada raro? —preguntó ella—.

—Parece que no...—.

Antes de que pudiese acabar la última frase su cuerpo se dobló y cayó al suelo. Los dos apéndices de sus alas se formaron a una velocidad vertiginosa y después de esto se llenaron de plumas blancas, tan brillantes y puras como siempre lo habían sido. Y entonces aquel agónico y breve dolor se detuvo.

—Sangre... —se quejó Poláris. Inevitablemente saldrían salpicadas por un poco de sangre—.

—Lo siento, sé que no te gusta —.

—¿Ves? Estabas equivocado —.

—Sí, lo estaba —.

—Saldrás inmediatamente a buscar a Oliver, ¿no? —.

Lo conocía muy bien, estaba deseando emprender el vuelo y revisar toda Grecia.

—Prometo que te lo presentaré antes de irme —le aseguró—.

—Más te vale —.

Una voz desde el interior de la casa la llamó y esta se fue, no sin antes darle un fuerte abrazo a su amigo. Esperaba con ansia conocer al afortunado que había conseguido el corazón del dios del amor, de su Eros.

Connor movió las alas, hacerlo era extraño y familiar a la vez. Por alguna razón sentía que no sería capaz de volar con ellas pero poco a poco se fue elevando en el cielo hasta alcanzar los dos metros de distancia.

Entonces su corazón le dio un vuelco, aterrizó rápidamente y miró a ambos lados pero no vio nada extraño.

—Eso ha sido raro...—.

Antes de volver a emprender el vuelo volvió a detenerse, una nube de color rosa apareció frente a él, se trataba de su madre.

—Mamá, por fin apareces —soltó él caminando hacia ella—.

—Veo que tienes tus alas de nuevo —comentó con una sonrisa—.

—Sí —.

—Por favor no vuelvas a cortártelas, quizá la próxima vez no vuelvan a crecer —le advirtió—.

—Lo dices para asustarme...—.

La mujer sonrió, ver sus bonitas alas le traía un sinfín de bellos recuerdos. Tocó una de ellas y la sangre desapareció, apareciéndose de nuevo un brillante y solemne color blanco.

—Ni siquiera sé cómo ha dado resultado, el joven ya estaba enamorado de mi amiga —le contó—.

—Ha funcionado porque tu amiga te quiere y el amor que te procesa ha perdurado en el tiempo —le aclaró ella—.

—¿Cómo sabes eso? —.

—Soy la diosa del amor —.

Su madre nunca dejaba de sorprenderlo, incluso después de tanto tiempo.

—¿Has conseguido dar con Hermes? —le preguntó—. Llevo esperándote todo el día

—

La sonrisa que dibujaba en su cara desapareció y apareció un ceño arrugado.

—He tenido un enfrentamiento con tu abuelo —confesó—.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó. Después de hacerlo se sintió idiota, él había estado en

aquella reunión junto con su madre. Podía suponer el motivo—.

—No estoy dispuesta a que las necesidades del colectivo fueren a mi hijo a vivir una vida de infelicidad —.

Sonaba precioso a priori, pero hasta él podía prever la reacción de su abuelo ante tal afirmación.

—Mamá...—empezó él—

—¿Te sorprendes? Soy la diosa del amor, ¿si no amo a mi hijo cómo voy a ser capaz de amar a cualquier otra persona? Sé que estás enamorado y sé todo lo que tienes en tu plato ahora mismo, este problema no te concierne a ti. Sino a nosotros, el consejo —.

Actuar con el corazón era algo que hasta su familia tomaba como fútil e irrelevante, o al menos la gran mayoría de ellos. Por eso su madre era tomada con mucha menos seriedad que los demás, aquel tipo de arrebatos eran catalogados como infantiles y poco serios. Connor odiaba que por su causa su madre se encontrase en esa posición tan complicada.

—Lo siento —.

Su madre lo ignoró.

—Padre es muchas cosas pero...bueno, hemos tenido una larga conversación. No soy tonta como muchos creen, no tengo la cabeza hueca, sé lo importante que es que las doces esferas que canalizan nuestro poder se mantengan en el trono y alimenten de magia este mundo... —.

Previo que aquella conversación que su madre había tenido con su abuelo había sido larga, muy larga.

—¿Has sacado algo en claro de vuestra conversación? —preguntó su hijo—.

Tuvo esta audiencia con él en presencia de su esposa, Hera, ambos en la sala del trono. Esta no pretendía dejarlos solos para que su marido intercediese una vez más por Afrodita, por lo que se rehusaba a irse.

—Él no podía hablar con libertad pero pude entender algo entre líneas —le aseguró—. Dijo que solo alguien como tú podía ser un buen candidato pues poseías la divinidad necesaria para el cargo, una que solo unos pocos pueden soñar con tener —

—No entiendo nada —.

—¿Quién puede soñar con la divinidad? Un héroe verdadero, un semidiós que demuestre en la tierra su valía —.

—Eres increíble, no sé ni cómo has llegado a esa conclusión —.

—Si un héroe consiguiese esa divinidad sería un candidato tan bueno como tú para ocupar ese puesto, eso es lo que quería decirme —.

Era una buena noticia, si un héroe buscaba la divinidad en primer lugar debía de estar lleno de ambición, por lo que jamás rechazaría un puesto en el consejo. Daría las gracias por tener la posibilidad en primer lugar.

—¿Alguna pista sobre ese héroe? —.

—He consultado con algunas de mis amistades, muchos de ellos creen que se trata de Jasón pero tenemos que cerciorarnos —le dijo—. Iremos al oráculo de Delfos y ella nos dirá su nombre —

No podía eludir aquel viaje, su destino dependía de ese nombre, si este héroe era capaz de conseguir la divinidad por sus propios méritos entonces habría una posibilidad de que él pudiese evadir formar parte de los doce olímpicos y regresar a casa con Oliver.

—Mis amigos...—se lamentó—.

Ahora tenía sus alas, estuvo a punto de emprender el vuelo y comenzar la búsqueda.

—Ese asunto tendrá que esperar un poco más, hijo. Estoy segura de que están bien —le aseguró su madre—.

—Bien, vamos —.

Un torbellino de humo nació a los pies de la mujer, este se ensanchó y cubrió el cuerpo de su hijo, al hacerlo una gran explosión de color rosa lo cubrió todo, haciéndolos desaparecer.

Capítulo 7

El puente

Oliver leyó todo lo que tenía en aquel libro sobre el jardín de las Hespérides y luego sintetizó su contenido. Herácles escuchó con atención, él ya sabía donde se encontraba aquel jardín, a grosso modo, pero todos aquellos datos que le había proporcionado le parecían complicados. Había invertido diez años de su vida en aquellas tareas y no podía permitir que creer a pies juntillas a un extraño echase todo su trabajo por la borda.

Se encontraban en la estancia de Herácles, según este el lugar más seguro y tranquilo de la casa.

—Cómo sé que me dices la verdad? —preguntó muy serio—. No puedo confiar en nadie, hay muchos que quieren verme fracasar —

—¿Por qué iba a mentirte? Estás paranoico —.

—Bien, vendrás conmigo si es así —.

Oliver negó con la cabeza profusamente.

—No, ese no era el trato. Dijiste que era libre de irme —.

—¿Para qué lo quieres a tu lado? Ya te ha dicho todo lo que necesitas saber —le aseguró Dodo—.

Herácles ni siquiera la miró.

—No hablo contigo, Urraca —.

—Tú espera, espera...—le aseguró ella—.

—Tengo que buscar a mi amigo, no he venido aquí a divertirme ni a viajar a lugares emblemáticos —le aseguró Oliver—. No puedo embarcarme en un viaje por que sí —

—El viaje solo durará unos pocos días, tres si salimos temprano en la mañana —le dijo —.

—¡No! —.

—A cambio de que vengas te ofreceré mi ayuda —le aseguró—. Haré que te reúnas con tu amigo —

Dodo intervino.

—¿Tienes algún poder? —preguntó, ella tenía el poder de la visión, en teoría. Y no sabía donde se encontraba—.

—Cuando complete la última tarea me reuniré con mi padre, Zeus, entonces le pediré que te indique dónde está tu amigo —le dijo—. Te doy mi palabra —

—Zeus no es conocido por su amabilidad —señaló Dodo—. Ni por preguntar antes de hacer lo que le sale de las narices...—

—Lo hará por mí, con estas tareas estoy demostrándole mi valía y mi interés legítimo en ser un héroe —.

—No eres un héroe verdadero, los héroes no mienten... —le increpó Oliver—.

Aquella afirmación se clavó muy profundo en el corazón de Herácles, no era la primera vez que la oía. Muchos otros dudaban de su valía, de si sería capaz de conseguir su cometido. Él mismo dudaba sobre ello en sus momentos más delicados.

—Los héroes no son lo que tú crees, Oliver... —le recordó Dodo con amargura—.

—Si me ayudas estaré eternamente agradecido, te lo suplico —le pidió—.

Oliver se acercó hasta él y cogió su mano, lo hizo para intentar que aquella conexión física hiciese posible que pudiesen entenderse.

—Yo no te seré de utilidad, te he dicho todo lo que sé —.

—He salido de muchas situaciones de vida o muerte, más de las que un hombre o diez se enfrentarían en toda una vida. ¿Sabes lo que me sacó de ellas? —.

—¿Que eres fuerte? —.

Durante el banquete había hecho patente lo monstruosamente fuerte que era, sus hombres reían y compartían anécdotas sobre sus hazañas.

—La intuición —afirmó—. Seguir mi instinto, algo me dice que si tu estás allí todo saldrá bien —

Oliver soltó su mano y este puso su mano sobre su muñeca, manteniendo el contacto físico. No era el más listo en cuanto a ser el primero en leer ese tipo de señales, pero creía que Herácles se sentía atraído sexualmente a él. Quizá avivada por su obstinada y rotunda negativa a acostarse con él, pero no pretendía ceder.

—¿Que pasa si me niego? —quiso saber—.

—¿Dónde vas a ir? ¿Qué vas a comer? No tienes ninguna pista sobre ese amigo —.

Era un balde de agua fría pero era cierto.

—Tenemos formas de encontrar respuestas —le dijo Dodo—. Formas que no entenderías —

—Solo te pido tres días de tu vida —le repitió—. Tres —

Oliver se desinfló, sobre el papel no era demasiado pedir, pero se sentía estafado y manipulado.

—Me estas coaccionando para que vaya contigo —.

—Te estoy explicando por qué necesito que vengas —.

—No estoy interesado en ti, no voy a yacer contigo. ¿Eso está claro? —.

Dodo no dio crédito a que su amigo aceptase finalmente su petición.

—¡Oliver! —se quejó—. ¡Tenemos que buscar a Connor —

—No haré nada que no quieras que haga —le aseguró Herácles—.

—¿Me das tu palabra? Con todo lo que has dicho —

—Sí —afirmó rotundo—.

—No puedo creerlo —seguía soltando Dodo—.

Oliver se giró hacia ella.

—Él puede encontrarnos, ¿o no? —.

—Técnicamente, pero aceleraríamos el proceso si...—.

—Podemos dar tumbos por aquí y por allá o hacer esto y asegurarnos de que lo encontraremos en un máximo de tres días —.

—Lo has convencido a él pero no a mi —se quejó ella, dirigiéndose a Herácles—. Yo sé mucho sobre los “héroes”, sé lo corruptos que podéis llegar a ser. Lo egocéntricos y lo interesados que sois. Sois capaces de hacer lo que sea en nombre de un bien mayor y eso en ocasiones resulta en daños colaterales, lo que se traduce en mortales muertos —

Él la miró con desgana, no le gustaba hablar con ella.

—Yo no soy de esos héroes de los que hablas —dijo ofendido—. No tienes derecho a pensar eso de mi —

—¡Ninguno lo cree! Todos creéis que sois los mejores y los más justos —.

—Tú puedes irte si quieres, mi trato es con él, no contigo —.

—No voy a dejarlo solo, yo voy donde vaya él —.

El hombre dio por zanjada la conversación.

—Bien, pues descansad. Saldremos en la mañana —.

—Espero no arrepentirme, Herácles —le dijo Oliver—.

—No lo harás —respondió antes de irse de la habitación—.

Él y Dodo descansaron en la estancia del héroe, este no apareció en toda la noche por lo que tuvieron el lugar para ellos dos. Los pensamientos de Oliver antes de dormir oscilaron entre la culpa por haber aceptado aquel trato y su enfado con Connor por no haber cumplido su palabra y haberlo dejado solo. Entendía que lo más probable era que no hubiese tenido elección en ese aspecto, pero era un dios, ¿por qué no lo había encontrado ya? ¿A qué esperaba?

Por otra parte también sentía remordimientos por haber arrastrado a Dodo con su decisión, eran amigos pero acababan de empezar a serlo. No podía exigirle nada ni podía culparla por querer marcharse, aún así agradecía que no fuese el caso.

En la mañana Dodo ya había decidido en qué se convertiría, si iban a embarcarse en un viaje necesitarían caballos por lo que convertirse en uno sería una idea inteligente, y además si le añadía algún extra más que mejor.

—Un caballo alado!? —exclamó Oliver al verla—.

Dodo se convirtió en un enorme y bello caballo blanco con el cabello y la crin de un bonito y cálido color castaño.

—De esta forma cubriré el cielo y la tierra, en caso de necesitarlo —le dijo ella—.

—Un momento, ¿eres un pegaso? Como en el mito —.

Dodo sabía a qué se refería, pero no tenía constancia de que un animal así existiese en realidad.

—No creo que exista, Oliver. Puedo convertirme casi en cualquier cosa, solo he pensado en un caballo con alas —le aseguró—.

—¿En serio? —.

—¿Decepcionado? —.

—Un poco, aunque es increíble verte así —dijo—. ¿No te cansarás? —

—Por llevarte sobre mi lomo? Lo dudo, no pesas nada —.

Herácles casi se cae de culo cuando entró en su estancia y vio junto a su bañera un enorme caballo blanco con alas.

—Qué es eso? —exigió saber—.

—Su urraca, héroe —respondió Dodo con retintín—. ¿Sorprendido? —

—¿Cómo lo ha...? —.

—Es un ser mágico, puede transformarse en lo que quiera —le informó Oliver—.

Aquella verdad era la más sencilla de contar, contarle que Dodo nació humana, fue convertida en un oráculo por el mismo Zeus, y que había conseguido la habilidad de transformarse cuando se sumergía en agua de Poseidón, era más largo y complicado de contar. Además él no era quién para desglosar la vida de Dodo sin su permiso.

—Nuestro acuerdo sigue en pie —afirmó, aunque fuese más bien una pregunta—.

—Sí, así es —.

—Bien, vamos a salir ya —.

—Os esperaremos en la puerta —le dijo ella—. Sube —

Oliver se acercó a ella y se subió torpemente sobre su lomo, entonces Dodo abrió sus alas y saltó por la ventana, planeando hasta llegar al suelo.

—Eso ha sido... aterrador —confesó Oliver cuando pudo juntar las palabras—.

—Te acostumbrarás, volar es divertido —.

El viaje hacia las Beocia, en la región occidental al norte de Atenas empezó siendo tranquilo. Los hombres de Herácles hicieron un mundo cuando Dodo apareció ante ellos de esa guisa pero poco a poco se calmaron.

—Seguro que le has roto algo —le dijo Oliver—. Eres de lo que no hay... —

Dodo había pisado los pies del hombre que la metió en una bolsa y la zarandéo, y además tenía previsto hacer lo mismo con el resto de caras implicadas.

—Bien, eso le enseñará a ser más educado —.

—Si ni siquiera le has dicho porqué lo has hecho —.

—No es mi trabajo educarlo...—.

—Pero sí castigarlo, aparentemente —.

—¿Podríaís galopar a mi paso? —pidió Herácles—.

El bello caballo alado galopaba frente a los hombres de Herácles, captando la atención de cuantos posaban sus ojos sobre él. Esta situación le recordó a Oliver la ocasión en la que tuvieron que salir de casa con Dodo convertida en puma. Los transeúntes de Nueva York no dejaban de pararla y pedirle fotos, los niños de acariciarla y los adolescentes de intentar señalar dónde empezaba el disfraz y dónde acababa. La diferencia con las personas que se encontraban caminando era que ellos no se acercaban, huían.

—¿Es un problema? —preguntó Dodo divertida, abriendo sus alas como un ave—.

Esta sabía que el líder de un grupo cabalgaba frente a estos, liderándolos. Por eso se puso frente a ellos.

—Mis hombres creen que es una falta de educación que no sea yo el que lidere la expedición —le dijo Herácles—.

—¿Sabes tú dónde está el jardín? —preguntó ella—.

—Sí —.

—No, no lo sabes exactamente. Yo sí lo sé —.

—Urraca...—.

—Dodo, aminora el paso un poco, estarás cansada —le pidió Oliver—. No tenemos prisa —

No lo estaba, su estamina dependía en gran medida de la forma que tuviese, convertida en caballo se encontraba llena de energía y vitalidad. Pero decidió que contentaría a Oliver, la amabilidad debía de ser compensada.

—Lo haré para descansar —cedió ella—.

—Gracias —.

Herácles había tratado de encontrar un momento en el que conversar con Oliver, no solo porque se sentía terriblemente mal por arrastrarlo a ese viaje sino por que había algo en él que le atraía.

—¿Cómo es tu amigo? Parece que lo valoras mucho —preguntó iniciando una conversación con él—.

—El héroe brilla con su don de palabra...— soltó Dodo sarcásticamente—.

—Es especial —le dijo Oliver—.

—¿Especial? ¿Solo eso? ¿En qué sentido? —.

—¿A dónde quieres llegar? Por que si quieres preguntar algo es mejor que seas directo —.

—Solo quiero charlar, pasar el rato. Eres extranjero, seguro que tienes historias que

contar —.

No sabía cómo de largo sería el viaje hasta aquel jardín mitológico pero no quería estar callado al lomo de Dodo durante todo ese viaje, no había necesidad de hacerlo.

—Bueno...—aceptó—. Es especial para mí porque es siempre amable conmigo, no lo sé, simplemente lo es. Es raro y especial, es un buen tío —

—Te gusta la gente amable —observó—.

Aquella era la observación del siglo.

—¿A quién no? —.

—Yo puedo ser muy amable —.

Hasta ese momento no había visto a Herácles como un hombre desagradable, un aprovechado y un mentiroso sí, pero no desagradable. Le había asegurado de la forma más explícita que no quería nada con él pero no parecía rendirse. Este brillaba por su fuerza, pero no por su sutileza.

—Eso está bien —comentó Oliver secamente—.

—¿Dónde irás cuando encuentres a tu amigo? —.

Por un momento había olvidado el propósito de aquel viaje, buscar una forma de detener a Anteros y su plan de matar a Sergio. Le sorprendió gratamente comprobar que a esas alturas el dolor que sentía en su corazón ya casi no le molestaba.

—Hemos venido buscando información —le dijo—.

—¿Sobre qué? —.

Dodo intervino.

—Es privado —le aclaró ella—. Cotilla —

—No estoy hablando contigo —gruñó él—.

—Estás hablando conmigo si hablas en mi presencia —le aclaró ella muy segura de sí misma, con esa apariencia podía luchar contra él—.

—Eres una urraca muy temeraria, pocos se atreven a contrariarme —.

—No te tengo miedo —.

Oliver temía que aquella conversación acabase con Dodo pisándole la cabeza así que decidió cambiar de tema de conversación.

—¿Por qué haces estas tareas? —preguntó. Los mitos no explicaban cuál era su motivación para embarcarse en tantas aventuras tan peligrosas—.

—Para ser un héroe verdadero —respondió llanamente—.

—¿Por qué quieres serlo? —.

Aquella era la pregunta del millón, irónicamente era la primera vez que alguien le preguntaba algo así en los diez años que llevaba realizando aquellas tareas. Nadie había cuestionado el porqué o había querido saber las motivaciones que se escondían tras su voluntad. Quizá asumiendo que el rango de héroe era simplemente un objetivo admirable que prometía prosperidad.

—Es mi destino —le dijo—.

—Elocuente...—se burló Dodo—.

El héroe gruñó y le dedicó una mirada iracunda de la que ella ni siquiera se dio cuenta.

—Soy huérfano, mis padres adoptivos eran granjeros, empecé todo esto con la intención de darles una vida mejor pero por desgracia la parca fue más rápida —le dijo—. Así que esa era mi motivación principal, hacerlos sentir orgullosos, que sus vidas fuesen más fáciles —

—Lo siento —.

Él se encogió de hombros.

—Sabía que mi fuerza no era normal, aprendí a controlarla conforme crecía, mi padre adoptivo, Anfitrión, me enseñó lo que estaba bien y lo que estaba mal. Cuando enfermó me confesaron que un extraño hombre acudió a ellos una noche lluviosa, este cargaba con un bebé... —.

—Zeus —señaló Dodo—.

—Sí, ¿cómo lo has sabido? —preguntó—.

—Ya nos has dicho que es tu padre, idiota —.

—Agotarás mi paciencia, urraca —.

—Qué pasó luego? —quiso saber Oliver—.

—Les pidió a mis padres que cuidasen de mi por que él no podía. Mi madre ya tenía más de cuarenta años pero nunca había sido capaz de concebir un hijo propio así que tomaron mi aparición como un regalo del cielo y me criaron como suyo —.

—Parecen buenas personas —.

—Lo eran —afirmó con nostalgia—. Zeus se reveló una noche de tormenta, me dijo que era su hijo y que estaba destinado a tener un futuro brillante —

—El padre del año —señaló Dodo—.

Herácles la ignoró, tampoco pensaba lo opuesto exactamente.

—Mis hombres creen que el que me encomienda estas misiones es un hombre sabio llamado Euristeo, pero es mi padre disfrazado de mortal —.

—¿Por qué me lo cuentas a mi? —.

—Confío en ti, te he dicho que mi intuición nunca me falla —.

Aquella inesperada muestra de confianza tomó a Oliver desprevenido, no sabía qué responder después de eso. Confiar tan a la ligera en un extraño no es propio de una persona juiciosa, aunque quizás se sintiese muy solo y necesitase a alguien con quien hablar.

—¿No tienes a nadie especial a tu lado? —preguntó Oliver—.

—Lo tuve, se llamaba Mégara —.

En ese momento recordó la película de una conocida empresa de animación, en ella el interés amoroso del protagonista se llamaba Mégara. Según recordaba el personaje principal había sido creado a partir de una mezcla de varios héroes.

—¿Dónde está ella? —.

—No lo sé, es decir, está viva. Quiero decir que no sé dónde vivirá ahora, hace años que no nos vemos —.

—¿Qué pasó? —.

—Nos quisimos mucho durante mucho tiempo pero con el paso de los años me di cuenta que mi ritmo de vida la hacía infeliz y poco a poco nos distanciamos —resumió—. Como ves esta contienda no solo me ha costado a mi primer amor, sino que también se ha llevado a mis padres, amigos, el sitio al que llamé hogar y diez años de mi vida —

—Un héroe no se forja sin sacrificios, supongo —dijo Oliver—.

—Supongo —concordó él—. Por eso no puedo fracasar en esta última tarea, si lo hiciese todo habría sido en balde —

—Te entiendo —.

—¿Me perdonarás? —.

Oliver lo miró con curiosidad, no sabía si aquella fachada era una treta.

—¿Por qué te importa el perdón de un extranjero que pronto dejarás de ver? —.

Quería responderle que no quería dejar de verlo, que quería saber más de él, pero

aquello solo haría que la conversación que estaban teniendo tomase unos derroteros incómodos. Oliver ya había expresado no estar interesado en él.

—No lo sé —mintió—.

Al atardecer de ese día se encontraron el primer obstáculo en el camino, una gran grieta entre la tierra con lo que parecían los vestigios de un puente.

—El puente está roto —anunció Herácles—. Tenemos que detenernos —

—Yo puedo pasarlo sin problema —anunció Dodo, moviendo sus alas—.

Su amigo la reprendió.

—Dodo...—.

El sonido de un instrumento musical llamó la atención de todos los presentes.

—Yo os ayudaré si preparáis un puchero caliente para mi estomago —propuso una voz desconocido—.

Un hombre descansaba sobre una piedra, entre sus manos tenía lo que parecía una guitarra, rasgó las cuerdas bruscamente antes de hacerla a un lado.

—¿Qué me dices? —le preguntó a Herácles—.

—No necesitamos tu ayuda para cruzar un simple puente —.

—Necesitas toda la ayuda del mundo...—sentenció Dodo—. Será posible...—

Aquel desconocido soltó una carcajada. Su aspecto era peculiar, aunque a simple vista parecía joven daba la impresión de que no lo era. Oliver percibió algo extraño en él, de la misma forma que lo había con Connor y su hermano.

—En este caso me necesitaréis —dijo—.

Una de las peticiones que le había hecho su padre era que para su última tarea no usase su fuerza divina, de ahí que hubiese decidido dejar el robo de la manzana de las Hespérides para el final. Además por el motivo que fuese le pidió que este dato debía de mantenerse en secreto.

—Sacad las hachas, tallaremos un par de arboles —les dijo Herácles a sus hombres—.

Aquel hombre no se lo tomó mal, cogió su guitarra de nuevo y acarició sus cuerdas.

—Entonces esperaré aquí a que cambies de idea —.

Capítulo 8

Dódona

Herácles y sus hombres tallaron unos pocos arboles, una labor que duró hasta caer por completo la noche. Sus hombres aceptaron la orden con un poco de confusión pues él podía arrancar aquellos troncos con una sola mano, pero ninguno de ellos se atrevió a cuestionarlo.

—Seguiremos mañana en la mañana —anunció Herácles—.

Mientras tanto Dodo y Oliver hicieron buenas migas con aquel extraño, juntos se burlaban de los hombres de Herácles e incluso les dedicó algunas canciones con la guitarra. Estas narraban hazañas heroicas de una forma exquisita, Oliver estaba fascinado por el dominio que tenía sobre aquel instrumento musical y así como con su voz.

Pero Dodo no tardó en enfrentarlo, ella sabía mucho mejor que su amigo que era un ser sobrenatural. Lo que no sabía era cuál.

—Nos vas a decir qué eres? —le increpó Dodo—.

—Una musa —.

—No me hagas reír...—soltó ella riéndose—. Eres un hombre —

—Dodo...—le advirtió Oliver—. No seas impertinente —

—No pasa nada, déjala que se ria, tiene una risa preciosa —le aseguró Essián—. Puedes reírte de mi lo que quieras —

—No tienes que responder, si no quieres —dijo Oliver—.

—Es cierto, soy una musa —.

—Las musas son mujeres, nueve en concreto y siempre ha sido así —sentenció Dodo—. Deberías informarte un poco antes de mentir o te van a pillar muy rápido —

Las musas eran nueve divinidades que inspiraban a la humanidad para crear arte y progresar en la ciencia. Sus nombres e identidades estaban bien marcadas en las mentes de los griegos.

—Bueno, en eso tienes razón, no he sido admitido aún —les dijo—.

Dodo soltó una ruidosa carcajada.

—¿Eres una musa masculina desempleada? —preguntó divertida—. Lo siento, no puede ser más gracioso —

Oliver temía que aquel desconocido se enfadase, pero se tomaba las palabras de Dodo con ligereza y buen humor.

—Y tú qué eres? —preguntó él—. Si no te importa que pregunte —

Herácles y sus hombres no estaban cerca así que no le importó decírselo, al fin y al cabo él había sido sincero con ella.

—Yo soy un oráculo —.

—Ah, un oráculo. No esperaba encontrarme uno —.

—Has tenido suerte —.

—¿Has tenido alguna visión interesante últimamente? —.

—Pues... no —.

No había tenido ninguna visión desde que había llegado allí, no se había dado cuenta

hasta ese momento.

—Un oráculo sin visiones y una musa sin trabajo, ¿no somos el tema perfecto de una tonada? —preguntó divertido—.

—Si en esa tonada me describes como arrebatadoramente bella, sí —dijo ella—. Pero quiero el cincuenta por ciento de las ganancias que genere, tanto en los mercados nacionales como internacionales —

Essián arrugó la cara, no entendía a qué se refería, naturalmente.

—¿Ganancias? ¿Cuando me echen monedas en los mercados? —.

—Sí —afirmó rotunda—.

—¿Esperas que de todas las monedas que reciba cantando esa tonada divida mis ganancias a la mitad y te la de? —

—O no podrás cantarla —le aseguró—. Tenemos un contrato verbal —

—Está bien, trato hecho —.

—Estáis locos...—afirmó Oliver—. Voy a ver qué van a hacer para comer —

Herácles transportaba los troncos de los arboles con ayuda de un par de sus hombres, a los que le había tenido que decir a modo de excusa que debía de guardar todas sus fuerzas para la tarea que le esperaba. Entre todos trenzaron unas cuerdas alrededor de ellos para poder convertirlo en un puente.

—Pensaba que eras más fuerte —observó Oliver—.

—Veo que os lleváis bien con el vagabundo —comentó él cambiando de tema—.

—Es simpático —.

—¿Yo no lo soy? —.

—Eres bastante egocéntrico, no todo gira en torno a ti —.

—No conozco esa palabra —.

—Significa... bueno, qué más da. ¿Qué vamos a cenar? —.

Uno de sus hombres se encargaba de cocinar, para sorpresa de Oliver lo hacía bastante bien. Incluso llevaba consigo una caja llena de hierbas y especias para cocinar.

—Creo que estofado de carne y verduras —comentó Herácles—.

—Espero que no te importe que le demos un poco a Essián —.

—Así se llama ese vagabundo? —.

—Sí —.

—Nunca le he negado una ración de comida a nadie que la necesitase —le informó—. No hacía falta que lo pidiese —

Hubo cierto orgullo en el tono que usó al decirlo, como si la sola idea de negarle comida a una persona con hambre le pareciese abominable. Hecho que hizo sonreír a Oliver, aquel le pareció un rasgo heroico.

—Está bien saberlo —.

Essián tuvo la amabilidad de hacer un fuego que compartió con Dodo y con Oliver, gesto que molestó a Herácles pues no tuvo ocasión de seguir charlando con este último.

La musa masculina charlaba distendidamente con ambos, contándoles historias sobre gente y eventos del pasado. Tal y como haría una persona mayor, Dodo nunca lo admitiría pero estaba fascinada. Aquel tipo de personalidad era típica de un padre o un abuelo, su propio padre solía contarles historias de ese estilo a ella y a sus hermanas.

—¿Y qué vas a hacer después? —le preguntó Oliver—.

—Os acompañaré, Dodo me ha dicho que vais al jardín de las Hespérides —.

Dodo lo golpeó con una de sus patas.

—Se refiere a con tu vida, cabezón —le dijo—. No vas a ser una musa renegada toda tu vida —

—¿No puedo? —

—Es un poco patético —.

—Dodo...—le reprendió su amigo—. A lo mejor un día consigue ser aceptado entre las musas si persevera lo suficiente, no pierdas la esperanza Essián —

—Si se corta el apéndice masculino podría tener una posibilidad —comentó ella—.

Él afectado puso cara de horror, si aquel era un requisito indispensable tendría que buscar otro oficio.

—Quizá si deba pensar en otra profesión, ¿qué os parece criador de anacardos? —.

—Ya nadie come anacardos, dan ardores —le dijo ella—.

—¿Pastor? —propuso Oliver. Fue la única profesión que le vino a la cabeza—.

—No, las ovejas se tiran muchos pedos —.

Dodo rompió a reír.

—Entonces será mejor que no cuides vacas, esas sí que no paran de ventosearse —.

—¿A qué te dedicas tú? Eres un oráculo pero estás viajando —.

Los oráculos residen en los templos a los que rinden lealtad, no viajan de aquí para allá a voluntad.

—Lo dejé —afirmó sin pudor—.

—¿No te trataban bien? —.

—Me cansé de ser una herramienta, se guarda poca gratitud a un oráculo pese a que haga todo lo que esté en su mano por ayudar. Las visiones nunca vienen a voluntad y no podemos desglosar y explicar las profecías que tenemos, es parte de nuestra naturaleza. Pocos lo entienden y se nos trata muy mal —le explicó—.

Era la primera vez que Oliver escuchaba a su amiga hablar del razonamiento para haber abandonado su labor como oráculo. Le pareció la más coherente del mundo, quizá no era humana como él pero sí tenía sentimientos y aspiraciones como cualquier otro ser.

—¿Cuánto tiempo fuiste un oráculo? —preguntó el joven—.

—Casi doscientos años —.

—¿Qué pasó para que decidieses que ya habías tenido suficiente? —.

Pese a que aquellas preguntas eran muy personales no se sentía incómoda, el clima era ligeramente frío, un fuego la calentaba lo suficiente como para sentirse cómoda y segura. Y había llenado su estómago con un estofado sabroso, para su sorpresa.

Recordar aquellos días se había hecho más fácil con el tiempo, pero aún se creaba un pequeño nudo en su estómago.

—La única razón por la que sigo viva es por...Connor —confesó—.

—Por Connor? —soltó Oliver con sorpresa—.

—Tu amigo, al que buscáis —.

—Sí, no solo es mi mejor y único amigo, es mi salvador. Es la persona a la que más quiero y admiro —admitió con un poco de vergüenza por la presencia de Oliver—.

Hubo algo en su tono de voz que lo conmovió, un sentimiento de amor que pudo sentir en su propia piel.

—Era un día especial...—empezó a contarles—.

Se celebraba el Epulum Jovis, una fiesta ritual dedicada al dios Zeus, el dios que le otorgó la inmortalidad y le proporcionó todos los dones de ellos que disfrutaba. Uno al que tuvo que jurar lealtad y pleitesía después de haberle arrebatado su humanidad, su familia, el

único amor que conoció y la vida tal y como la conocía hasta ese momento.

Pocos entendieron o entenderán el sacrificio que suponía ser despojado de la inmortalidad y ser puesto en una posición en la que se espera que sirvas al mundo sin esperar nada a cambio. Un mundo que deja de tratarte con humanidad o respeto, uno genuino.

Durante dicha festividad se preparaba un gran festín en honor al dios principal y a los demás que quisiesen asistir, y como parte de la festividad los oráculos servían durante siete días sin descanso a cualquiera que quisiese consultarles sobre el futuro.

Ella se había vuelto el oráculo más importantes de toda Grecia, el de Dódona, tal y como predijo otro oráculo antes que ella. Durante todo el año sus visiones eran reservadas por los más pudientes, los reyes, los mercantes adinerados y los dioses o semidioses. Pero esto cambiaba durante una semana debido al Epulum Jovis, en la que las hacía solo por el precio de una pieza de fruta.

Había atendido a centenares de personas que acudieron a ella durante los cinco primeros días, lo había hecho hasta la extenuación pues rechazar sus servicios habría sido un mal gesto para con Zeus.

El templo donde había vivido durante más de un centenar de años era espacioso, construido con los mejores materiales, era capaz de hospedar hasta trescientas personas.

Una gran manzana cayó a sus pies, un hombre con el ceño fruncido la acababa de lanzar.

—Oráculo, hice lo que me dijiste y mi mujer se fue —espetó—.

Era tarde, Dodo ni siquiera recordaba cuál fue la predicción que le había dado, ni siquiera recordaba su cara.

—Explica tu caso —le pidió, sacando paciencia de donde no había—.

—Dijiste que mi mujer se iría si no era responsable de mi hogar y le proporcionaba a ella y a mis hijos un techo solido y una comida que llevarse a la boca. Y así lo hice, pero se ha ido —.

Ella tuvo una visión, en ella vio cómo aquel hombre golpeaba a su mujer, a sus hijos y pasaba la mayoría del tiempo en tabernas o compartiendo lecho con otras mujeres.

—¿Así que has sido un buen marido durante cuánto? ¿Cinco días? —.

Sus palabras lo enfadaron aún más.

—¿Osas burlarte de mí?! Hice lo que me dijiste y se ha ido, ella y mis hijos se han ido —.

—Si un hombre te da mala vida durante trescientos sesenta días del año y es justo contigo durante cinco, ¿cómo esperas que se quede a tu lado? —.

Las personas que había tras él le dieron la razón en silencio, con gestos, lo que reclamaba era un sinsentido.

—¡Eres un fraude! ¡Exijo una compensación! —.

Una sonrisa producida por la incredulidad se dibujó en la cara del oráculo, ¿qué compensación podía merecer? Ella le había dicho lo que cualquier persona honrada y en sus cabales le hubiese dicho, si su mujer había tenido suficiente y se había marchado no era su culpa, sino de él.

—Marchate, solo estáis haciendo el ridículo —le pidió Dodo—.

—¡Un monstruo como tú no me dice lo que hacer! —.

La gente que esperaba su turno no tardó en quejarse, no por la rudeza de sus palabras sino porque esperaban para ser atendidos tanto como él.

—Sabrás de mi de nuevo, engendro —juró el tipo—.

Dodo suspiró, aquel hombre no había sido la primera persona en quejarse durante esos cinco días pero sí el que peor la hizo sentir.

—Siguiente —.

La jornada se había extendido hasta la madrugada, las sacerdotisas prepararon una cena ligera para ella y se habían retirado a sus recámaras a descansar.

Las palabras de aquel hombre aún la seguían atormentando, “monstruo” y “aberración” no eran palabras extrañas para ella, muchos otros antes que él las habían usado para referirse a su persona pero en esta ocasión, quizá por el cansancio, no pudo borrarlas de su cabeza.

—¿Y qué si soy una aberración?, yo no pedí serlo...—se dijo—. Si quiere culpar a alguien que culpe al de arriba, a ver si es tan valiente con él... —

Su habitación disponía de un amplio balcón, una brisa agradable entraba por el mismo. El viento acariciaba sus piernas con su paso, reforestándola de forma agradable. Entonces tuvo una visión.

En ella vio sangre brotar de una fuente, del cuello de animales de ganado, de las heridas de un soldado y de un sin fin de otros lugares.

—Sangre —.

El grito de auxilio de una voz conocida captó su atención, corrió a asomarse a aquel balcón y pudo ver de dónde procedía. Una mujer ataviada de la misma forma que las sacerdotisas que trabajaban en su templo parecía estar intentando ser violentada por un hombre en la calle.

—¡Ayuda! —pidió a gritos—.

Puso una fina estola de tela que cubría su cuerpo desde los hombros hasta los pies y salió en su ayuda.

Las calles no estaban vacías, debido a la festividad dedicada a Zeus había aún gentes de un lado para otro, embriagadas o disfrutando de la música de los músicos callejeros.

—¡Detente! —le ordenó Dodo—.

—Señora... —se quejó ella entre lágrimas—.

Dodo no dudó en agarrar la mano de aquel hombre, esta se encontraba entre las piernas de una de sus sacerdotisas. La agarró con tanta fuerza que pudo oír cómo los huesos de la misma crujieron dentro de su mano.

Aquel hombre gritó de dolor, al alejarse lo suficiente se dio cuenta de que se trataba del mismo con el que había tenido un altercado ese día.

—Entra en el templo —le pidió Dodo—. Allí estarás a salvo —

La joven se cubrió como pudo, pues sus ropas habían sido rasgadas, y corrió hasta meterse dentro del templo.

—¿No te da vergüenza? Intentar abusar de alguien más débil que tú —le reprochó ella—. ¿Quién es el monstruo de los dos? —

No era extraño que un hombre abusase o intentase abusar de una mujer, era el pan de cada día. Sobre todo cuando la justicia no tardaba en culpar a la mujer por su ropa, su comportamiento o el lugar dónde se encontraba. Los hombres rara vez eran reprendidos de forma severa.

En el caso de una sacerdotisa, estas dedicaban su vida a servir a otros, hacían un voto de castidad y juraban mantenerse puras hasta el fin de sus días. Si por alguna razón perdían esta pureza por el motivo que fuese no tardaban en ser repudiadas y expulsadas de sus

labores, marginadas y sin opciones no tardaban en quitarse la vida o en vender su cuerpo para subsistir.

—¿Me reconoces? —preguntó él, claramente borracho—.

—¡Te reportaré a la justicia, vete! —.

El hombre se acercó hasta ella, no podía caminar en línea recta por lo que esta supuso que había sido el alcohol el que le había dado en última instancia el valor para cometer aquella tropelía.

Antes de que pudiese volver a reprenderlo este sacó una daga de su bolsillo y se abalanzó hacia ella. En un abrir y cerrar de ojos aquella daga se encontraba clavada en su cuello.

No fueron pocos los que fueron testigos de aquel acto pero ninguno dio un paso hacia adelante para ayudarla o detener a aquel hombre de seguir clavando su daga sobre su estómago. Lo hizo hasta que su sed de venganza quedó saciada, entonces simplemente se fue, dejándola ahí tirada.

Dodo había comprobado en el pasado que no podía morir, había cortado sus venas y había tomado multitud de venenos. Pero pese a que no podía morir, aunque sí sufría dolor, cualquier herida que sufriese sanaba a la misma velocidad que la de cualquier otro mortal por lo que previó un largo estado de dolor y agonía.

Estuvo tirada en aquella sucia vía durante horas sin que ni una sola alma acudiese en su ayuda. En aquellos momentos en los que se sentía tan sola, adolorida y desahuciada, se acordó de su familia.

Su padre solía hacer un mundo de un grano de arena cuando ella o alguna de sus hermanas se herían, por pequeña que fuesen sus heridas. Su madre era menos dramática al respecto pero se aseguraba sin falta de limpiar y curar cualquier herida hasta que esta hubiese sanado.

Los amaba, los echaba de menos, deseaba estar con ellos de nuevo, aunque el lugar de reunión fuese el inframundo, cualquier cosa era mejor que la vida triste y soledad que llevaba.

Estos recuerdos sirvieron para distraerla de los punzantes dolores de aquellas dagas habían causado en su cuerpo, fue así hasta que pudo oír cómo las pequeñas pisadas de un niño. Este la miró con curiosidad, era el ser más bello que había visto nunca, ningún dios o semidiós de los que hubiese conocido hacían sombra a aquella belleza.

Su cabello era dorado y se retorció en un sinfín de adorables rizos que cubrían toda su cabeza, sus ojos curiosos la miraron con prudencia y luego con tristeza. Incluso hoy en día podía recordar cómo deseó con todo su ser borrar aquella expresión triste de su faz.

—No te muevas —le pidió él—.

Cuando sintió que su cuerpo se elevaba una sensación de seguridad y confort la embriagó y entonces cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, a los pocos días, se encontró a sí misma en una pequeña cueva llena de vegetación.

Se levantó abruptamente, recuperando la conciencia y con el recuerdo de la sensación del frío metal abriendo su cuerpo una y otra vez.

—¿Quién anda ahí? —preguntó ella—.

Un pequeño niño con alas no tardó en volar hacia su lado.

—¿Estás ya bien? —.

—¿Qué ha pasado? —.

—Estabas herida pero ya no lo estás —le dijo con una sonrisa—.

Puso sus manos sobre su cuello y su estómago pero no pudo detectar ninguna herida o marca. Aún no procesaba lo que estaba pasando, aquel escenario parecía formar parte de un sueño.

—¿Cómo me encontraste? —.

—Sentí el amor en tu corazón —le explicó—. Cuando me acerqué vi que estabas herida así que te traje a mi escondite —

—¿Y tu mamá? —.

—Ocupada, allí arriba —dijo señalando al cielo—.

—¿Allí arriba? —preguntó confusa—. ¿Cómo te llamas? —

—Eros, ¿y tú? —.

—Dódona, bueno, la gente me llama así desde hace mucho tiempo —le dijo—. ¿Eres el hijo de Afrodita? ¿El dios del amor?

—¿Me conoces? —preguntó con sorpresa—. Soy un poco famoso —

Era un dios y ella detestaba a los dioses, pero nunca había conocido a uno que fuese un niño pequeño, no podía odiar a un adorable niño pequeño.

—Sí, creo que lo eres —admitió con una pequeña sonrisa. Era difícil no sonreírle—.

—Puedo disparar flechas desde muy lejos y nunca fallo, bueno, casi nunca. Y mis flechas pueden hacer que las personas se enamoren —le explicó—.

—Eres un arquero con experiencia, entonces —.

—Sí, lo soy —dijo con orgullo —¿Tienes hambre? Tengo bayas y fruta fresca —

Tenía mucha hambre y sed pero también preguntas, y en ese momento necesitaba saciar su sed de conocimiento.

—¿Cómo has curado mis heridas? Me hirieron de gravedad... —.

—Robé unos ramos de sol de Apolo, él ni se dio cuenta —le explicó—. Los puse sobre tus heridas y se curaron muy rápido —

Era una explicación simple a un acto heroico y desinteresado pensó ella.

—Entonces me has salvado, debo darte las gracias. Eres todo un héroe —.

Él sonrió, había conocido a algunos héroes, todos eran grandes y fuertes.

—¿Lo soy? —.

—Claro, cualquiera que ayude a una persona en apuros es un héroe —.

Él se mostró de acuerdo.

—Yo he ayudado a algunas personas, me gusta hacerlo —le aseguró—.

—Eres adorable —.

—Mi mamá siempre me lo dice —dijo—. Espera, ahora vengo —

Volvió con una cesta llena de fruta fresca, como le había dicho.

—Puedes comértelo todo, Dodo. Es para ti —.

—¿Dodo? —.

—Algunos mortales cambian los nombres de las personas a las que quieren y como ahora tú y yo somos amigos, te llamaré Dodo —le explicó con total naturalidad, como si fuese algo obvio—.

—Me gusta incluso más que mi nombre anterior —.

El fuego de la pequeña hoguera danzaba lentamente frente a Dodo, Essián y Oliver. Estos últimos habían escuchado la historia de la boca del caballo alado con calma y atención.

—Aquel pequeño angelito acudió en mi ayuda cuando nadie lo hizo y me mostró bondad cuando más lo necesitaba —les explicó ella—. Nuestros caminos se separarían poco

después pero no para siempre —

La historia de cómo volvieron a encontrarse muchos años después seguía siendo un misterio para Oliver, pero esperaba un día poder oírla de sus labios.

—Entonces el amigo del que hablas es... Eros —señaló Essián—. El dios —

—Sí —.

—No se lo digas a nadie, por favor —le pidió Oliver—.

—Claro, guardaré el secreto —aceptó él de buena gana—. ¿Volviste al templo después de aquello? —

—No, desde aquel incidente decidí que no volvería. Si a aquellos mortales no les parecía que fuese digna de respeto o compasión por ser quién era, no merecían mi presencia o mi dedicación —.

Él la miró de una forma curiosa, como cuando miras los copos de nieve caer por primera vez. Oliver no pudo evitar darse cuenta, incluso se sintió un poco incomodo, pero su amiga no parecía darse cuenta.

—Estás desempleada desde entonces —señaló Essián, trayendo de nuevo una sonrisa a Dodo—.

—Sí —admitió ella—.

—¿Y cómo es la vida del desempleado? ¿Te trata bien? —.

—Suelo adoptar la forma de un gato y me paso la mayoría del tiempo durmiendo, en ocasiones se hace pesado —.

—Suenas genial —.

—No podría tener una vida despreocupada si Connor no cuidase de mi, nos volvimos a encontrar hace más de ochocientos años y no nos hemos vuelto a separar —.

—¿Me acogeríais a mi? —preguntó Essián—.

Esta negó con la cabeza muy seria.

—No, ya hemos acogido a Oliver. No quedan más huecos —.

Oliver sonrió.

—¡Pero yo no estoy desempleado, eh! Yo tengo un trabajo —.

—¡Alguien tiene que tenerlo y no seré yo! —le aseguró su amiga—.

—¿Sientes por tu amigo algo más que... amistad? —quiso saber Essián—.

Dodo rompió a reír, aquella quizá podía parecer una conclusión lógica para cualquiera que oyese su historia, pero nada más lejos de la realidad.

—Lo veo como un niño, incluso aunque ahora no lo parece —le aseguró—. Nunca he sentido más que gratitud y amor hacia él, pero no amor romántico —

No podría aunque quisiese, pensó para sí. Pero aquel era un tipo de pensamiento que no quería tener que tocar.

—¿Tienes a otra persona o cosa a la que proceses otro tipo de amor? —preguntó—.

—Has resultado ser muy cotilla, eso no se le pregunta a una dama —.

—Eres un caballo alado de doscientos kilos —observó Oliver—.

—¡Aún así! —.

Los tres rompieron a reír.

—A mis ojos eres una dama, disculpa mi atrevimiento —le pidió Essián con la mano en el pecho y dedicándole una reverencia—.

—Estás disculpado, pero que no se te olvide —.

Capítulo 9

Refugio

Afrodita y su hijo aparecieron en lo más profundo de un bosque frondoso, lleno de flores y vegetación que parecían emitir su propia luz. Bella e inquietante al mismo tiempo.

La extraña ubicación tomó a Connor por sorpresa ya que el lugar en el que esperaba aparecer era la ciudad de Delfos, no un bosque.

Tras aparecerse a su lado la diosa del amor emprendió el camino entre los arboles, su hijo la siguió con prudencia pero finalmente habló.

—¿Tenemos que caminar? —preguntó extrañado—.

—Sí, ni siquiera yo puedo aparecerme al sitio al que vamos —.

El único lugar sobre la faz de la tierra donde su madre no podía aparecerse era en los aposentos privados de Zeus, pues estos guardaban una suerte de objetos o pertenencias que podrían poner en jaque hasta al mismísimo dios del trueno. Era la primera vez que oía de un sitio similar, aquella magia era ancestral.

—A qué se debe? —.

—Es un lugar especial, un refugio para lo sobrenatural —.

—¿Y qué hace el oráculo en un lugar así? No debería estar en Delfos, en el templo de Apolo? —.

Ella negó, todo el mundo conocía su historia, él no sabía sobre el tema porque no había vivido en Grecia.

—Hace mucho tiempo que fue apartada de esa labor, ahora hay otro oráculo que la sustituye —.

—¿Qué?! ¿Y cómo ha podido pasar algo así? —.

Los oráculos son herramientas muy poderosas, incluso para los dioses. Encontrar un oráculo que encajase a la perfección en el rol era como encontrar una mina de diamantes.

—Hubo una confrontación entre dos dioses menores, una que causó mucho revuelo hace cientos de años... —.

Hipnos, dios del sueño y Serapión, un nuevo dios, tuvieron un enfrentamiento que involucró a la bella Delfos. Ambos reclamaban su mano en matrimonio, los dos la habían estado cortejando durante años.

Delfos no sentía ninguna predilección por uno u otro, los dos la trataban bien y llenaban su templo de regalos y sacrificios animales. Un día Hipnos declaró su intención de casarse con ella y le llevó un anillo de compromiso, al día siguiente apareció Serapión e hizo lo mismo.

La joven Delfos, joven solo en apariencia, había perdido la humanidad hacía demasiado tiempo, así como la cordura. Por lo que su reacción a fue que al único al que podían pedirle su mano en matrimonio era a Apolo.

Pocos eran conocedores del hecho de que el descubridor del oráculo, se convertía en su dueño. Estos ejercían su labor en el templo que su dueño decidiese, por lo que Delfos era propiedad de Apolo y ejercía en su templo más famoso. Granjeándose las ofrendas y la atención que esta atraía con su presencia y su labor.

Apolo se negó al principio, pues los oráculos no se casan, se mantienen castos y alejados de una vida corriente que pueda distraerlos de su labor.

Hipnos le ofreció una suerte de elementos mágicos, entre ellos el diamante de la noche, una joya que era capaz de otorgarle al portador inmunidad al sueño. Ni siquiera el mismo Zeus era invulnerable al sueño, por lo que tener en su posesión un objeto similar podría significar una gran ventaja.

Por otra parte Serapión le ofreció una propuesta más interesante, si Apolo permitía la unión entre ambos este le concedería el legítimo derecho de quedarse con toda la descendencia que Delfos y él pudiesen tener. A perpetuidad.

Aquella propuesta no solo era inaudita sino que podía sentar nuevos y aterradores precedentes, como por ejemplo sentar las bases del control reproductivo de un oráculo, así como el control sobre sus hijos.

El dios del sol se sintió afortunado pues esta idea podría solucionar el problema de la escasez de oráculos, si estos candidatos procreaban cabía la posibilidad de que su descendencia fuese igual de apta para la misma labor. Lo cual no era solo descubrir una mina de diamantes, sino una fabrica de minas de diamantes.

Apolo se inclinó hacia Serapión y le dio la mano de Delfos en matrimonio, Hipnos se enteró de las condiciones del trato que había hecho con el dios en un sueño y entonces acudió hasta el mismo Zeus.

Hipnos clamaba amar de verdad y de buena fe a Delfos por lo que el hecho de que fuese despojada de su descendencia a perpetuidad le parecía una injusticia.

El consejo de los dioses se reunió y deliberó, muchos defendieron el derecho de Apolo de hacer lo que creyese oportuno con el oráculo, pues él lo había descubierto. Sin embargo otros como Afrodita, Hestia y Hermes encontraron que aquella forma de actuar era injusta para con los oráculos, individuos que merecían ser tratados con justicia.

Zeus llamó al consejo a la implicada para que respondiese a algunas preguntas. Para muchos de los dioses fue patente que todos los siglos que había pasado ejerciendo como oráculo la habían llevado al borde de la locura por lo que era difícil que su opinión fuese juiciosa o la beneficiase.

Hera, en un alarde de justicia y bondad declaró que ni siquiera un dios podía arrancarle de las manos un hijo a una madre, ella misma juró que no permitiría que sus embarazos llegasen a término si la obligaban a engendrar un bebé para otro que no fuese para ella. Y condenó abiertamente la falta de decencia de Serapión, pues a su parecer un buen padre no regalaba a sus hijos.

Algunos de ellos aceptaron aquellas premisas, incluso Zeus se sintió orgulloso del juicio de su esposa. Por lo que decidió unilateralmente que Delfos y todos los oráculos serian dueños de su propios cuerpos y de los de su descendencia, en caso de que la tuviesen.

Esta orden no cambiaba el hecho de que seguían siendo herramientas que pertenecían a su descubridor, solo les garantizaba no ser explotados reproductivamente por este.

Apolo tuvo que aceptar el veredicto pero no dudó en castigar a la joven Delfos, la despojó de su juventud y la encerró durante cien días y cien noches en una celda.

Aquel encierro lejos de traerle más locura hizo que su mente se volviese más clara, pues por primera vez en siglos no tenía que soportar las visiones de nadie. Su mente estaba en calma. Cuando salió suplicó a los dioses que la ayudasen, que la liberasen de la tiranía de Apolo, pues a su forma de ver ya le había dedicado más de ocho vidas de labor.

En este caso Zeus no podía crear una nueva ley que diese autonomía a los oráculos tras

cierto número de años, pues de nuevo sentaría un precedente peligroso. Por lo que le regaló a Delfos un lugar en lo más profundo de las islas de la serenidad, allí sería libre de descansar hasta que quisiese. Aunque le advirtieron que en el momento que dejase la isla debería de volver a su labor como oráculo en Delfos, bajo el mismo yugo anterior.

Desde entonces descansa en aquella isla llena de cuevas y subterfugios, con otras criaturas y seres como ella, que huyen y se esconden de seres poderosos.

—Nuestra presencia aquí no está restringida, pero si alteramos la paz de los que descansan podríamos tener problemas —le advirtió Afrodita—.

Connor recordó a su amiga Dodo, ella había huido de su labor como oráculo, pero por algún motivo no había sido castigada por Zeus. Conocer historias como la de Delfos era descorazonador.

—Es horrible que se despoje a alguien de la libertad de elegir su propio destino —.

—Lo es —.

Caminaron hasta llegar a una intersección donde el camino se dividía en siete partes distintas, cada uno de esos caminos se diferenciaban entre sí tanto por la flora y la fauna como por la tierra donde se encontraban.

—Delfos está siguiendo el camino de las lilas —le indicó su madre—.

Entonces recordó una promesa que se hizo a sí mismo. Dodo le había confesado en una ocasión sobre una teoría que creía a pies juntillas, una que afirmaba que era incapaz de enamorarse. Ella estaba segura de que esa parte de su humanidad le fue despojada una vez que fue convertida en un ser inmortal.

—Mamá, ¿los oráculos pueden amar? —preguntó—.

Su madre se detuvo, era difícil incomodar a Afrodita pero aquella pregunta la pilló desprevenida.

—¿Por qué preguntas algo así? —.

—Delfos no podía sentir nada por ninguno de los dos porque no podía enamorarse, ¿no es así? —.

—Delfos había perdido los cabales, es difícil enamorarse en una situación similar —.

—Estas evadiendo mi pregunta, ¿pueden enamorarse o no? —.

Esta se debatió unos instantes antes de emprender el camino de nuevo, no quería mentirle a su hijo pero ciertamente aquel era un tema peliagudo.

—Hijo, ¿porqué quieres saber algo así? —.

—Mi amiga Dodo es el oráculo de Dódona, ha caminado por la tierra durante más de dos mil años pero nunca ha vuelto a sentir amor por alguien, no de una forma romántica —.

Ella asintió, se trataba de su amiga.

—Entiendo —.

—Entiendes, vale. ¿Es cierto o no? —.

Ella asintió.

—Sí, es cierto. Los oráculos son despojados de la habilidad de amar —.

Connor no ocultó su asombro, no poder amar era un destino terrible. Tenía muchas preguntas, como por ejemplo cómo habían conseguido arrancarle a esas personas esa capacidad innata.

—¿En serio? Es horrible, ¿por qué? —.

—La fuerza del corazón es misteriosa, es más poderosa que muchas otras fuerzas, aunque pocos lo crean. Arrebatándoles esta habilidad asegura al descubridor que su lealtad no cambiará, por así decirlo —.

—¿Zeus sabe sobre eso? —.

Ella elevó una ceja, incrédula por su pregunta.

—Zeus creó la fórmula de los oráculos, todo es parte de su plan —afirmó con rotundidad—.

—No puedo creerlo —dijo—. ¿Pero cómo es posible? Tú eres la diosa del amor, solo tú tienes la potestad de hacer algo así —

La postura de la mujer cambió, acarició sus manos y propuso seguir por el camino. Cuanto antes llegasen antes podrían poner fin a su problema.

—Tú formaste parte del plan del abuelo —afirmó Connor. Deseaba que no fuese así pero no concebía cómo lo habría conseguido Zeus sin su ayuda—.

—Me avergüenza admitir que sí ...—reconoció con vergüenza—.

—¡Mamá! Eso va en contra de tus principios, ¿porqué hiciste algo así? —.

—Por que tu abuelo lo ordenó, hijo. No podía negarme... —.

Los ojos de su madre eran muy expresivos, cuando esta se aseguraba de que su hijo no la mirase a la cara significaba que no le estaba contando toda la verdad.

—¿Qué conseguiste a cambio? —le preguntó—.

Un pequeño sollozo se le escapó.

—Que permitiese mi separación con Hefesto para poder casarme con tu padre —.

No sabía cómo encajar aquella información, tenía a su madre por una persona íntegra, al menos en lo que se refiere al amor.

—No sé qué decir —admitió decepcionado—.

—Creerás que soy lo peor...—.

—Mamá, no creo que seas lo peor. Estoy seguro de que te pusieron entre la espada y la pared, pero no deja de ser una situación terrible. Es tremendamente injusto despojarle de la capacidad de amar a alguien. Mi amiga merece poder enamorarse tanto como tú o yo —.

—Hay una forma...—le aseguró—.

—¿Cuál? —.

Con un movimiento de su cabeza dejó hizo aquel pensamiento a un lado, se lo contaría todo cuando saliesen de allí.

—Hablaremos de eso cuando solucionemos los problemas que nos apremian, sígueme en silencio. Deja que me calme un poco antes de llegar —.

—De acuerdo —aceptó—. Te tomo la palabra —

Caminaron hasta introducirse en una cueva oscura, su madre cogió su mano y tiró de él hasta el final de la misma. Connor perdió por un instante la noción del tiempo, este parecía distorsionarse a cada paso que daban.

Y por fin llegaron a lo que parecía el final. La luz que desprendían las plantas en la tierra, paredes y techo, iluminaba todo el lugar, como si se tratase del mismo sol. Allí había una pequeña cabaña de madera, rodeada de flores y arboles frutales.

—¿Estás bien? —le preguntó su madre—.

—Mareado —.

—Camina tras de mi y no hables hasta que yo te de permiso —.

Siguió a su madre en silencio, como le había pedido, esta tocó la puerta y pronto abrió una anciana con una expresión de sorpresa y horror.

—Soy Afrodita —.

—Sé quién eres —soltó ella de mala manera—.

—Entonces sabrás para qué he venido aquí, necesito tu ayuda para averiguar cuál e los

héroes que disputan la divinidad vencerá —.

—Yo ya no hago predicciones —.

—Eres un oráculo —le dijo ella, como si aquella afirmación le quitase la razón de alguna forma—. Sé cómo te sientes, pero no vengo por un motivo egoísta, mi hijo estará en serios problemas si no nos ayudas —

—¿Hijo? Tienes muchos vástagos, Afrodita... —.

Afrodita se echó a un lado, tras ella estaba Connor, que movió la mano incómodamente. La arrugada faz de la mujer lo sobrecogió, nunca había visto un ser inmortal cuya apariencia no fuese juvenil. A excepción de su abuelo que gustaba de aparentar más edad que el resto de vez en cuando.

—El arquero sin arco...—dijo ella—.

—Di tu precio —pidió Connor—.

—Eros —le reprendió su madre—.

—A tu enamorado lo miran con ojos de deseo —soltó la anciana, y luego se echó a reír —.

Parecía una lunática, aquella risa le puso los pelos de punta. Oír que a Oliver lo miraban con lujuria le incomodó, aunque agradecía lo que eso significaba, que estaba vivo.

—Di tu precio y nos iremos enseguida —le aseguró Connor—.

—Solo quiero morir, he vivido una vida larga y estoy cansada. Si podéis darme eso os diré lo que queráis —.

Él miró a su madre, no le parecía una idea terrible, si aquella mujer deseaba morir quién era él para juzgarla.

—¿Tienes algún arma arcana? —le preguntó su hijo—.

—¡No vamos a matarla! Absolutamente no —.

La negativa de la diosa hizo que la anciana arrugase la cara en un gesto desagradable.

—No creas que no sé sobre tus pecados, diosa del amor. Deberías de ser más tolerante con los deseos de los demás —.

—Debe de haber algo que quieras, una razón para vivir. La vida está para vivirla, para amar —.

Connor no supo si su madre pensó lo que acababa de decir, el problema principal de los oráculos era que no podían amar. Habían hablado de ello hacía tan solo unos minutos.

—Amar, con unas pocas gotas de tu sangre bastó, ¿no es así? —le recriminó—. ¿Dónde los guardáis? —

—Hay una forma —le aseguró Connor—. Mi madre sabe cómo —

La anciana giró su cabeza para mirarlo a él y luego volvió a hacerlo para mirar a Afrodita, ella ya sabía que había una forma, lo que necesitaba saber era qué tenía ella que decir.

—Padre me matará...—soltó ella—.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que se de cuenta? Quizá años...—dijo su hijo—.

—¿Y luego qué? Seré yo quien pague las consecuencias —.

—¿No te llena de vergüenza saber que por tu mano hay docenas de personas que no pueden amar? ¿Qué es amar para ti? —le dijo la mujer—. Eres la diosa del amor ¿Es solo un cargo llamativo que te gusta decir que ocupas o te importa algo el amor? —

—Mamá... —.

ella lo detuvo con un gesto de su mano.

—Quiero el nombre del héroe con más posibilidades de conseguir la divinidad, así

como la mejor solución para el problema de mi hijo con su hermano —pidió—.

—Liberarás todos los corazones, no solo el mio —señaló la anciana—.

—Me voy a arrepentir...—.

—Dormirás a pierna suelta por las noches —le dijo la mujer con una sonrisa desdentada—. El amor quedará restituido y la injusticia en el pasado —

—Acepto —.

La anciana agarró la mano de Connor, su contacto lo pilló de improviso. Al hacerlo sus ojos se tornaron blancos, de la misma forma que le pasaba a su amiga.

—El talismán de la princesa de las espinas descansa sobre los huesos de su rey padre, al norte de Tebas —le informó sin pestañear—.

Ella no tenía ni idea de qué era capaz de hacer aquel objeto, quería ayudar a su hijo pero no a costa de matar a su hermano. Los dos eran sus hijos.

—Pero, ¿qué es capaz de hacer? —preguntó Afrodita—.

—Atraparé a un individuo en un sueño profundo durante cien años, transcurrido el tiempo despertará como si despertase de un dulce sueño —le explicó—. Un destino dulce para un familiar...—

—Quiero saber dónde está Oliver y saber el nombre del héroe que será divinizado —le pidió Connor—.

Ella lo miró con calma, examinando sus ojos. A Connor le ponía los pelos de punta, no sabía el motivo exacto.

—Herácles, ese es el que más posibilidades tiene de conseguir los laureles. Tu solución está con Herácles, tu respuesta está con él, así como tu corazón —.

—¿Qué demonios?! ¡Yo no amo a Herácles, no lo conozco! —.

—No puedes ser más clara? —pidió su madre—.

—Es imposible —sentenció ella con desgana—.

Ahí estaba el tipo de oráculo que él conocía.

—Bien, ¿cómo lo encuentro? —.

—Ya he respondido a tus preguntas, nuestro acuerdo ha sido satisfecho por mi parte —le aseguró ella con voz hosca—.

—¿Qué? No, no nos has dicho lo que queríamos saber —.

—Connor, vámonos —le pidió su madre—.

—Pero...—.

—Gracias por tus servicios, Delfos, me encargaré de cumplir mi parte del trato —le aseguró Afrodita—.

—Que así sea —dijo, cerrando la puerta de un portazo—.

Connor se cruzó de brazos, incrédulo por su actitud. Acaso todos los oráculos eran así de remilgados, su amiga Dodo solía hablar de la misma forma. Con enigmas y palabras que a priori no tienen sentido para el oyente.

Su madre chasqueó los dedos, había llegado a un acuerdo con Hermes. Este sabía que podría ser problemático si la ayudaba, a ella o a su hijo, dada la posición actual del consejo. Por lo que tuvo que usar métodos más agresivos, prometiéndole su favor en el caso de que un día lo necesitase. Aquella era una oferta demasiado jugosa, por lo que no pudo rechazarla, a cambio encontraría a una única persona, mortal, dios o semidiós. Solo una.

Afrodita había guardado ese dato hasta ahora a con recelo, sabía que su hijo habría usado esa oportunidad para encontrar a su ser amado. Y en esos momentos esa no era la mayor prioridad.

Una ráfaga de viento los golpeó y frente a ellos, como si siempre hubiese estado allí, se encontraba Hermes.

—Hermes, requiero de tus servicios —le dijo ella—.

—Necesito encontrar a mis amigos y a Herácles —le pidió Connor—.

Hermes le mostró un dedo, el índice.

—Una persona, solo una —les dijo—.

—¿Qué? —se quejó Connor—.

—Solo nos ayudará una vez —le indicó su madre—.

—¿En serio? ¿Qué trabajo te cuesta? —.

—No soy el vehículo sobrenatural de nadie, chico —le respondió—. Rápido, tengo sitios en los que estar, mensajes que enviar y cosas que hacer —

Su madre le dedicó una mirada de preocupación, le suplicaba que eligiese bien. Él no quería decepcionarla, arrastrarla de nuevo a encontrar una solución para encontrar a Herácles, así que decidió poner a sus amigos en un segundo plano. Otra vez.

—¡Está bien! Llévame con Herácles —pidió de mala gana—.

—¿Por favor? —.

—Por favor —pidió con retintín—.

Capítulo 10

Un semidiós

La densidad de la cueva los golpeó con más fuerza al ser arrastrados por Hermes y sus veloces zapatillas. Ni si quiera se detuvo al salir, avanzó a una velocidad de vértigo hasta llegar al claro de un bosque oscuro.

Connor se apartó del dios y vomitó todo lo que tenía en el estómago, que no debía de ser mucho.

—Flojo —se burló él—.

—He cumplido, Afrodita —señaló—. El héroe está a las puertas del jardín de las Hespérides —

—Gracias —.

Y con forme apareció se fue.

—¿Estas bien? —preguntó su madre—.

El cielo estaba oscuro, se preguntaba cuánto tiempo había pasado.

—¿Aún es de noche? ¿Cuántas horas han pasado? —

—Tres días —.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—.

Su madre asintió, reafirmando en su respuesta.

—¿No notaste cómo se deformaba el tiempo al entrar y al salir? —le preguntó ella—.

—¿Cómo iba a saber qué era lo que pasaba?! —.

—Ve por el héroe, yo iré a por el talismán —le dijo su madre—.

—De acuerdo —.

—Te alcanzaré cuando me sea posible —le dijo. Y desapareció en una nube de humo rosa —

—Genial...—.

Sacudió sus alas y se elevó sobre los árboles, una sensación de vértigo lo hizo sentir inseguro durante unos instantes, pero al detenerse a analizar de donde venía aquella sensación se dio cuenta de que provenía de su propia mente. Llevaba tantos siglos sin volar que su cuerpo se había acostumbrado a la tierra por lo que volar le resultaba extraño, pero como el ave que nace con alas, no importa cuánto tiempo pase sin volar, practique o no siempre tendrá la capacidad de hacerlo.

El jardín de las Hespérides se encontraba al norte, así que emprendió el vuelo hacia allí, no sin golpearse con algunas ramas y las copas de algunos árboles en su camino. El primer golpe casi lo hace caer al suelo como un saco de patatas, el segundo lo hizo detenerse para poder recuperar el aliento, pero tras el tercero solo soltó una sonora carcajada. Volar, golpearse con el entorno y caer era tan natural para él como caminar, tropezar y caer.

Cuando recordó todas las vicisitudes de volar finalmente pudo disfrutarlo, era un sentimiento liberador. Sentía que había tenido el cuerpo encogido durante demasiado tiempo y por fin podía estirar sus extremidades, todas ellas.

Unos gritos llamaron su atención, tras prestarles atención sintió una punzada en el

corazón. No era la primera vez que sentía una sensación similar al llegar a Grecia, pero finalmente entendió qué significaba.

—¡Suéltame! —gritó Oliver—.

Este caminaba a trompicones alejándose del campamento improvisado que Hércules y sus hombres habían montado, enfadado y agotado por la actitud del héroe.

—Pensé que tú también querías —se excusó Herácles. Con tan solo unos pocos pasos se puso a su altura—.

—¡Pensaste mal! No he hecho otra cosa que decirte que no me interesa —.

Dodo y Essian corrieron tras Oliver, interponiéndose entre él y Herácles.

—Te pisaré el cráneo con mis cascos si lo sigues, héroe —le advirtió ella—.

—¡No me amenazas, urraca! —le gritó—. Oliver, ven, por favor, déjame explicarme

—

—He dicho que me dejes pedazo de... —.

Antes de que pudiese acabar la frase una figura que volaba a toda velocidad chocó contra él, ambos rodaron por más de diez metros sobre la tierra fresca.

Connor había cubierto el cuerpo de Oliver con su propio cuerpo, esperaba que hubiese bastado para que no hubiese sufrido ningún daño.

—Oliver —susurró al ver su faz. Ni siquiera recordaba lo guapo que era, lo bonita y armónica que encontraba su cara o lo adorables que eran sus ojos castaños—.

—¿Qué demonios...? —.

—Dioses, para ser concreto —.

Cuando Oliver recuperó el sentido y se dio cuenta de que se trataba de su amigo, sus ojos y su boca se abrieron llenos de sorpresa y felicidad.

—¡Eres tú! —exclamó abrazándolo con fuerza—. ¡Por fin me encuentras! —

Dodo también se mostró visiblemente feliz al ver que Connor se encontraba allí, con ellos de nuevo.

—Es vuestro amigo, ¿no? —preguntó Essián. Por obvio que fuese—.

—Sí —afirmó ella—. Por fin aparece el idiota —

Herácles corrió hacia ellos, desenvainando su espada.

—Aléjate, Oliver —le ordenó—. Camina hacia mi —

—No le hagas caso, sigue abrazándome —le dijo Connor—.

Este soltó una carcajada a la que se unió Connor, le importaba muy poco lo que aquella voz ordenase.

—Te he echado de menos —confesó el dios—. No sabes cuánto —

—Yo también a ti, mucho. Los dos, Dodo y yo —.

El tiempo se detuvo mientras se miraban, ni los gritos de Herácles llegaron a ellos.

—¿Estas enfadado conmigo? Rompí mi promesa —le dijo Connor—.

—¡Criatura alada, alejate de él! —ordenó Herácles de nuevo—.

Connor giró su cuerpo para poder mirar de frente a aquella voz, al verlo se dio cuenta de que no provenía de alguien común y corriente, sino de un semidiós. Estos no disfrutaban de un halo de divinidad como los dioses pero sus auras vibraban con más fuerza que la de un mortal cualquiera.

—Si no vuelves a alejarte de nosotros te perdonaré —le aseguró Oliver—.

—No lo haré —le aseguró con una sonrisa. Reprimiendo las ganas de besarlo—

¿Quién es el energúmeno que nos grita? —

Connor se elevó en el aire, sujetando el cuerpo de Oliver al suyo en un abrazo.

—¡He dicho que lo sueltes, criatura! —le volvió a gritar Herácles—.

Dodo golpeó con uno de sus cascos al héroe, haciendo que cayese al suelo, luego se acercó hasta su amigo, que no dudó en descender hasta el suelo para pararse frente a ella.

—¡Por fin apareces, idiota! —le gritó su amiga—.

—Ha sido un viaje movidito, si yo te contara...—.

Herácles no tardó en darse cuenta de que Dodo hablaba con naturalidad con aquel ser alado por lo que asumió que se conocían. Bajó su espada y se acercó con prudencia hasta ellos. No sin ocultar su desagrado al ver que Oliver seguía abrazándolo.

—¿Quién eres? —preguntó—.

Oliver se alejó del cuerpo de Connor, al abrazarlo había vuelto a sentirse seguro, el sentimiento de incertidumbre y miedo se desvaneció en el momento en el que se dio cuenta de que era él.

—¡A ti que te importa! —le dijo—. Vete a acostarte y dejame tranquilo —

—Oliver, dejame explicarte...—.

Connor no tardó en darse cuenta del color del aura que desprendía Herácles, estaba claramente enamorado de Oliver. Y pese a que sentir el amor de otros siempre le había hecho sentirse en las nubes, en esta ocasión solo le trajo un sentimiento de tristeza y frustración.

—¿Te ha hecho algo ese tío? —le preguntó a su amigo—.

—No soy un tío —gruñó él—. Soy Herácles, hijo de Zeus —

—Por supuesto...—.

En ese momento las palabras del oráculo de Delfos cobraron sentido, su corazón descansaba con el héroe al que buscaba por que Oliver se encontraba junto a él. Lo que lo llevó a que se cuestionase qué diantres hacían sus amigos con él, el destino tenía una forma muy irónica de manifestarse. No era la primera vez que llegaba a esa conclusión y estaba seguro de que no sería la última.

—¡Dime tu nombre! —le pidió el héroe, perdiendo la paciencia—.

Connor dejó que su aura divina fuese visible, haciéndole ver a aquel semidiós que no le tenía miedo y que debía de hablarle con respeto.

—Soy Eros, dios del amor —anunció—.

Para su sorpresa Herácles no pestañeó, solo levantó su espada.

—Suelta al chico —.

—¿Pero eres idiota? —le recriminó Oliver—. ¿No ves que es mi amigo? —

—Es el amigo al que buscábamos, cabeza hueca —le aseguró Dodo—. Suma dos más dos...—

—Es todo musculo pero nada de cerebro —comentó Essián—.

Dodo soltó una pequeña carcajada.

—Y que lo digas —.

—Enfunda esa espada si no quieres que lo haga yo —le advirtió Connor—.

Herácles no tomó aquella amenaza de buena gana.

—Puedo partirte en dos, dios de pacotilla —.

—Tiene una fuerza sobrehumana —le aseguró Oliver con desgana—. Herácles, ¿puedes dejarnos a solas? —

—No hasta que hablemos —.

—¡No quiero hablar contigo! Crees que el mundo es tuyo para cogerlo a la fuerza y estoy harto, la gente como tú me da asco —.

—Ha sido un malentendido —se justificó bajando el tono de su voz—.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Connor a su amigo—.

—Me ha besado...—.

La faz de Connor dejó de mostrar una expresión tranquila y adquirió poco a poco en una expresión iracunda. Él ni siquiera había besado a Oliver y aquel tío había usado su fuerza para aprovecharse de él.

Voló y lo golpeó con una de sus piernas, lanzándolo a un lateral y rompiendo un par de arboles con su cuerpo. El ruido alertó a algunos de sus hombres y estos se acercaron a la escena poco a poco. El aura de Connor les hizo recular.

—Connor, le habrás hecho daño —le regañó su amigo—.

—Se lo merecía —.

Herácles se levantó con calma, había recibido patadas más fuertes que esa.

—Me apetece golpear algo, qué mejor que una gallina voladora —.

—¿Gallina?! —.

Por mucho que a Dodo le hubiese gustado ver cómo su amigo pateaba al creído de Herácles se interpuso entre ambos.

—Connor, déjalo —.

—¡Ha besado a Oliver a la fuerza! —.

—¡Él quería que lo besase! —le aseguró Herácles—. ¡No es tu problema! —

—De eso nada —añadió Oliver—.

—Te sentaste conmigo, nos contamos secretos, compartimos una jarra de cerveza —.

Dodo suspiró sonoramente.

—Ha sido un malentendido...—soltó—. Olvidémoslo —

—Connor, ahora que estás aquí, vámonos. No quiero tener que lidiar con él —le pidió Oliver—.

Quería tomar su palabra, volar con él por el cielo y perderse dentro de las nubes. Pero no podía.

—No podemos irnos...—.

—¿Cómo? ¿Por qué? —.

La respuesta a esa pregunta era tan compleja como privada, algo de lo que no podía hablar a la ligera. No con desconocidos allí presentes. Lo que sí podía decirles es que no podían irse, debía de asegurarse de que Herácles realizase con éxito la tarea que le quedaba. Necesitaba que obtuviese su divinidad para que su plan funcionase.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le preguntó a Dodo—.

—Completando la última tarea de Herácles —.

—Supongo que es eso...—.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver—.

—¿Has pisado ya el jardín? —le preguntó el dios al héroe—. Supongo que no... —

—No te debo ninguna respuesta, pollo —.

—¿Quieres pasarte el resto de tu vida enamorado del tronco que acabas de romper? —.

Herácles tragó saliva, todos conocían sobre las habilidades de Eros y él no era menos.

—No lo he pisado, ¿por qué preguntas? —.

—Sabes que no puedes pisarlo, ¿no? —.

—¿Cómo dices? —.

Connor conocía aquel jardín, no era la primera vez que lo visitaba, y conocía las reglas que tenía. Unas con resultados devastadores de ser incumplidas. Usó toda la energía que

tenía para calmarse, de nada valía que quisiese romperle los dientes a aquel idiota que había besado a Oliver antes que él. Su misión más importante era que tuviese éxito con el objetivo de convertirse en un dios, sino lo harán a él parte del consejo y no podría volver a casa con sus amigos.

Connor acabó sentado alrededor de una pequeña fogata escuchando la historia que había llevado a sus amigos a cruzar su camino con aquel héroe, así como el motivo por el que no habían intentado entrar al jardín. Heracles no ocultó su desagrado ni su aura de hostilidad hacia el nuevo individuo, no solo porque había acaparado por completo la atención de Oliver sino porque no le gustaba recibir ordenes de nadie. Aún así entendió que tenía información privilegiada, era un dios al fin y al cabo, por lo que aceptó sentarse a charlar con él a regañadientes.

—Los gatos de la entrada del jardín nos dijeron que solo podía pisarse cuando el sol iluminaba el jardín —le dijo Oliver—.

—Es una suerte que también funcione con el idioma animal —observó Connor—. Quién lo hubiese sabido...—

—Oliver se pasó horas hablando con ellos —comentó Dodo—. Al principio me pareció divertido porque parecía un loco pero fue perdiendo gracia al pasar las dos horas —

—¡Eh, es muy guay! Siempre he querido saber qué piensan los animales —.

—¿Por qué no puedo entrar en la mañana? Lo dijeron los gatos —preguntó Heracles de mala manera—.

—No mintieron, el problema es que tú eres mortal y no puedes pisarlo o te convertirás en un animal —comentó—. Quizá podías hablar con esos gatos porque una vez fueron humanos, no sé... —

Aquello horrorizó a Oliver, aquel lugar estaba lleno de cosas desagradables, por normales que pareciesen.

—¿Qué?! —exclamó—. ¿Fueron humanos? —

Connor se encogió de hombros, el anillo que llevaba Oliver le ayudaba a hablar todas las lenguas, pero los animales no tienen una lengua propiamente dicha.

—Lo más seguro —supuso—.

—Pero si solo hablaban de tonterías —le recordó Dodo—.

—Quizá no recuerden lo que una vez fueron —caviló Essián—.

—Ah, Connor, te presento a Essian —dijo ella—. Es un amigo que hemos hecho en el camino —

Ambos se hicieron un saludo con un gesto de la cabeza.

—¿Qué eres? —preguntó Connor—.

Dodo ahogó una risa, estaba segura de que a Connor le haría gracia saber qué era.

—Una musa desempleada —le dijo ella—.

—¿Qué? —.

—¿Os vais a burlar todos de mí? —preguntó Essián cruzando los brazos—. Es un trabajo honrado, aunque se gana poco —

—¡Se gana nada! ¿Qué ganas estando desempleado? —preguntó Dodo entre risas—.

—He ganado vuestra hospitalidad, algo es algo —.

El humor del héroe empeoraba por momentos, tosió ruidosamente para llamar la atención de Connor.

—Bueno, ¿y qué se supone que tengo que hacer? ¿Me ayudarás tú? —.

—Tienes una forma curiosa de pedir las cosas —.

—No tengo mucha paciencia, dios del amor —dijo con retintín—. Así que no gastes la poca que me queda —

—No seas malo...—le pidió Oliver a su amigo—.

—Hagamos un trato —propuso Connor. Si conseguía que Herácles le debiese un solo favor podría cobrárselo en el futuro—. Yo te diré lo que sé y te ayudaré a tener éxito, pero a cambio tú me deberás un favor —

—No —.

Uno de los hombres de Herácles intervino, era el más inteligente de todos ellos.

—Señor, necesita coger esa manzana —.

Herácles pateó un trozo de leña, mandándolo a la estratosfera.

—¿Cuál es el trato? No puedo aceptar cualquier condición, soy un héroe —le advirtió —.

—Y un capullo...—musitó Oliver—.

—¿Y si te aseguro que no te pediré que hagas daño a nadie, robes nada o te metas en problemas con nadie? —.

—Te diría que suena demasiado bien —soltó—. Dime qué es lo que quieres, sino no aceptaré —

—Tú no pones las normas, chico. Yo tengo la información —le aseguró—. Date cuenta —

Ver cómo Oliver escuchaba cada palabra de su boca con total atención y de cómo no le quitaba el ojo ni un segundo lo tenía muy molesto. Pero entonces tuvo una revelación.

—Yo también tengo una condición —le dijo—.

—Encima de que te va a ayudar?! —se quejó Dodo—.

—Oigámoslo —.

—Quiero que quites el hechizo que has puesto sobre él —.

—¿Cómo dices? —preguntó Oliver incrédulo—.

—Cree que Connor ha hecho que te enamores de él usando sus habilidades —comentó Essian con naturalidad—. Esto se pone cada vez más interesante —

La cara de Oliver fue un cuadro.

—¿Perdona?! ¡Yo no estoy enamorado de nadie! Ya tengo suficiente con lo mío...—.

—Acepto tu condición, a cambio me deberás un favor —dijo Connor—.

—Bien —.

Connor se levantó y le extendió la mano, el héroe la agarró con fuerza y apretó. Las palmas de sus manos emitieron una cálida luz dorada, los tratos con un dios nunca podían romperse, por ninguna de las partes. Las consecuencias podrían ser desastrosas.

—Ahora deshaz lo que le has hecho —le pidió Herácles—. Libéralo de tu hechizo —

—No le he hecho nada, idiota. Somos amigos —espetó—.

Connor sabía mejor que nadie que el amor que sentía por Oliver era tan unidireccional como una incógnita para él. Herácles gruñó ruidosamente, había deseado estar en lo cierto. Se sentía como un idiota.

—Bien, habla —gruñó el héroe—.

—No puedes pisar el jardín o te transformarás en animal —.

—Eso ya lo has dicho, ¿la cogerás tu por mí? —.

Él negó con la cabeza.

—No puedo —.

—¿Cómo que no puedes?! Se supone que me vas a ayudar —.

—Si la cojo yo no la habrás cogido tú, debes hacerlo con tus manos —.

—Fantástico...—.

Essián intervino.

—Si tuviese un caballo alado podría conseguirlo —.

—Que se pida uno por Amazon...—soltó Dodo. Ella no pretendía ser el transporte a aquel idiota—.

—¿Qué es eso? —.

—Un mercenario muy grande —le dijo ella—.

Connor los interrumpió.

—Dodo, tienes que ayudarlo tú —.

—¿Qué? ¿Por qué? Me cae mal —.

—No es mala persona —señaló Oliver con desgana—.

Oliver estaba enfadado con él, el héroe interpretaba que todo lo que hacia era una señal para que se acercase a él. Y pese a lo molesto que había sido viajar durante tres días con esa misma canción, creía que no era mala persona. Podría haber abusado de él si hubiese querido, habría aplastado a Dodo y a Essian con una sola mano. Pero no lo hizo.

—Aclárate, ¿lo odiamos o no? —preguntó Dodo—. Por que me vas a volver loca —

—No te costará nada ayudarlo —le dijo—. Lo ayudas y nos vamos —

Connor sabia lo testaruda que podía ser su amiga, así que decidió que lo mejor era contarle lo que pasaba.

—Hablemos en privado —le pidió Connor—.

—¿Ahora? —se quejó Oliver—.

Connor se levantó y empezó a elevarse en el cielo, su amiga no tardó en hacer lo mismo.

—Mas tarde te lo diré a ti —le aseguró a Oliver. Sabia que si no le aseguraba que se lo contaría más adelante se pondría de morros durante toda la noche—.

—Bien —aceptó de buena gana. No quería enfadarse con él, estaba demasiado contento por que estuviese de vuelta—.

Ambos se elevaron sobre el campamento a la distancia suficiente como para que sus palabras no fuesen audibles para nadie.

—Zeus me quiere en el consejo —soltó Connor, no sabia por donde empezar, aquella forma era tan buena como otra—.

—¿¿Qué?! ¿ Qué ha pasado en este horrible mundo para que te quieran en el consejo? ¿Se han muerto todos y solo quedas tú? —.

—¿Gracias? —.

—Me refiero a que no les gustas, no le caes bien a ninguno de ellos —.

—¿Gracias de nuevo? —.

—Connor, ¿qué es lo que pasa? —.

Este le explicó a grosso modo lo que sucedía, la destitución de Hefesto y la necesidad imperiosa del consejo de que hubiese doce individuos que prestasen su poder al bien mayor. Así como la historia de Zeus en la que decía que era una especie de reencarnación de una entidad más antigua que el mismo dios del trueno.

—Estoy hecha un lio...—.

—El oráculo de Delfos me ha dicho que Herácles es el héroe que más posibilidades tiene de conseguir la divinidad, si lo hace podrá ocupar un puesto en el consejo y yo seré libre de marcharme con vosotros —.

Aquella era la pieza que necesitaba.

—Ahora lo he entendido...lo ayudaré, por supuesto —.

—Bien, es un alivio oírlo, la alternativa habría sido cargarlo sobre mi espalda...—.

—Y¿ con respecto al problema que tenemos en casa? —.

—Mi madre ha ido en busca de una solución, Delfos le dijo dónde encontrarla —.

Al menos había ocupado su tiempo en algo útil, pensó ella.

—Bueno, dentro de lo que cabe...—.

—¿Tú has tenido alguna visión? —.

—No, ninguna —.

—¿Cero? ¿Eso no es raro? —.

—Sí, lo es —.

Connor quería contarle sobre la historia de Delfos, lo que la había llevado a esconderse en una isla alejada del mundo. Así como la petición que le había hecho a su madre. Esta quería que los oráculos fuesen capaces de amar de nuevo. Pero decidió que lo haría más adelante, su amiga le había dicho que no quería que interfiriese con el asunto. Y aunque técnicamente no había intervenido, no tenía ganas de discutir, esperaría a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Estoy deseando volver a casa —confesó él—. Este lugar me agota —

—Yo también —.

—Entonces ayudemos a ese gilipollas —.

—Estás celoso, eh —.

Este descendió dedicándole una mirada de desdén a su amiga, era evidente que estaba celoso.

—¿Tengo que responder? —.

Capítulo 11

La lanza

Herácles, Connor y sus amigos se encontraban a las puertas del jardín, una vaya de madera ornamentada delimitaba el terreno.

—¿A qué saben esas manzanas? —preguntó Oliver—.

—Son deliciosas, se parecen a las “Gala” de España —comentó Connor—. Dulces pero no empalagosamente dulces —

—¿En serio? ¿Y porqué son tan especiales? —.

—Le conceden un deseo a la persona que le da el primer mordisco —.

Dodo relinchó.

—¡Nunca había oído hablar de ello! ¿Traigo unas pocas? —.

Aquellas manzanas, como la mayoría de las cosas en la vida, venían con un precio. Los dioses siempre encuentran la forma de hacer que sus creaciones no sean usadas por individuos malvados. Aquellas manzanas eran tan poderosas porque las había creado la misma Gea, esta le regaló una a su hija Hera el día de su boda con Zeus. Después de disfrutar de su delicioso sabor plantó las semillas en este jardín y puso a las Hespérides como sus guardas.

—Si el deseo no nace de un corazón puro traerá la desgracia al que la muerda — comentó Connor. Miró al héroe, asegurándose de que lo hubiese oído—.

—Pedir la riqueza de un zar me traerá problemas? —preguntó Dodo—. Es un deseo puro, lo quiero de verdad —

—Probablemente te traiga la muerte, desear riqueza no es un deseo del corazón —.

—Anotado —soltó Herácles en voz alta—. ¿Salimos ya? —

Dodo le dedicó una mirada asesina.

—He aceptado a llevarte en mi lomo, no me hagas arrepentirme —.

—Sí, sí...—.

—¿Qué vas a pedir cuando la muerdas, Herácles? —preguntó Essián—.

—No lo sé —zanjó. No estaba de buen humor—.

—¿Deseas convertirte en un dios y no sabes qué pedirás? —.

—A ti que te importa, vagabundo —.

—Si tu deseo es puro te lo concederá —le aseguró—. Si Connor lo ha dicho tiene que ser cierto —

—Bueno, primero necesito tener éxito —.

La linde del jardín era fácilmente apreciable, pese a que la vaya que la delimitase midiera poco más de un metro de alto. La tierra era significativamente más clara, brillante y pura que la que estaban pisando.

—Si alguien te molesta golpéale en la parte posterior de la cabeza —le recomendó Essián a Dodo—.

—¿Ese es tu consejo? —se quejó ella—. ¿Quién va a molestarme? —

Este se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa tonta, como solía hacer. Dodo no hacia amigos con facilidad, a pesar de que no le había costado hacer buenas migas con

Oliver. Pero por alguna razón aquel individuo extraño le inspiraba toda la confianza del mundo y cada vez que lo veía sonreír no podía evitar devolverle la sonrisa.

—Sube ya, héroe —pidió ella—.

Herácles subió de un brusco salto del que Dodo no tardó en quejarse ruidosamente, luego emprendió el vuelo y se adentró en el inmenso jardín.

Había multitud de árboles frutales, todos exponían diferentes tipos de frutas de la forma más bella posible. Dodo pensó que aquello parecía un anuncio de televisión, uno hecho con ordenador.

—Él dijo que los manzanos estaban al fondo —comentó Herácles—.

—Lo oí, también estaba ahí cuando lo dijo —.

El peso de Herácles era mucho mayor al de Oliver.

—¿Oliver no está enamorado de él? —.

—¿En serio? ¿Ahora te apetece discutir sobre eso? —.

—Quiero saberlo —.

—Como sabrás el pacto hace que las dos partes cumplan su palabra, no está bajo la influencia de sus flechas —le aseguró—.

—Pero... ¿él está enamorado? —.

Herácles podía suponer que una flecha no era la única forma de enamorarse.

—No, no lo está —admitió ella—. ¿Qué más da? —

—Yo quiero saberlo, a mi me importa —.

—Te gusta mucho —.

—Sí —.

Ella suspiró, no le gustaba ser pajarito de mal agüero pero dudaba que el héroe tuviese la más mínima oportunidad con él.

—Mi consejo es que ahogues esos sentimientos, no tardaremos en irnos de aquí —.

—Cuando consiga ser un dios podré ir dónde quiera, eso no es un problema —.

—¿¿Piensas cortejar a Oliver?! Estás en tus cabales? —.

—¿Qué tiene de malo? Yo lo trataría como un rey, lo colmaría de lujos...—.

No tenía nada de malo, pero su amigo estaba enamorado de él y sabía que acabarían juntos, lo había visto en una visión. No le caía demasiado bien Herácles, más por lo que era que por su personalidad, pero no debía de ser castigado por gustarle una persona. Oliver tenía algo, ella no sabía el qué pero lo tenía.

—¿Esos son manzanos? —preguntó ella. El brillo de las manzanas al incidir el sol sobre ellas captó su atención—.

—Acércate más —.

Oliver y Connor hablaban distendidamente, este último fingía una calma de la que no disfrutaba. Había demasiadas cosas en juego, no estaría tranquilo hasta que Herácles fuese divinizado frente a él.

—¿Entonces te gustan mis alas? —le preguntó. Moviéndolas a voluntad—.

—¿Podrías cargar conmigo mientras vuelas? —.

Volar sobre el lomo de Dodo fue terrorífico al principio pero al final acabó relajándose y sintiendo una paz y una serenidad que no había sentido antes. Las alas de su amigo no eran tan grandes como las de su hermano o Dodo, por lo que no sabía si podría con él.

—Quieres que lo probemos? —.

—Lo decía porque son un poco pequeñas —.

Este no ocultó su molestia.

—¿¿Cómo dices?! Mis alas son perfectas, puedo cargar con cuatro como tú —.

—Bueno, en comparación a las de... Dodo. Y las de Anteros —.

Essián caminó en dirección opuesta para que no pudiesen ver cómo se reía. El tamaño de una extremidad o apéndice siempre suele causar reacciones de molestia en humanos o dioses, y según tenía entendido la musa era algo que incluso sucedía en el mundo de las hadas.

—¿Te has enfadado? —preguntó Oliver—.

—No —.

—Pero las tuyas son más bonitas y lo que importa no es el tamaño sino...—.

—Eso se le suele decir a los tíos con el pene pequeño, hablamos de alas —le cortó—.

—¿Quieres que hablemos de penes? —.

—¿Quieres que me baje los pantalones? —.

Oliver soltó una pequeña risotada y lo abrazó, todas y cada una de las expresiones que hacia eran adorables. Lo había echado mucho de menos.

—Me alegra que estemos juntos de nuevo —le dijo—. Estaba muerto de miedo sin ti —

—Joder, pues qué recibimiento... —bromeó—. ¡Y sé que estás riéndote, musa desempleada! —

—¡Solo me he alejado para orinar! —le respondió desde donde se encontraba—.

—Al menos es más discreto que Dodo, ella se habría reído en mi cara —admitió Connor—.

—¿Por qué has tardado tanto en encontrarme? —.

Connor acarició su espalda con cariño, si hubiese estado en su mano no se habría separado de él en primer lugar.

—Problemas allí arriba... —.

—¿En el Olimpo? —.

—Sí —.

—Debe de ser algo importante —.

—En efecto, lo es. Espero que todo salga bien, que Herácles consiga su divinidad depende de ello...—.

—No entiendo, ¿eso qué tiene que ver? —.

—Te lo contaré más adelante, ¿vale? —.

—Pero me lo contarás —.

Este sabía que Oliver podía aceptar esperar para conocer algo pero llegado el momento no aceptaría otra prórroga como respuesta. Con un poco de suerte para entonces podría hablar de lo sucedido con libertad.

—Te lo prometo —dijo besando su dedo índice y poniéndolo sobre su corazón —

Su interlocutor lo miró extrañado, nunca había visto un gesto así.

—¿Eso significa que es en serio? —preguntó—.

—Oh, perdona. Es algo que solía hacer de pequeño, es una tontería —.

Oliver se encogió de hombros.

—No, lo lo es. Es adorable —.

—Intentas compensarme por lo de antes, eh —.

Antes de que pudiese contestar una ominosa sensación de presión en el aire hizo que el bosque contuviese el aliento. Essián corrió hasta ellos, poniéndose a la defensiva, como si la extraña guitarra que cargaba a su espalda fuese capaz de usarse como arma.

—Puedo sentirlo —le aseguró Oliver a su amigo—.

—Si puedes sentirlo tú es que... —empezó a decir Essián—.

Dos seres alados aparecieron en el cielo, volaron hasta ellos a una velocidad abrumadora. Oliver se escondió tras Connor instintivamente, si aquellos seres iban a atacarlos él era el que saldría peor parado. Era el único mortal.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Connor extrañado—.

Se trataba de dos de los hermanos de Eros, Hímero y Himeneo. El primero tenía el cabello negro y portaba una corona llena de largas cintas de colores y el segundo tenía una larga melena rubia. Este era de una estatura menor que el primero, tenía una corona de flores de colores en la cabeza y la tez tan pálida que los coloretes que dibujaban sus pómulos resaltaban con intensidad. Como la sangre sobre la leche.

—Padre está de camino —Le advirtió Hímero con voz masculina, una particularmente sensual—.

—Corre, debes esconderte! —añadió su otro hermano. Su voz suave, dulce—.

—No entiendo —.

—Madre resultó herida, nuestro padre acudió en su ayuda y se ha enterado de tu plan —resumió Hímero—.

Su madre había viajado al norte de Tebas, en concreto a la tumba de un difunto rey para coger un colgante de su cuello. Por rocambolesco que pudiese sonar a priori, no parecía que supusiese ningún peligro.

—¿Está ella bien? —.

—Ella nos mandó —le dijo Himeneo—. Intentaba retenerlo —

La atmósfera se hizo aún más intensa, de una forma muy distinta a la anterior. En esta ocasión las piernas de Oliver comenzaron a temblar, una sensación de miedo recorrió todo su cuerpo. Connor se aseguró con una de sus manos de apretar su cuerpo contra su espalda, pero no sirvió para calmar aquella inesperada ansiedad.

Y entonces apareció, tras formarse una espesa nube morada, casi negra, apareció Ares, el dios de la guerra. Padre de Eros.

—Papá —soltó Connor usando un tono informal—.

—Con que aquí estabas —soltó—. Sabía que solo tenía que seguir a tus hermanos —

—Padre, por favor, no le hagas daño —le pidió Himeneo—.

—Apartaos —.

Ambos dieron unos pocos pasos, poniéndose entre los dos.

—Si no os apartáis seréis vosotros los que pagareis mi ira —les advirtió. Pese a que no gritó sus palabras sonaron con fuerza, era aterrador—.

La voz de aquel hombre era algo que Oliver no había oído nunca, era el culmen de la gravedad y la masculinidad, era casi animal.

—Chicos, echaos a un lado. No pasa nada —les dijo Connor—.

Este miró a Essián, suplicándole con la mirada que se ocupase de Oliver. La musa no tardó en colocarse al lado del chico y sujetarlo con su brazo, estaba seguro de que si lo soltaba caería al suelo.

Connor caminó hasta su padre, este medía más de dos metros, y pese a que inspiraba el mismo terror en él que al resto, intentó no mostrarlo.

—Ha sido mi culpa, lo siento —.

—¿Te sientes un hombre de verdad sabiendo que tu madre va por ahí solucionando tus problemas? —.

Aquella era una expresión que no echaba de menos, su padre siempre que trataba de reprenderlo o criticarlo aludía al término “un hombre de verdad”, como si no hubiese mil formas de ser uno.

—Nadie se siente más devastado que yo —le aseguró—. Es mi madre —

—Claro, por que tú eres todo amor. ¿No es así? —.

—Sí —espetó, mirándolo a los ojos muy serio—.

Su padre usó uno de sus dedos para tirarlo de espaldas, pocos ganarían en una batalla con Ares por lo que se limitó a levantarse de nuevo.

—Me he enterado de tu pequeño plan, ¿qué tienes que decir a eso? —quiso saber—.

—Tengo muchos pequeños planes, ¿a cuál te refieres? —.

Ares volvió a usar uno solo de sus dedos para tirarlo al suelo, en esta ocasión dio una vuelta sobre sí mismo y chocó contra un árbol.

—¡Ya basta! —pidió Oliver. No supo de dónde sacó la fuerza para poder hablar pero lo hizo, no podía ver cómo le hacían daño a su amigo frente a él—.

—¿Es él? —le preguntó Ares a su hijo con desgana—.

Connor se levantó, el golpe en esta ocasión sí le había hecho verdadero daño.

—No —.

—No sabes mentir, eres como un niño pequeño. El más débil de todos los dioses, yo no me trago esa historia de la reencarnación. Si así fuese no serías tan patético —.

—Lo siento —.

Su padre soltó una carcajada irónica, unas palabras no iban a apaciguar su ira. Hizo aparecer una lanza en su mano, en primera instancia parecía que se disponía a apuntar a su hijo pero se giró hasta mirar directamente hasta Oliver.

—Él debe ser el mortal por el que estas dispuesto a encerrar a tu hermano, no existen palabras para expresar cuánto me decepcionas —le dijo con desagrado—. Pero lo solucionaré aquí y ahora —

—¡No, no lo es! —exclamó—. Por favor, no le hagas daño —

—Criatura, apártate —le ordenó Ares a Essián—.

—No —respondió este con calma—. Aquí estoy bien —

—Bien, os ensartaré a ambos con la lanza —dijo sin pestañear—.

Connor saltó con toda la fuerza que pudo invocar en sus extremidades inferiores y cogió a Oliver en sus brazos, ambos rodaron por el suelo hasta que se detuvieron. Por algún extraño motivo la lanza se había desviado noventa grados a la derecha, haciendo que se perdiese entre los arboles.

Ares levantó su fuerte mentón miró a Essián con genuina curiosidad.

—¿Quién eres tú? —.

—Una musa sin empleo —.

El dios de la guerra invocó de nuevo la lanza en su mano, esta no era una común y corriente, había sido forjada por Hefesto, su hermano. Tenía la habilidad de regresar con su portador una vez lanzada.

—Estás sangrando —se lamentó Oliver—.

El arma ni si quiera se había lo suficiente como para tocar su piel lo que le había herido había sido la fuerza con la que estaba imbuida.

—Solo es un rasguño, tenemos que salir de aquí —.

—¿Y ellos? —.

—Sabrán arreglárselas —.

—Pero...—.

—Oliver, va a matarte —afirmó, lo hizo con una contundencia que erizó el vello de su cuerpo—.

El alarido de un animal en el cielo captó la atención de todos los presentes, este cayó en picado y el hombre que lo portaba saltó en el aire para golpear a Ares. Para sorpresa de todos el cuerpo del dios de la guerra se perdió entre los árboles.

—¿No puedo dejarlos solos? —se quejó este—.

—¿Estáis bien? —preguntó Dodo—.

—Quiere matar a Oliver —le dijo Connor—.

—¿Qué? —soltó Heracles—.

La lanza de Ares voló hacia el cuerpo de Heracles, este agarró su punta afilada con su mano desnuda y la tiró al suelo.

—Tú debes ser Heracles —dijo el dios caminado hasta él—.

—¿Y tú eres? —.

Aquella pregunta no sentó bien al dios de la guerra pues no dudó en abalanzarse hasta el héroe y empezar una danza de golpes, patadas y puñetazos.

—Tenemos que hacer algo —pidió Oliver—.

—Corremos peligro si nos quedamos aquí —le dijo Essian a Dodo—. Marchaos —

—No puedo irme sin mis amigos —.

—En ese caso reza para que nuestro héroe sea lo suficientemente fuerte —.

Él y Ares seguían golpeándose, sus movimientos eran tan rápidos que Oliver no podía verlos con claridad.

—Acabará por agotarse, por fuerte que sea —dijo Oliver con horror—. Él no es un dios —

Connor tenía muchas cosas en la cabeza, en estos casos solía colapsarse, solía no ser capaz de oír uno solo de sus pensamientos. Pero en esta ocasión la necesidad de proteger a Oliver fue más fuerte que todo lo demás, así que dio un salto y emprendió el vuelo con él en sus brazos.

—¡Connor, no podemos dejarlos! —.

—¡Creo que no entiendes la gravedad de la situación! Va a matarte, mi padre no es un ser racional. No vas a poder hacerle cambiar de idea, nadie puede —.

Voló a toda velocidad hasta que vio cómo la lanza de su padre avanzaba frente a él en el aire, tras ver cómo pasaba de largo se percató de que tenía un dolor punzante en una de sus alas. Uno que se hizo tan intenso que tuvo que descender precipitadamente sobre tierra para no estrellarse.

Intentó amortiguar el golpe con la fuerza que le quedaba en la otra ala pero no fue suficiente, ambos cayeron separándose en la caída.

Connor gritó de dolor, era la primera vez que experimentaba una herida de aquella lanza. No eran pocos los que afirmaban que las heridas causadas por el dios de la guerra dolían exponencialmente más que cualquier otra. En ese momento pudo confirmar que era cierto.

Intentó encontrar el equilibrio para volar de nuevo hasta Oliver pero su padre apareció entre ambos.

—Me avergüenza llamarte hijo, siempre tan patético, siempre dejando que otros luchen por ti...—espetó—. ¿Te duele el ala? —

—¿Disfrutas de luchar con alguien más débil que tú? Solo eres un matón —.

—Todo vale en el amor y la guerra, ¿no dicen eso los mortales? —le dijo mostrándole una sonrisa altanera—.

Herácles recuperaba el aliento al otro lado del bosque, Dodo había evitado que cayese al jardín de las Hespérides, de nuevo una misteriosa fuerza invisible evitó que ambos tocasen la tierra del jardín. Evitando la maldición que caía sobre cualquiera que la pisase.

—Esto se acaba aquí —zanjó Ares—.

Levantó su lanza y apuntó con ella a Oliver con ella. Connor no supo de donde sacó la fuerza pero logró interponerse entre esta y su amigo.

—¡No! —gritó Oliver—.

Una nube oscura apareció sobre ellos, esta se multiplicó hasta cubrir el cielo en su totalidad, después empezó a caer un gran chaparrón y tras un sonoro rayo que iluminó la oscuridad que generaban aquellas nubes, la figura de una mujer apareció frente a Eros. Su madre.

—Mamá —alcanzó a decir Connor antes de caer sobre su costado—.

—¡Hijo!, ¡padre, por favor, ayúdame! —clamó al cielo—.

La cabeza de Connor se encontraba sospechosamente en calma, pensó que quizá los que están a punto de morir obtenían aquella claridad. Un estado de conciencia reservado a los que están a punto de pisar el tártaro. Finalmente la profecía se había cumplido, ahora su destino se encontraba en las manos de Hades, el ladrón de la flor más bella.

Su madre gritaba frente a él pero su visión se volvía cada vez más borrosa y la capacidad de oír se apagaba paulatinamente. No estaba seguro de si la lanza de su padre podía matarlo hasta ese momento, pero morir en lugar de alguien a quien amaba le parecía la muerte más digna de todas. En ese momento se alegró de que Oliver no estuviese enamorado de él, en ese caso su pérdida no sería tan dolorosa para su corazón.

—Padre! —gritó la mujer—.

—Se ha interpuesto... —le aseguró su esposo desde donde se encontraba, no se había movido ni un centímetro—.

—¡Aléjate de mi! No quiero sentir tu presencia! —.

—Mujer —gruñó—.

Afrodita se levantó, su cuerpo menudo y se acercó hasta el de su marido, a su lado parecía él una montaña. El aura rosada que desprendía la diosa del amor se volvía más oscura a cada paso que daba, Ares la miró con extrañeza pero no dio un solo paso hacia atrás. No la temía.

Herácles y Essián volaron sobre el lomo de Dodo hacia la escena, solo para encontrar el cuerpo de Connor ensartado con una larga lanza. El caballo alado soltó un alarido de dolor que retumbó en todo el bosque.

La apariencia de Dodo cambió, la lluvia que caía desde las nubes lo hizo posible. De un momento a otro dejó la apariencia de un caballo alado para recuperar su forma original, la de la humana que una vez fue.

—Dodo —soltó Oliver entre lágrimas, había colocado la cabeza de Connor sobre su regazo, este aún tenía los ojos abiertos aunque mirasen al vacío—.

—Angelito mío...—sollozó ella—. ¿Cómo ha podido pasar algo así? —

Para cuando Afrodita llegó hasta donde se acercaba su marido su aura se había vuelto totalmente negra, oscura como el cielo sobre ella. Entonces lo golpeó en el corazón con su puño. Ella no era fuerte como él pero no tenía intención de herirlo con su fuerza.

El toque de su mujer provocó algo extraño en su cuerpo.

—¿Qué me has hecho, mujer?! —.

Sentía un dolor incipiente en su pecho, como el que provocaban una docena de espadas atravesándolo.

—Infravaloras la capacidad de amar, siempre lo has hecho. Sin embargo vas a sentir de primera mano cómo se siente un corazón roto —le aseguró ella—. ¡Hoy sentirás lo que siente una madre al perder a su hijo! —

El dolor de su pecho se incrementó, como si las embestidas de aquellas espadas invisibles se multiplicasen. Sus piernas flaquearon y se hincó de rodillas en el suelo, entonces Afrodita lo abofeteó.

—¿Es doloroso? —quiso saber ella—.

—¡Detén este truco! —.

—¿Truco? —.

Volvió a golpear su pecho, solo con la punta de su dedo índice. El dolor se elevó hasta el cielo, haciendo que se retorciese en el suelo, incapaz de articular una sola palabra.

—La manzana —dijo Herácles, oliéndoselas a Oliver—. Puede ser la solución —

Él y Dodo habían sido capaces de coger la única manzana dorada que había en aquel jardín, según le había dicho unas aves con la capacidad de hablar.

—Si le regalas esa manzana a alguien perderás tu oportunidad de convertirte en un héroe —le aseguró Essián—. Has luchado mucho por llegar hasta aquí —

Él también había llegado a esa conclusión, pero el sufrimiento de aquellas personas no le era indiferente. No podía hacer la vista gorda y anteponer sus necesidades cuando con aquella manzana era posible que pudiesen salvarle la vida a Eros. Y con ello evitar el sufrimiento de Oliver.

—Su madre —señaló Oliver—.

No tenía dudas sobre la pureza de su deseo, si él o Dodo mordían esa manzana ambos podrían curar las heridas de Connor antes de que fuese demasiado tarde. Pero pensándolo racionalmente la persona con el deseo más puro de salvarlo, la que posiblemente amase a Connor como ninguna otra fuese capaz de amar, sería su propia madre. Si ella pedía el deseo, este seguro que se cumpliría.

—Afrodita, te regalo esta manzana —le ofreció Herácles—.

Capítulo 12

Un héroe verdadero

La diosa del amor caminó con gracia hasta el héroe, dejando el cuerpo de su marido en una agonía inconmensurable sobre el suelo.

—Me la regalas? —preguntó—.

—Sí, cogela —.

—Dime lo que quieres, te lo daré —.

—Solo cogela, por favor —.

La mujer asintió y cogió la manzana entre sus dedos, caminó hasta su hijo y se arrodilló frente a él. Tocó la lanza de su pecho y esta desapareció, haciendo que brotase una cantidad ingente de sangre de la herida que había dejado tras ella.

—Deseo que Eros se recupere de sus heridas —dijo mordiendo la manzana—.

La mujer tragó el trozo de fruta, en el momento en el que llegó a su estómago el deseo comenzó a hacerse realidad. El aura de Connor se iluminó y la aparición de esta parecía haber frenado el sangrado. Poco a poco la luz dorada que emanaba llenó el agujero sobre su pecho hasta cubrirlo por completo, para finalmente recuperar el aspecto que tuvo una vez.

La visión de Eros se hizo menos borrosa hasta que volvió a ver con claridad, su cabeza se encontraba sobre el regazo de Oliver. Su madre y Dodo lo miraban con lágrimas en los ojos.

—¿Estoy en el tártaro? —preguntó—.

—No has muerto, idiota —espetó su amiga—. Pero como vuelvas a intentarlo voy a enfadarme mucho —

—¿Dodo? —preguntó con una pequeña sonrisa—. Hacía mucho que no veía lo bella que eres —

—Idiota —.

Levantó su brazo y limpió las lágrimas de los ojos de Oliver.

—Si no paráis de llorar voy a empezar a hacerlo yo —les aseguró Connor—.

—¿Puedes levantarte? —preguntó su madre con dulzura—.

—Creo que sí —.

Tocó su pecho, recordaba que la lanza lo había alcanzado pero donde debía de haber una gran herida solo había un agujero en su ropa llena de sangre.

—¿Qué ha pasado? —.

—Él te ha salvado —le dijo Oliver, señalando a Herácles con la mirada—. Le ha dado la manzana a tu madre para poder salvarte la vida —

Connor lo miró con admiración.

—Al final ha resultado ser un héroe de verdad—.

—Quizá ya no importa —soltó él—.

—No he visto un acto de valentía tan grande como el que hoy has hecho —le aseguró Afrodita—. Estoy en deuda contigo, Herácles —

Este se encogió de hombros, la diosa del amor no podía hacer nada por él, no podía darle lo que él quería. Ser un dios.

—Celebremos que estamos vivos, volvamos a Atenas y tengamos un gran banquete — propuso—. Es el fin, después de todo —

Afrodita retiró el dolor que estaba proyectando sobre su marido, este cuando sintió que menguaba desapareció. Sintiéndose avergonzado al haber sido vencido frente a sus hijos, mortales y otras criaturas varias. Después se encargó de que todos ellos apareciesen en Atenas, donde Herácles celebraría un gran banquete aquella noche.

Oliver hizo buenas migas con los hermanos de Connor, aunque procuraría no tocar a Hímero en el futuro. Nunca. Este era el dios del deseo sexual incontrolable, tras apretar su mano para presentarse formalmente sintió una fuerte y palpitante erección que tuvo que ocultar durante más de una hora. Todos los presentes se rieron de él, incluido Connor.

Himeneo resultó ser la persona más adorable que había conocido nunca, no solo parecía un ángel sino que su larga melena rubia y su esbelto cuerpo parecían de otro mundo. Incluso el olor que desprendía era divino.

Connor no dudó en reprocharle sus comentarios.

—¿Puedes dejar de decir lo bello que es mi hermano? —.

—Solo es amable —comentó Himeneo—.

—No lo soy, eres la entidad más bella que he visto nunca. Bueno, sin contar a tu madre —.

La apariencia de la madre de Connor le había impactado tanto que no podía ni catalogarla con facilidad, estaba seguro de que necesitaría unos días para asimilarlo por completo.

—Todos son más bellos que yo, entendido...—se lamentó Connor haciendo un mohín —.

—Es muy celoso —comentó Himeneo—.

—Tú también eres guapo...—le aseguró Oliver—.

Para Oliver él había sido el hombre más guapo que había visto nunca, eso fue lo que pensó cuando lo vio por primera vez. Pero con el paso del tiempo se había acostumbrado al impacto que tenía su presencia sobre él.

—Pero no bello —recalcó—. A ellos sí les has dicho que son bellos —

—¡Bueno, ya vale! —se quejó Dodo—.

—¿Dónde has dejado a la musa? —.

—Está cantándole a las cocineras, dice que eso las inspirará para hacer los asados más ricos —.

Himeneo arrugó el entrecejo, Oliver estaba dispuesto a jurar que no podría hacer un gesto feo.

—Nunca he oído de una musa que fuese un hombre —comentó—.

Su hermano intervino.

—No lo es, no existen —.

Dodo soltó una risita.

—Está desempleado, no lo admitieron en el grupo de las musas —.

—Eso es una tontería —zanjó Hímero—.

—¿Por qué dices eso? —.

Este había conocido a dos musas, estas tenían un magnetismo especial

—¿Recuerdas a Thalía? —preguntó Hímero a Connor—.

—Hace muchos años de aquello...—.

—La presencia de una musa evoca todo tipo de emociones, ideas, pensamientos. Todos

a la vez, es como abrir un grifo —explicó—. Uno no puede estar en presencia de una musa demasiado tiempo o puede perder la cabeza —

—Nosotros hemos estado con él más de tres días —señaló Oliver—.

—¿Entonces qué es? —se preguntó Connor—.

—No lo sé, pero sea lo que sea puede ocultar su aura —comentó Himeneo—.

—Pues estáis equivocados —concluyó Dodo. Essian era un ser extraño, por eso no sabían qué era. Nada más—. Iré a ver cómo siguen en la cocina —

—Creo que le ha molestado —dijo Oliver cuando se fue—.

—Por qué? —preguntó Connor—. ¿Qué más le da? —

—Se ha hecho muy amiga de Essián —.

—¿Tanto? —.

—Son uña y carne —.

Dodo llegó a la cocina enfadada, caminar sobre dos pies era incómodo, hacerlo sobre cuatro patas era el doble de fácil.

—Por qué arrugas ese bonito entrecejo? —preguntó Essián—.

—No eres una musa, ¿verdad? —.

Él se quedo inmóvil.

—¿Quién te ha dicho eso? —.

—Si quieres que seamos amigos debes decirme la verdad —.

—La verdad es que no puedo decirte lo que soy —contestó tras un breve silencio.

—O sea que todos tienen razón y nos has tomado el pelo —.

—No sé que decir —.

—Entonces no digas nada —zanjó dándose la vuelta y marchándose—.

Entró en la estancia de Herácles sin tocar a la puerta, este descansaba sobre la cama, haciendo un balance de su vida hasta ahora. Pensando en lo cerca que había estado de saborear la gloria, de convertirse en un dios.

Pensó en los motivos que lo empujaron a iniciar aquella aventura, todo lo que había perdido durante los diez años que había dedicado a cumplir aquellas absurdas metas que le ponía Zeus.

Puede que los motivos por los que se comprometió a realizar aquellos trabajos fuesen egoístas en principio, buscaba la fama y la admiración después de todo. Pero al final habían acabado difuminándose, el motivo principal por el que anhelaba ser un dios era tan simple como el de encontrar una familia, poder pertenecer a algún lugar.

—¿No sabes tocar a la puerta? —se quejó él—.

Dodo no respondió, se limitó a caminar hasta el extremo de la estancia y a asomarse al balcón, intentando procesar cómo se sentía, si es que sentía algo.

Había una parte de ella, la parte humana, quizá solo el recuerdo de esta, que creía que tenía que sentirse dolida. Había conectado con Essian y este le había defraudado, pero lejos de sentirse herida se sintió frustrada. Este hecho la llevó a una conclusión tan manida como vieja, no podía amar, quizá la pieza que le faltaba hacía imposible que sintiese lo que debía de sentir. ¿Pero qué podía hacer?

El banquete estuvo lleno de comida y de bebida, los hombres de Herácles compartieron mesa con Eros y sus hermanos, todos ellos fascinados por estar en presencia de dioses de verdad.

Oliver comprobó, pese a la fachada de júbilo, que el héroe estaba triste, y no era para menos. Había trabajado muy duro para conseguir sus objetivos y en un abrir de ojos lo

había perdido todo.

—Cuídate, hermano —le pidió Hímero—.

—Lo mismo digo —.

—Espero verte pronto —dijo Himeneo—.

—Vivo en Manhattan, búscame —.

—Lo haré —.

—¿Vendrás a Nueva York? —preguntó Oliver con sorpresa—.

—Cada siglo o así viene a verme, es con el único que he mantenido el contacto —.

Himeneo sonrió, dándole la razón.

—¿Cada siglo? Pero yo no viviré un siglo, no puedes venir a vernos pronto? —.

—Lo tendré en cuenta —le aseguró—. Cuidaos los unos a los otros, adiós —

Poco a poco los invitados a la fiesta fueron yéndose, algunos de los hombres de Herácles se despidieron de él, cobraron lo acordado y se dispusieron a regresar a sus hogares. Ya no había ningún motivo por el que quedarse, habían cumplido con todas sus tareas.

Y para la sorpresa de nadie, sobretodo la de Herácles, estos hombres se fueron tan fácilmente como aparecieron, dejándolo con una sensación de soledad y culpa que se sumó a las otras que tenía. Se preguntaba si había algo malo con él, tampoco pedía demasiado, solo un amigo leal.

Connor, Oliver y Dodo acabaron en la parte trasera de la casa del héroe, bebiendo las últimas copas de cerveza junto a un decaído Herácles y un pensativo dios del amor. La luna era creciente, lo que significaba que pronto sería luna llena y entonces tendría que aceptar el cargo que su abuelo quería imponerle.

—Esto es lo que queda...—dijo Connor sujetando el colgante destrozado que había recogido su madre. Al parecer se había activado al tocar la piedra que llevaba y había intentado atraparla en su interior, pero el objeto no había sido capaz de cumplir con su cometido, pues ella era una diosa primordial—.

—Encontraremos la forma...—afirmó Oliver—. Tenemos tiempo —

—Apenas habrá pasado un día cuando regresemos, no es el fin del mundo —señaló Dodo—.

Essian regresó desde dentro de la casa y se sentó ante el fuego con un gran vaso de cerveza, Oliver se había dado cuenta de que él y Dodo no habían cruzado una palabra en el banquete, aunque no quería preguntar.

—Aún no te he dado las gracias formalmente —le dijo Connor al héroe—.

—De nada, pollo —.

—Te debo una, espero poder hacer algo por ti algún día —le dijo Oliver—.

—¿Eso significa que estamos en paz? —.

Connor le pidió un favor a cambio de ayudarlo a conseguir aquella manzana del jardín de las Hespérides, aunque para la mala fortuna del héroe hubiese acabado en la boca de Afrodita.

—Supongo —.

Una nube rosa apareció frente a Connor, la figura de su madre se materializó frente a ellos.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —.

—He venido para presenciar la ceremonia —.

—¿Ceremonia? —.

Un rayo cayó sobre el pequeño fuego, haciéndolo tres veces más grande, de él salió una figura masculina, tan alta como Ares.

Herácles entendió de quien se trataba con solo mirarlo a los ojos, no había visto su autentica forma hasta ahora pero sabía que debía de tratarse de su padre.

—Padre —dijo Herácles haciendo una pequeña reverencia—. Es una sorpresa verte —

—¿No me esperabas? —.

—He fracasado —.

—¿Es eso así? —.

Caminó fuera del fuego y se colocó al lado de su hija, poniendo una mano sobre su hombro.

—No he conseguido convertirme en un héroe verdadero, lo siento —se disculpó Herácles—.

Zeus extendió su mano, de ella salieron unas pequeñas esferas doradas que volaron hasta impactar en el pecho de Herácles, entonces este empezó a brillar de la misma forma que lo hacía Connor. La única diferencia es que su aura tenía un débil matiz azul.

—Pero, he fracasado —volvió a decir Herácles—. No pude entregarte la manzana... o pedir un deseo con ella —

—Un héroe no se mide por la fuerza de sus músculos sino por la de su corazón, hoy has demostrado ser merecedor de la divinidad. Has priorizado ayudar a un extraño antes que satisfacer tus propios deseos, estoy orgulloso de ti. Enhorabuena hijo —.

Herácles sentía un sin fin de emociones, no sabía cual elegir de todas ellas. Se sentía completo, como si una parte fundamental que le había faltado siempre por fin se hubiese llenado.

—¿Podré subir al Olimpo? ¿Ser parte de la familia? —preguntó—.

—Ya lo eres —afirmó Afrodita—.

—En cuanto a ti —dijo Zeus a Connor—.

Este se levantó, se había dado cuenta de que seguía sentado, una grave ofensa que podía recibir un castigo.

—¿Sí? —.

—Enseñame eso que tienes en las manos —pidió—.

Él obedeció y le extendió el colgante destrozado a su abuelo, Zeus lo apretó en su mano y cuando la abrió lo mostró completamente nuevo. Como si nunca le hubiese sucedido nada.

—Esto es por ayudar a mi hijo —le dijo—.

—Gracias —.

No sabía si aquel gesto altruista significaba algo más de lo que era, pero al menos Dodo sería capaz de encerrar a su hermano en caso de que acabase siendo parte del consejo. Herácles era un dios pero no significaba que asumiría aquel puesto automáticamente.

—Ven, te enseñaré tu nuevo hogar —le dijo Zeus a su hijo—.

Volvió a extenderle la mano y este no dudó en cogerla, estaba deseando ver cómo era el Olimpo, conocer a su padre, a su familia por derecho propio.

—La luna está a punto de cambiar, nos veremos en tres días, Eros —le recordó a su nieto—.

Este asintió y entonces los dos desaparecieron tras un enorme rayo.

—No son bonitos los finales felices? —preguntó Afrodita—.

—¿No te levantas? —quiso saber Dodo—.

—Creo que me he meado encima —admitió Oliver—.

Connor lo levantó de su asiento, entendía que la presencia de su madre y la de su abuelo podían ser abrumadoras para los mortales pero quería presentarle formalmente a su madre.

—Mamá, te presento a Oliver —.

La mujer besó sus mejillas con una radiante expresión de felicidad.

—Estoy encantada de conocerte —afirmó—.

—Yo también... —balbuceó torpemente—. Es un honor —

—El colgante soluciona uno de tus problemas, pero no el otro —dijo dirigiéndose a su hijo—.

—Lo sé —.

—Ten esperanza, hijo. Nos veremos en tres días —.

—Sí —.

La diosa desapareció inundando el ambiente con un agradable olor a flores silvestres.

—¿Qué significa lo que acaba de decir? —quiso saber Oliver—.

—¿Te acuerdas de esa larga historia que te contaría? —.

—Sí —

—Os dejo solos...—anunció Dodo—.

Essián la siguió, dándoles intimidad. Connor lo llevó consigo al asiento en el que ocupado para volver a sentarse de nuevo.

—Cuando subí al Olimpo se celebraba un consejo...—empezó a contarle—.

Capítulo 13

Revelación

Contarle a Oliver los motivos por los que había tardado más de la cuenta en encontrarlos y por los que su mente divagaba entre la alegría de estar juntos y la angustia de un futuro incierto no fue sencillo. No sabía qué temía más, el hecho de que lo aceptase deliberadamente o que su reacción fuese tan mala que le hiciese pensar en alternativas poco honrosas.

—No puedes quedarte aquí —afirmó Oliver con rotundidad—. Pero qué locura, ni pensarlo —

Al dios del amor le resultó gratificante que le importase, aunque fuese por motivos egoístas.

—No tengo voto como te he explicado...—dijo calma—.

—¿Cómo que no? No pueden obligarte a hacer algo que no quieres hacer —.

—Sí pueden —.

Oliver se levantó como un resorte, el fuego que los había calentado durante buena parte de la noche se estaba apagando.

—Es inaudito, nos iremos antes de que llegue el día —propuso, caminando de un lado a otro—. ¿Zeus es omnisciente o ese es el dios cristiano? —

Por increíble que pareciese aquella idea estaba fuera de los límites, no sería capaz de poner a su madre en esa tesitura. Ya era difícil ser la madre de un dios que abandona su labor ancestral, darle la espalda a los suyos en un momento de necesidad no estaba sobre la mesa.

—No podría hacer algo tan deshonesto... —.

Cuando se detuvo y lo miró pudo comprobar que sus ojos estaban vidriosos.

—¿Y entonces qué? ¿Esperamos a ver como te sentencian? —.

—No voy a morir, Oliver —.

—Pero no podremos volver juntos —.

La amenaza de Anteros era bien real, la trampa que le habían tendido no duraría para siempre. Y para colmo lo habían dejado al cuidado de un mortal al que no le habían explicado prácticamente nada de la situación.

—Dodo encerrará a Anteros, entonces...—.

—Esto no es por tu hermano, ni por Sergio —espetó. Se sintió mal al oír sus palabras en voz alta—. Sino de tu libertad, de nuestra vida allí en Manhattan —

Connor sonrió como un niño, sus palabras conmovieron su corazón.

—No hay nada que quiera más que volver junto a ti, ¿eso lo sabes? —.

—¿Qué? Claro, tienes una vida allí —.

Connor se levantó para sujetar su mano.

—Estoy enamorado de ti, Oliver —afirmó, decirlo en voz alta lo liberaba de un pequeño peso que había estado cargando desde lo que parecía una eternidad—. ¿No te das cuenta? —

La cara de Oliver pasó de una de preocupación a una de incredulidad, entendía todos

los idiomas con el anillo mágico que llevaba por lo que no podía haberlo oído mal.

—Eso... no es posible —.

El dios del amor apretó su mano y lo miró con genuina incredulidad. ¿Porqué demonios iba a ser imposible?, pensó, lo que no entendía era como hasta ahora nadie había visto lo maravilloso que era y lo hubiese reclamado como suyo.

—¡Claro que lo es! Me he enamorado de ti poco a poco, tras cada cena, cada conversación, cada rabieta absurda... —.

—Tú eres el dios del amor —le cortó él—.

—¿Y? ¿No puedo amar? —..

—Yo no soy nada —respondió soltando su mano—.

—Lo eres todo para mi —afirmó, ofendido por lo que acababa de decir—. He vivido miles de años y solo he conocido a un puñado de personas que puedan amar de la forma que tú lo haces —

Procesar aquella información no era fácil, el tema había oscilado entre una sentencia de por vida en Grecia a una declaración de amor inesperada.

—Yo...—.

—Sé que no me correspondes, soy el dios del amor. No te preocupes por eso —le aseguró—. Solo quería que lo supieses por mi —

Oliver empezó a llorar. Ver cómo llora el ser amado nunca era agradable, Connor lo había experimentado en unas pocas ocasiones pero aún así este sentimiento nunca cambiaba. Sentía la necesidad imperiosa de borrar cada lágrima de su cara.

Se acercó hasta él y lo metió entre sus brazos.

—¿Por qué lloras? —preguntó con dulzura—.

—No quiero que te quedes aquí —.

—Todavía no está decidido, propondré a Herácles como mi sustituto y con un poco de suerte lo aceptarán —.

Había obviado el voto del héroe, contaba con que el poder de formar parte del consejo lo sedujese lo suficiente como para no poder negarse.

—Con la suerte que tengo seguro que te quedas... —soltó. Después de hacerlo se sintió mal por hablar sin pensar. Era un pensamiento egoísta después de todo, pues el que perdería más en el caso de quedarse sería Connor y no él—. Eres mi único amigo, me importas —

—Gracias —.

Aquel sencillo gracias le hizo sentir triste, Connor le había dicho que lo amaba y él le decía que “le importaba”. Y para colmo lo hacía con el tono solemne que lo caracterizaba, como si se conformase con aquella migaja de afecto.

—¿Gracias? —.

—Te agradezco que me aprecies, de corazón —.

Oliver lo miró confundido, ni él sabía porqué le molestaba que aceptase que lo apreciaba. Aquella palabra no reflejaba con precisión cómo se sentía.

—Yo, no solo te aprecio, eres importantísimo para mi —le aseguró—.

—¿Si digo gracias de nuevo te enfadarás? —.

—Sí —.

—¡Vale, entonces no lo diré! —.

Oliver dio un paso hacia atrás para poder mirarlo de frente, agarró su cara y tiró de ella hasta poder besar sus labios. Hacerlo se sintió bien, no sabía si besar al dios del amor era más especial que besar a otra persona, en ese momento no podía comparar. Solo sabía que

sus labios sabían a la fruta más dulce.

—Me importas —volvió a decirle—.

Lo había besado porque quería que supiese lo mucho que le importaba, para él no era solo un amigo, era más que un amigo. Se había interpuesto entre una lanza para salvar su vida sin dudarle ni un segundo. Después de darse cuenta de lo que acababa de hacer se giró, para que no viese su cara.

Una vez más había actuado sin pensar, probablemente confundiéndolo con aquel beso.

—¿Por qué has...? —.

—Me he dejado llevar, lo siento —.

—Nunca debes disculparte por un beso —.

—Soy yo quien debería disculparme, soy tonto —.

Connor puso su mano sobre su hombro.

—¿Puedes girarte? Me gusta mirarte a la cara cuando hablas —le pidió—.

—No —respondió—. Si me giro no podré decirte lo que pienso —.

—¿Qué piensas? —.

—Quiero que sepas que lo siento —.

—¿Por qué dices algo así? ¿Qué tienes que sentir? —.

—Por no estar enamorado de ti —.

Connor caminó hasta ponerse frente a él, no podía haber dicho una tontería más grande.

—Uno no decide cuando enamorarse, ¿qué disparates dices? —.

—Tú... has sido mi paño de lágrimas, has estado ahí cuando más te necesitaba. Estás aquí por mi causa y te enfrentas a esta situación tan rara por mi —.

—Oliver...—.

—Déjame acabar —le pidió—. Casi mueres por mi causa, ¿no ves que solo te doy mala suerte? Deberías alejarte de mi —.

—Conocerme me ha hecho sentir vivo de nuevo. Y ser inmortal y sentirse vivo no son dos cosas que se cumplan a rajatabla, créeme —.

Se limpió las lágrimas de su cara con la palma de su mano.

—Estoy cansado, debería irme a dormir —le dijo—.

—Supongo que al nuevo dios no le importará que nos quedemos en su casa mientras él no está —caviló—. Vamos, ¿te gustaría que te preparase una infusión de hierbas? —.

Echaba de menos tomar un buen té caliente, placer que disfrutaba constantemente en casa.

—Me gustaría mucho —.

Dodo había salido a caminar por la calle, sentía que las paredes de la casa se le echaban encima. No sabía si era porque volvía a tener forma humana y esto la hacía sentir insegura o porque tenía mucho en lo que pensar.

—Mys, ¿eres tú? —preguntó una voz femenina—.

Oír aquel nombre hizo que una descarga eléctrica recorriese todo su cuerpo. Nadie se había referido a ella así desde hacía miles de años.

Se giró para encontrarse a una vieja conocida, la última cara que había visto antes de ser apuñalada salvajemente y dejada por muerta. Había salvado a aquella joven y esta ni siquiera se había preocupado en salir a buscarla para ver cómo se encontraba.

—Hola —dijo ella—.

—Soy Phora, ¿me recuerdas? —.

Su aspecto era un poco más maduro, pero no había cambiado demasiado.

—Sí —.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —

No le despertaba ninguna simpatía y ciertamente no sentía que le debiese ninguna explicación.

—Por favor, no uses mi antiguo nombre —.

Los oráculos aceptaban el nombre de la ciudad en la que servían como suyos, desconocía si Phora seguía trabajando en el templo o si había otro oráculo de Dódona, pero no le importaba.

—Disculpa —le dijo—.

—Tengo que marcharme —.

—Dódona, espera —.

Dodo le dedicó una mirada insoldable, aún tenía la capacidad de paralizar a quien fuese con una simple mirada de sus ojos color ámbar.

—Tus visiones fallan, ¿verdad? —.

—¿Cómo dices? —.

—Desde que has llegado no puedes ver nada con claridad —.

No había podido tener ni una sola visión desde que había vuelto a Grecia, era algo que le preocupaba. Se preguntaba qué demonios podía saber Phora de aquello, a simple vista no parecía una inmortal. Y para más inri, se suponía que no debería de ser conocedora de aquel secreto. Según tenía entendido la tierra y las plantas que esta daba hacían olvidar a los mortales de aquella realidad.

—¿Cómo sabes algo así? —exigió saber—.

—Lo he oído de boca de Dódona —afirmó—. Es decir, de la nueva Dódona —

No le importaba saber que la habían sustituido, ni siquiera pretendía volver a pisar la ciudad. Pero de alguna forma le hizo sentir mal. Quizá hería su orgullo al ver que no era tan especial como decían.

—¿Qué has oído? —.

—El oráculo salió de aquí, ya sabes —

Sabía a qué se refería, lo que no sabía era porqué ella era consciente.

—¿Y? —.

—Cuando regresó sus visiones se apagaron durante un tiempo, como te estará pasando a ti —.

Sus visiones eran parte de lo que era, no sabía qué sería de ella si las perdía. Eran una parte fundamental de su identidad.

—¿Lo solucionó? —.

—Sí, se solucionó solo. Así que no te preocupes —le aseguró—.

—Ah, está bien. Gracias por la información —.

—Puedo preguntarte algo?—.

Después de aquella información no podía irse y dejarla con la palabra en la boca.

—Sí, habla —.

—¿Cómo es el mundo ahí fuera? —.

—Es distinto —afirmó, era la palabra que mejor lo describía, por escueta que fuese—. Aquí todo sigue igual, allí fuera la humanidad ha seguido progresando, creando y mejorando las cosas a su alrededor. A veces destruyéndolo todo a su alrededor —

—Sé que debes de odiarme —.

No la odiaba, ni siquiera había reparado en ella ni una sola vez.

—Hace mucho de aquello, olvídalo —.

—Quiero salir ahí fuera, dejar esto —.

—¿Acaso no eres mortal? —.

—Sí —.

—Si sales envejecerás y morirás —.

—Lo sé —.

—Bueno, pues si lo sabes...—.

La mujer se atusó el cabello, estaba nerviosa.

—¿Crees que debería hacerlo? —.

—No lo sé, es una respuesta difícil —.

—¿Tú te arrepientes de haberlo hecho? —.

—No, nunca —.

Ella asintió, era todo lo que necesitaba saber.

—Bien —dijo sonriendo—. Ha sido un placer verte de nuevo y saber que estás bien —

—Gracias por la información —.

—No hay de qué, adiós —.

—Phora —dijo antes de que se alejase demasiado—.

—¿Sí? —.

—Suerte —.

—Gracias —.

Aquel pequeño encuentro le había traído cierta clausura que no sabía que necesitaba, además de la tranquilidad de saber que sus visiones volverían a funcionar como lo hacían. En ocasiones el destino la sorprendía, en ese caso para bien.

Las calles estaban desiertas, en algún momento del camino decidió girarse y regresar por donde había venido.

—Te he asustado? —preguntó Essián—.

Casi chocan al cruzarse en una esquina.

—Joder, sí —.

—¿Vuelves a casa? —.

Estaba enfadado con él, se sentía estafada.

—Sí —.

—Ah —.

—¿Tú no? —preguntó—.

—Yo no tengo una casa ni un sitio donde volver —.

Dodo le dedicó una expresión de desgana.

—¿Juegas la carta de la pena para hacer que se me pase el enfado? —.

—¿Cartas? —.

—Es una forma de hablar...—.

—Tienes derecho a estar enfadada, os he mentado sobre mi naturaleza —le dijo él—.

—Ah, bien. ¿Y qué más? —.

—He mentado sobre eso pero no significa que lo haya hecho en todo lo demás, lo he pasado muy bien con vosotros. Contigo —

—¿Es ahora cuando me dices lo que eres o vas a mantenerlo en secreto? —quiso saber—. Porque te estás haciendo de rogar —

—¿Tan importante es? —.

—Sí —.

—¿Por qué? —.

—Es parte de quien eres, ¿cómo vamos a ser amigos si no puedes confiar en mí? —.

—He guardado mi identidad por tanto tiempo que temo decirlo en voz alta, temo que alguien se entere. Entre otras cosas... —.

Más secretos, pensó Ella.

—Genial, bueno, no tienes porqué decírmelo a mí. Qué más da, probablemente no nos veamos nunca más —.

Él se mostró triste, ni siquiera lo ocultó.

—¿Te vas a marchar? —.

—Cuando se celebre el consejo nos iremos —.

—Pero no sabes si tu amigo será libre —.

—No, no lo sé. Pero lo espero —.

—Entiendo —.

—Pareces decepcionado —observó, se giró y se fue—. Seguro que encuentras a otros viajeros con los que pasar el rato —

—¿No te importa? —quiso saber—.

—¿Qué quieres oír, Essian? —.

—Qué te importo —le dijo—.

—¿Por qué? ¿Qué más da mi opinión? Las opiniones no cambian lo inevitable, solo rompen el silencio —.

—¿No sientes nada por mí? —.

—¿Cómo dices? —preguntó incrédula—.

—Haces que parezca que sea una locura, pensaba que nos entendíamos bien —le dijo un poco ofendido—. No he dicho nada del otro mundo —

—Yo pensaba que solo nos habíamos caído bien, eso es todo —afirmó ella con sinceridad—.

—Mírame a los ojos y dime que no sientes nada —.

Dodo se sintió tremendamente frustrada, no sentía nada, no podía sentir amor hacia él si era a lo que se refería. Le parecía absurdo verse envuelta en una situación de ese calibre y a la vez se sintió tonta por no darse cuenta de las intenciones de aquel hombre.

—No puedo sentir nada, ni por ti ni por nadie —afirmó mirándolo a los ojos—. ¿Te convencen mis palabras? —

—Sí —.

A Dodo le dio la impresión de que si no le pedía explícitamente que volviese con ella se marcharía, pues las puntas de sus pies ya apuntaban en otra dirección.

—¿Volvemos? No quiero regresar sola —mintió, aunque no supo exactamente el por qué—.

—Sí, como quieras —.

Capítulo 14

Ranas

Oliver y Connor pasaron el día siguiente con Poláris y tres de sus novios, esta hizo buenas migas con Oliver y le contó un sinfín de anécdotas divertidas del pasado.

Al llegar la noche se Connor despidió, tal cuál le había prometido que haría y entonces salió con Oliver a hacer un poco de turismo. Aprovechaban la noche para volar sobre el cielo, una sensación que a Oliver le maravillaba.

Dodo volvió a ser una pequeña Carolina, no deseaba ser reconocida de nuevo, entraría en la mochila de Oliver y podría volar si lo necesitase. Esta pasaba el rato con Essian cuando sus amigos salían, había decidido no hacerse mala sangre y aprovechar el tiempo que le quedaba juntos. No solía hacer muchos amigos, en primer lugar porque no adoptaba su forma humana, y pese a que se sentía un poco traicionada por “la musa” o lo que quiera que fuese, no quería irse con mal sabor de boca.

Connor había sobrevolado toda Atenas y había salido de esta hasta llegar a Corinto, allí había un gran pantano lleno de flores de loto y en la noche podían oír cantar a las ranas. Aún lo recordaba como uno de sus lugares favoritos.

—¿En qué piensas? —le preguntó Oliver—.

—Cuando la luna acabe de llenarse tendré que subir... —.

Sobre ellos una luna casi llena dibujaba el cielo nocturno, iluminando con generosidad la noche.

—Todo saldrá bien, Herácles aceptará y...—.

Connor lo cortó.

—No pensemos en eso ahora. ¿Te ha gustado ver el partenón? —.

—Ha sido alucinante, quién iba a imaginar que tuviese tantos colores? Casi parece otra construcción distinta —.

—En una ocasión me llevé una de sus esculturas —recordó—.

—¿Qué? Serás ladrón! —.

—¡Era pequeño! —.

—¿La devolviste? —.

—No, me la quedé. Es más la vendí hace cincuenta años a un coleccionista privado por más de diez millones de dolares —.

—¿En serio? No eres mejor que el museo británico...—.

—Supongo que no —admitió entre risas—.

El trabajo que le había dicho que ejercía era el de marchante de arte pero después de tantos dimes y diretes aun no sabía con certeza a lo que se dedicaba.

—O sea que eso de ser marchante de arte...—empezó a decir Oliver—.

—¡No era mentira! Vendo arte y objetos antiguos, claro que nadie sabe que yo mismo los he ido recolectando a través de los años... —.

—Es alucinante... —admitió—.

—Tengo un sinfín de colecciones, sellos, esculturas, juguetes...—.

—¿Juguetes? —.

—Los juguetes son parte de la historia, si supieses la de historia que hay en una simple muñeca de cartón de los años cuarenta —.

A Oliver le gustaba ver la pasión con la que hablaba sobre las cosas que le gustaba, le avergonzaba admitir que no tenía ninguna afición por la que sentirse así.

—Sorpréndeme —pidió—.

—El material por ejemplo, era cartón porque el plástico aún no había cogido fuerza y no era tan barato como es ahora. La ropa que llevaba es un reflejo de cómo se vestían a los bebés en esa época, las facciones muestran cuál era el ideal de belleza de entonces... un sinfín de cosas —.

—Pareces un experto —.

—¡Lo soy! Sobretudo porque saber sobre estas cosas me da dinero —admitió entre risas—.

—Sobretudo por eso —.

—¿Cuál era tu juguete favorito de pequeño? Seguro que lo tengo en algún almacén, en su caja original y en perfecto estado —.

—Te vas a reír —le avisó—. Los Power Rangers —

—Debí haberlo supuesto, eran uno de los juguetes más populares en los noventa —.

—¡Los tenía todos! Incluso el Megazord, claro que a mi hermano le gustaba escondérmelos para hacerme enfadar y algunos nunca aparecieron de nuevo...—.

—Tu hermano es un poco capullo —.

—¿No te diste cuenta cuando lo conociste? —.

Connor conoció a la familia de Oliver cuando viajó a Westfields durante un fin de semana, este lo acompañó para apoyarlo emocionalmente. Iba a confesarle por fin cómo se sentía a Sergio, aquellos recuerdos parecían muy lejanos.

—Sí, pero me pareció grosero decirlo —.

—Es un perdedor... pero siempre tiene novia, no sé cómo lo hace —.

—Será bueno en la cama —caviló—.

Oliver puso cara de asco.

—Puaj, ¡no quiero pensar en esas cosas! —.

—¡Vale! Olvidémoslo —.

Las ranas no estaban por la labor de cantar aquella noche, a Connor le habría gustado que pudiese oír su canto.

—Connor, ¿si te pregunto algo prometes no reírte? —.

—No puedo prometer algo así, a veces haces preguntas... curiosas —.

Oliver golpeó su brazo, pero pese a que lo hizo con el puño cerrado el que salió herido fue él.

—¡Ouch! —se quejó—. ¿De qué estás hecho? —

—De átomos, como tú —.

—Mis átomos no son tan especiales como los tuyos... —.

—En eso equivocas —le aseguró. La sinceridad en sus palabras arrolló a Oliver, como de costumbre—.

—Prométeme que harás todo lo posible para regresar a casa —.

Ya habían tenido esa conversación, realmente no sabía qué más decir. Él era el mayor interesado en volver.

—Te lo prometo —dijo, pretendía no romper el buen ambiente que había entre ellos. Repetir de nuevo que no estaba en su mano lo habría vuelto a hacer sentir triste—.

—Si vuelves conmigo a Nueva York te prometo que me enamoraré de ti, estoy seguro de que lo haré —.

—Oliver...—.

Entonces se sentó sobre Connor y lo besó, sentía una fuerte atracción sexual hacia él. ¿Quién no lo haría? No solo porque era el epitome de la belleza europea clásica, sino porque era la persona más dulce y generosa que había conocido nunca.

—No digas nada todavía —le pidió poniendo un dedo sobre sus labios—. Te deseo, pero si que... tengamos sexo te va a hacer miserable de alguna forma, no lo haremos —

Connor lo deseaba también, y hacía siglos que no tenía relaciones sexuales por lo que estaba seguro que sería una experiencia agradable para variar.

—No se me ocurre una forma en la que me pueda hacer miserable —admitió entre risas—.

—Entonces no digamos nada más —le pidió volviéndolo a besar—.

Desnudaron sus cuerpos frente a los rayos de la luna y el extraño almizcle que desprendían las flores de loto.

El dios del amor ansiaba conocer cada ápice del cuerpo de Oliver, besó con sus labios y acarició con sus manos cada parte del mismo. Oliver se moría por empezar, la anticipación estaba empezando a volverlo loco, pero un extraño olor llamó su atención.

—¿Hueles eso? —.

—Solo puedo olerte a ti y hueles delicioso... —.

Una gran pieza de loto cayó a sus pies, como si alguien invisible lo hubiese lanzado. Inmediatamente después una gran masa de anfibios salieron del lago huyendo en todas direcciones. Connor cogió en sus brazos Oliver y se elevó en el cielo para evitar que aquella cortina de animales los cubriese por completo.

El olor de lo que parecía leña quemándose llegó hasta las fosas nasales de Connor, aunque no pudo ver de donde venía, ni entender cómo había podido suceder. Aquel lugar tenía una humedad elevada.

—Qué ha sido eso? —preguntó Oliver tras un breve chasquido—.

Una sonora y estridente risa llenó el aire, a primera vista parecía provenir de una mujer de avanzada edad.

—¿Coitus interruptus? —preguntó una voz que no parecía proceder de ningún sitio en concreto—.

—¿Quién eres?! —exigió saber Connor—.

—Podría haberos interrumpido antes, pero supuse que esperar hasta que casi llegaseis al clímax sería lo más divertido —comentó ella—.

—¡Muéstrate! —.

—He de decir que poder ver tu cuerpo desnudo ha sido un verdadero placer —.

—Sabes quien es? —preguntó Oliver—.

—No —.

La voz soltó un sonoro bufido.

—¡Me ofendes! Pero pronto lo sabrás, hasta entonces intentad encontrar algo de decoro y no fornicéis en lugares públicos como unos pervertidos —.

Connor se alejó de allí, no tenía intención de entretener a quien quiera que fuese esa anciana.

—Estamos desnudos —le recordó Oliver—. Hemos dejado ahí abajo toda nuestra ropa

—

—Volaremos hasta la habitación de Herácles, no te preocupes —.

El aire era ligeramente fresco, volando por el aire lo sentía frío pero el cuerpo de Connor era cálido, estar tan cerca de él era combatía aquella sensación de incomodidad. Aunque quizá la temperatura de ambos se había elevado dada la actividad que estaban a punto de realizar, pensó.

—¿Tienes idea de quien podría ser? —.

—Un bromista, no lo sé —.

—¿No ha sido raro? —.

—Bueno, como sabes, no le caigo bien a mucha gente...—.

—Me refiero a lo que ha dicho —.

—¿Coitus interruptus? Seguiremos con ello en el momento en el que llegemos a... — empezó a decirle mientras besaba su cuello—.

—¡Connor! Atiéndeme —le pidió—. Ha dicho que no tengamos sexo lugares públicos como pervertidos, eso es algo que diría alguien de nuestra época —

Como de costumbre Oliver era capaz de observar ese tipo de detalles en los que su amigo ni siquiera había reparado. En efecto tenía sentido, los griegos tenían relaciones en cualquier sitio, el concepto del decoro era muy distinto al de la actualidad.

—¿Insinuás que quien sea nos ha seguido desde Nueva York? —.

—Tú no lo crees? —.

Él solo podía pensar en tener sexo con Oliver, pero hizo a un lado esos pensamientos y asintió.

—Pues ahora que lo dices... es bastante extraño —.

—Ha dicho que ya descubrirías quién es, como si fuese una amenaza. ¿Podría tener que ver con la reunión que tienes mañana? —.

—En estos casos seria ideal que Dodo me dijese qué sucede... —.

Dodo solía advertirlo ante el peligro, había sido así desde el momento en el que se habían hecho amigos, pero sus visiones se habían apagado al pisar Grecia.

—¿Estás bien? —le preguntó Connor tras un breve silencio—.

—¡No! Estoy volando desnudo y puedo notar cada parte de ti sobre mi piel, y ya sabes a qué me refiero —se quejó—.

—¿Eso es malo? Podríamos hacerlo mientras volamos, ¿el aire se considera un lugar público? —.

Aunque pudiese parecer tentador no podía aceptar, se sentía demasiado vulnerable e incomodo como para poder disfrutar o relajarse.

—Calla y vuela más rápido...—.

Cuando llegaron a la casa de Herácles se dieron cuenta de que un ligero humo oscuro sobrevolaba el lugar, fuera de la casa había unos pocos curiosos.

—¡Estáis desnudos! —exclamó Dodo al verlos descender—. Qué desvergonzados habéis resultado... —

—La habitación de Herácles es el punto de reunión de todo el mundo o qué? —se quejó Oliver mientras intentaba taparse sin mucho éxito—.

—¿Qué ha pasado aquí? —.

—Un fuego, ya lo hemos apagado —le aclaró Essián—.

—¿Crees que tiene que ver con lo que acaba de pasarnos? —le preguntó Connor a Oliver—.

—¿Podemos ver si queda algo de mi ropa antes de hablar de nada más? —.

—Como quieras...—.

El fuego no había alcanzado la estancia de Herácles, parecía haberse iniciado desde fuera, en la fachada, y haberse apagado rápidamente antes de llegar al interior.

—Bien, contadme qué ha pasado —pidió el dios del amor—.

Su amiga respondió.

—No tiene mucho misterio, un fuego, fin. El misterio es cómo se extinguió, una ventolera tremenda impactó sobre la casa hasta y lo apagó —.

—¿Los dioses? —preguntó Essián—.

—No te parece extraño que hubiese un fuego en primer lugar? —preguntó Oliver—. ¿Son comunes los fuegos en la ciudad? Esta casa es de piedra —

Según había observado Oliver, las casas que poblaban la ciudad eran de piedra. Solo las que más se alejaban del centro variaban en cuanto a los materiales.

—Bueno, ya me entiendes. Quería decir que lo del viento ha sido lo más raro. Es más, nos ha pasado más de una vez —señaló Dodo—.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Connor—.

—¿No lo recuerdas? El viento desvió la lanza en un ángulo de noventa grados la primera vez que tu padre te la lanzó —.

Dodo se encontraba lo suficientemente lejos como para darse cuenta, quizá ellos no se percataron, dadas las circunstancias.

—¿Y qué más? —.

—Herácles y yo casi caemos al jardín pero de nuevo una fuerza invisible evitó que pasase y ahora ha pasado otra vez, un fuerte viento ha detenido el fuego —explicó—. Es bastante raro —

—¿Conocemos a algún dios que pueda provocar viento? —le preguntó su amigo—.

—Bóreas, Noto, Céfiro y Euro —enumeró Oliver—.

Aquellos eran los dioses que regían el viento del norte, sur, oeste y este, respectivamente.

—Has estudiado, eh —lo alabó Connor—. No, ninguno de ellos suele mezclarse con los asuntos de nadie. Yo ni siquiera los conozco a todos —

—Hay siete más entre esos —añadió Essián—.

—Bueno, ¿alguno de ellos se molestaría en ayudarnos? Esa es la pregunta del millón —recalcó Dodo—.

—Yo diría que no —.

—Deberíamos agradecer que nos hayan ayudado, quien quiera que sea, y seguir adelante —propuso Essián—. ¿Qué más da? —

—Nadie ayuda a otro porque sí —le recriminó Dodo—. Querrá algo de nosotros —

—Alguien nos atacó a Connor y a mi. Bueno no nos hizo daño, nos importunó, quería llamar la atención de Connor. Lo amenazó —les contó Oliver—. Una voz femenina, de una anciana —

Dodo se llevó las manos a la boca.

—¿Cómo no me has dicho algo así?! —exclamó—.

—¡Iba a hacerlo! —le aseguró Connor—.

—Contádmelo todo —.

—Ya te lo ha dicho todo, nos fuimos de allí después de que nos molestase —.

—Desnudos —observó—.

—Desnudos, es una sensación agradable volar sin ropa, hacia tiempo que no lo

probaba —.

Oliver no quería hablar de aquel tema en concreto.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pidió—.

—Yo creo que deberíamos irnos todos a nuestras recámaras y descansar —propuso

Connor—.

—Exacto, todos fuera —coincidió Oliver—.

El dios del amor lo miró con ojos de cordero degollado.

—¿Yo también? —bromeó—.

—No estoy de humor, si solo pretendes dormir puedes quedarte —.

—Está bien...—.

Dodo no podía sentirse más ansiosa, las cosas no paraban de torcerse y empeorar, aquel fuego y aquella voz debían de tener algo planeado para la reunión del consejo. Estaba segura.

—Mañana será un día largo —sentenció ella—. Desearía pudiese acompañarte al Olimpo —

—Estaré junto a mi madre, no te preocupes —.

—Ojalá todo salga bien...—.

Connor y Oliver durmieron juntos aquella noche, este último accedió a dormir entre los brazos del primero, pese a la vergüenza inicial, y pronto cayó rendido. Al dios del amor le había costado horrores mantener una fachada despreocupada durante aquellos tres días, pese a que se mantuviese positivo y esperase el mejor resultado posible.

No quería imaginarse cómo sería su vida si tuviese que quedarse allí y separarse de Oliver para siempre, se preguntó si sería igual que las dos primeras veces que su corazón se rompió. ¿La muerte era pariente de la distancia? Esperaba no tener que descubrirlo.

Besó la frente de su amado y cerró los ojos, dando gracias por encontrarse dónde y con quien estaba.

Capítulo 15

El veredicto

Connor procuró irse sin muchas palabras, no quería que nada de lo que dijese pudiese interpretarse como un adiós, así que simplemente besó la frente de Oliver y acarició la cabeza de su amiga.

La antesala del consejo estaba repleta de dioses, una basta muchedumbre, todos ellos estaban allí con la intención de conocer de primera mano quién sería el próximo en formar parte del consejo. Y como Connor había previsto, su presencia no desató muchas pasiones.

—¿Te irás pronto? —soltó un dios menor, desatando las risas de otros—. No creo que dures demasiado... —

—Metete en tus propios asuntos —espetó Connor. Ni siquiera reconoció su cara—.

Caminó hasta la puerta, junto a esta se encontraban algunos de los miembros del consejo. Afrodita corrió hasta sus brazos cuando se percató de su presencia.

—Hijo, qué alegría verte —le dijo su madre. Aún no había podido borrar la imagen de su hijo en el suelo, ensartado con una lanza—.

—Ojalá no nos viésemos en este lugar...—.

—Todo va a salir bien, ya veras —.

Esperaba que aquello no se quedase solo en un deseo.

—¿Y el resto? —.

—Por ahí...—.

Agarró la mano de su madre y tiró de ella hasta alejarse un poco de la multitud, tenía algo que preguntarle.

—Me han dicho que le hiciste algo raro a papá, que pudiste detenerlo —.

Dodo le había explicado con lujo de detalles como sufría el condenado de su padre tras el toque de su mujer.

Afrodita se aseguró de que el susodicho no se encontrase cerca.

—Somos dioses del amor, tú y yo, eso hace que muchos nos subestimen por nuestra predisposición al pacifismo. Pero nadie como nosotros sabe cómo duele un corazón roto, ¿no es así? —.

Solo ellos dos podían sentir el amor o el desamor de quienes los rodeaban, Anteros podía sentir el desamor y el resto de sus hermanos tenían otra serie de dones. Pero ninguno como el suyo.

—¿Pero como pudiste hacer que lo sintiese otra persona? —quiso saber—.

La mujer sonrió, siempre le había gustado que le hiciese muchas preguntas, era el más curioso de todos sus hijos. Quizá porque nació siendo un niño, al contrario que el resto de sus hermanos.

—Creo que tú serías capaz de hacerlo también, aunque no sin sentir a su vez el mismo dolor que infliges, me temo —le advirtió—.

—¿Yo también tengo que sentir ese dolor? —.

—Claro, no podemos infringir dolor pero sí compartirlo. Eso fue lo que hice con tu padre —.

Sonaba sencillo sobre el papel, pero no tenía ni idea de cómo hacer algo similar.
—Estará enfadado —supuso—.
Ella sonrió, estaba bastante orgullosa de sí misma.
—Lo está, está esperando al último momento para entrar al consejo para no vernos —.
Connor no pudo evitar sonreír junto a su madre, la sola idea del todopoderoso Ares, dios de la guerra, haciendo un mohín y evitando a su mujer le pareció hilarante.
—¿Se ha vuelto más fácil conseguir la divinidad? En el pasado rara vez pasaba —.
La antesala estaba repleta de personas, la mayoría de sus caras ni siquiera le eran familiares. Parecía como si hubiesen abierto la puerta a cualquiera que quisiese entrar.
Afrodita se acercó hasta su oído.
—Hay quien piensa que es parte de algún plan de padre... pero hasta dónde yo sé no debes y no quieres hacer preguntas sobre el tema —le aseguró—.
—Entiendo —.
Una cara conocida torció la esquina, llegando a la antesala.
—¡Herácles! —exclamó Connor—.
Este no tuvo ocasión de responder, las puertas del consejo se abrieron y la voz de Zeus resonó en todo el Olimpo.
—¡Se inicia la reunión! Esta es una llamada para los doce olímpicos y el dios del amor, Eros —anunció desde el interior de la sala—.
—¿Y Herácles? —le preguntó Connor a su madre—.
—Todo a su tiempo, pasa. No queremos hacerlo esperar —.
Los doce asientos se ocuparon, Connor se sentó de nuevo junto a su madre, el suyo era lo suficientemente espacioso para que ambos se sentasen cómodamente.
Temis se encontraba junto a Zeus, a su diestra.
—Bien, iniciamos la reunión —anunció el líder de los doce—.
—¿Es ahora cuando Eros hace una escena dramática? —preguntó Artemisa—.
—Démosle unos minutos, hermana —dijo Apolo—.
Afrodita los ignoró y se dirigió a Zeus.
—Padre, quise ramos proponer a un posible candidato a ocupar el puesto en el consejo —.
Artemisa soltó una carcajada, a la que se unió discretamente la diosa Hera.
—Ni un solo minuto...—señaló ella—.
Connor intervino, la cara de la diosa estaba empezando a parecerle muy desagradable.
—Deberías ser la diosa de la mala educación, Artemisa —propuso Connor—. Te pegaría más —
—Y tú de los vagos, ¿tenemos alguno así ? —.
Zeus golpeó la mesa, poniendo orden.
—A quién propones y porqué? —preguntó con voz hosca. Su aspecto era distinto al que Connor había visto hacia unos días, ahora parecía mucho más viejo. Todos sabían que a este le gustaba avejentarse para sentirse más sabio—.
—Mi madre y yo proponemos a Herácles —propuso Connor—.
—¿No es un nuevo dios? —preguntó Atena—.
—Aún no he tenido el placer de conocerlo —señaló Hestia—.
—Es bastante famoso, todos lo conocen —comentó Hermes—. Allá donde voy todos cuentan sus historias —
Hera picó, si quería opinar libremente sobre el tema y fastidiar a Afrodita debía de

fingir interés por el curriculum de aquel nuevo dios.

—¿Cuales son sus méritos? Aparte de ser popular entre la gente —.

Afrodita se levantó.

—Es un héroe con el corazón puro, sus hazañas son sabidas por todos los que lo rodean —.

—Un héroe...—soltó Artemisa de forma despectiva—. ¿Qué puede aportar uno de esos al consejo? No estamos en guerra... —

—Para empezar es justo y su brújula moral apunta al norte —le dijo Connor—. No todo el mundo puede decir lo mismo —.

Arrugó la cara haciendo una mueca de desagrado.

—¿Qué insinuáis? Dilo abiertamente —le instó—.

—A mi me preocupa que no entienda la magnitud del puesto —dijo Deméter—. Esta no es una labor sencilla —

—Según tengo entendido es hijo de Zeus, lleva en la sangre el liderazgo —dijo Poseidón—.

Aquello molestó sobremanera a Hera, pues odiaba a todos los bastardos de su marido.

—¿Destituimos a un hijo legítimo para darle el puesto a uno ilegítimo? ¿Es este consejo una broma? —.

—Creo recordar que la destitución de tu hijo se debe exclusivamente a que solo servía para aumentar tu poder en el consejo —recordó Connor—. La legitimidad de su nacimiento no tiene nada que ver —

Ella se puso roja de ira.

—¿Cómo osas?! ¿Acaso me estas llamando corrupta? —.

Hefesto se mantenía calmado, sentado cerca de su madre, rara vez intervenía, solo lo haría si su propio padre le instaba a ello.

—Hera, las palabras de Eros no son erradas, esos son los motivos que han motivado el cambio —le recordó Atenea, intentando ser justa—.

—¿Te pones del lado del chico? —.

Hestia intervino, no le gustaba que Hera intimidase a sus hermanas.

—Se pone del lado de este consejo, que es más grande que nosotros mismos —.

—¿Qué opináis padre? —preguntó Afrodita—.

Él mesó su barba, en esta ocasión blanca.

—Creo que Eros es el mejor candidato, aunque no tengo ninguna objeción con respecto a los motivos para que Herácles pueda ser un candidato viable —.

—Entonces realicemos el intercambio de poder y no alarguemos esto más allá de la cuenta —sentenció Hera—. Si nuestro líder considera que Eros es el más apto, así será —

—¿Alguien tiene algo más que añadir? —preguntó Zeus—.

La presión arterial de Connor se disparó, en un abrir y cerrar de ojos su mayor temor estaba a punto de hacerse realidad. No podía quedarse allí, ser parte del consejo eran unas cadenas que no podría soportar.

—Pido hablar en privado contigo —pidió Connor—.

Hera soltó una sonora carcajada.

—¿Y qué más? —.

La actitud de su Hera minaba el humor de su marido.

—¿Qué tienes que decir que no puedas hacerlo frente al consejo? —quiso saber él—.

Tenía mucho que decir, pero temía que la presencia de todos ellos jugase en su contra.

Por lo que era indispensable que Zeus accediese a hablar con él a solas.

—Padre, os suplico que le deis un par de minutos —pidió Afrodita—.

Artemisa bufó.

—Súplicas... ¿y qué más? —.

—Hermana, ¿porqué eres tan mezquina? Ni siquiera estáis interesada en que Eros sea parte del consejo, ¿qué es lo que te mueve a ser así? —quiso saber Atenea—.

—Estoy cansada de ver cómo la mosquita muerta de Afrodita se sale siempre con la suya, en teoría somos todos iguales pero en la practica no es así —.

—¿Padre ha sido duro contigo? —.

Ella sonrió, no sabia dónde quería llegar pero no temía hablar de su comportamiento.

—No ha habido motivo, soy un ejemplo de rectitud —.

—Eres la viva imagen del rencor, solo estás así por un evento insignificante que ocurrió hace miles de años —le reprochó Afrodita—.

—¿Podemos pedir la destitución de uno de los miembros del consejo? —preguntó Artemisa con la mano levantada—. Propongo que busquemos un sustituto para Afrodita, su falta de disciplina y equidad son un lastre —

Aquella petición trajo consigo expresiones de sorpresa e incredulidad.

—¿Hablas tú de equidad? —espetó Ares—. ¿Cuando has sido equitativa, Artemisa? —

—Lo soy —dijo, sorprendida por aquella intervención—.

—Tratas a todo el mundo de forma despectiva, según tus estúpidos criterios. Eres implacable con los súbditos que se equivocan o consideras que te han fallado, ¿cómo y cuando eres equitativa? —señaló Atenea—.

Las palabras de su hermana le escocían, no tenia nada que reprocharle.

—¿No matas a quien rompe tu estúpido voto de castidad? —recordó Connor—. ¿De qué eres ejemplo? —

—¡No tenéis derecho a juzgar mi labor! —exclamó ella—.

—Concederé un par de minutos a Eros, sígueme —aceptó Zeus—.

Connor se levantó como un resorte y siguió a este y a Temis a una habitación que su abuelo creó con un movimiento de su mano. La presencia de la diosa aseguraba que nada de lo que dijese fuese un secreto absoluto. En caso de ser necesario podría explicar sobre qué se habían dicho.

—Sé breve, hijo. Esta deferencia no se la concedo a cualquiera —le urgió—.

—No puedo aceptar el puesto, Herácles es perfectamente apto para la labor. Lo sabes —.

—¿Lo sé? Esto no es más que una triquiñuela para evitar de nuevo tus responsabilidades, ¿no es así? —.

—¿Puedes convertirme en uno de los doce sin mi consentimiento? —.

—Estás jugando a un juego peligroso —le advirtió—. No dudaré en despojarte de tu divinidad, tal y como te dije en la anterior reunión del consejo —

Connor tenia un as bajo la manga, una idea que había estado dando vueltas en su cabeza. Se encontraba en una encrucijada por lo que o lo apostaba todo a aquella corazonada o estaba perdido.

—Tal y como dijiste soy la reencarnación del dios primordial cuya existencia hizo posible a todo lo que conocemos. ¿Qué sucederá si me despojas de mi divinidad? ¿Te atreves a ver qué sucede? —le preguntó—. No sabes qué puede pasar, quizá la tierra se abra o llueva sangre del cielo —

El entrecejo de su abuelo se arrugó formando una gruesa línea, no le gustaba ser puesto en una posición en la que tuviese que ceder a los deseos de otro.

—He castigado a muchos por mucho menos, no creas que ser el hijo de Afrodita te da más derechos que al resto. Te ha servido para que haga la vista gorda en cuanto a tu actitud rebelde, nada más —.

Connor rebajó el tono.

—Abuelo, este no es mi sitio. Estoy dispuesto a seguir con mi labor ancestral, ahora lo entiendo. Pero no puedo quedarme aquí en esta burbuja y ser infeliz —.

—La grandeza requiere de sacrificios, hijo. Yo lo sé, he hecho más sacrificios y concesiones que nadie en este consejo, he vivido y luchado más que todos ellos —.

—Herácles es tu vástago, ha demostrado que merece tu confianza, él es quien debería ocupar ese puesto. No yo, sabes que tiene el corazón en el lugar adecuado. Sabes que es un héroe verdadero —.

Zeus veía grandeza en él, quizá porque era su hijo.

—Acaba de convertirse en dios, está muy verde —.

—Por eso es la persona ideal, aprenderá del ejemplo que le deis. Estoy seguro de que un día será una persona en la que podrás confiar —.

—No estoy seguro... —le dijo— Tu madre es uno de mis tesoros más preciados, el amor y lo que nace del mismo es el motor de este mundo. Tú serías una adición perfecta a este grupo, sé que no te faltan cualidades —

El dios del amor se desinfló, no sabía qué más decir para convencerlo.

—El motivo por el que no puedo quedarme es tan simple como ese. Al contrario de vosotros yo he estado entre los humanos, los he visto crecer, desarrollarse, crear civilizaciones y destruirlas. Este lugar siempre será mi hogar pero no es mi casa, mi casa está en el futuro —.

Sus palabras hicieron mella en su abuelo pues este lo miró con suspicacia.

—Si Herácles no quisiese ser un candidato a ocupar el puesto no podría obligarlo, ¿cómo sabes qué dirá? ¿Has hablado con él sobre el tema? —.

—No, no lo sé, solo espero que haga lo correcto. Él quiere formar parte de nuestra familia, y sobretodo quiere que lo tengas en alta estima. Eres el único padre que tiene y tendrá —.

Zeus suspiró, él mismo le había dado la idea a su hija Afrodita, un héroe verdadero convertido en dios podía ser un candidato tan válido como Eros. Pero temía no parecer justo ante el consejo y que esto derivase en otros problemas en el futuro.

—Volvamos a la sala —ordenó—.

Los murmullos cesaron cuando volvieron a la sala, Zeus golpeó la mesa y convocó a la reunión a Herácles. Este entró confuso a la sala, no fueron pocos los que mostraron su extrañeza, dentro y fuera.

—Estoy a tu disposición, padre —anunció Herácles con la cabeza gacha—.

—No puedo creer que esto esté pasando...—se quejó Hera—. ¿A dónde hemos llegado? —

—Hera, te recuerdo que debes dar ejemplo con tus acciones y tus palabras —le pidió su marido—.

—Claro, esposo. Todos debemos dar ejemplo...—.

Zeus miró al joven héroe, al hacerlo se veía a sí mismo.

—Te he llamado a este consejo porque has sido propuesto para formar parte del mismo

—.

—¿Yo? —.

—Aún huele a humanidad...—se quejó Artemisa—. Qué locura... —

Zeus le dedicó una mirada contundente, ya había aguantado suficientes salidas de tono.

—Exponed los motivos por los que creéis que sería un buen candidato —pidió Zeus—.

Afrodita se levantó, ella había sido la que lo había propuesto en primer lugar.

—Yo misma presencié de primera mano la heroicidad de Herácles —anunció—.

Cuando mi esposo clavó una de sus lanzas en el pecho de mi hijo, dejándolo al borde de la muerte, Herácles ofreció la única manzana dorada que tenía. Renunciando a conseguir la divinidad que tanto anhelaba, solo por el hecho de no soportar una injusticia de ese calibre

—

Hestia no ocultó su sorpresa.

—¿Ensartaste a tu propio hijo con una lanza? —.

—Fue un accidente —comentó Ares escuetamente, sin agachar la cabeza—.

—Es una hazaña encomiable, sin duda —admitió Atenea—.

—Nuestro padre ha probado el calibre de su heroicidad durante diez años. Temis, ¿puedes narrarnos todas las pruebas a las que ha sido sometido y en las que ha triunfado indudablemente? —

Esta miró a Zeus, pidiendo su aprobación.

—Herácles ha realizado doce tareas...—empezó a explicar—.

Temis narró cada una de ellas, sus acciones heroicas y cómo venció a la adversidad. Connor necesitaba que los demás conociesen un poco su carácter, no era un niño con la cabeza hueca pese a ser joven. Tenía todo el potencial para ser un líder, un dios.

—Es formidable —comentó Poseidón—. A mi me parece un buen candidato, si señor

—

—Ya os lo dije, todo el mundo habla de sus hazañas —dijo Hermes—.

—¿Qué tiene que decir él? —preguntó Apolo aburrido—. Quizá no está interesado en primer lugar —

—Pues...—.

Connor se levantó para dirigirse a él.

—Herácles, este consejo es todo lo que somos. Sus miembros se encargan tanto de impartir justicia como de mantener el orden y el equilibrio natural. Es cierto que he propuesto tu candidatura por un motivo egoísta, pero creo que no hay ningún candidato mejor entre nosotros para ser parte de este consejo que tú —le dijo Connor—.

—¿Aceptas ser un candidato? —preguntó Zeus—.

—Sí —.

—Bien, entonces lo someteremos a votación —.

Hermes y Poseidón votaron por Herácles, así como Atenea y Afrodita. Hestia no estaba segura pero optó por la decisión que sintió que era la más apropiada. Al fin y al cabo Eros no quería formar parte del consejo y aquel chico sí.

—¿Ares? —preguntó Zeus—.

—Debería ser mi hijo el que ocupase el puesto, en su sangre solo corre divinidad. Al contrario que con el héroe —.

Su mujer le dedicó una mirada que solo él entendió, aquel evento en el bosque le hizo verla con una luz distinta. No era una simple muñeca capaz de levantar las pasiones más intensas, también podía asestar un buen golpe si era necesario.

—Esposo, él es fuerte, si formase parte del consejo su talento no se desperdiciaría. Tú mismo podrías enseñarle más de una cosa —propuso ella—.

—Es fuerte, es cierto —.

—¿Más que tú? —preguntó Artemisa con mala idea—. Cuidado, quizá no te guste la competencia —

—Ahorrarte tus palabras infantiles, cuando quieras probar mi fuerza puedes hacerlo —.

—¿Cuál es tu decisión final? —le preguntó Zeus—.

—Está bien, voto por Herácles. Estoy seguro de que el tiempo que invierta en entrenarlo merecerá la pena —.

—¿Artemisa, Apolo? —.

Apolo miró a su hermana, esperando su respuesta. Él tendía a complacerla, realmente no le importaba quién ocupase el lugar.

—Voto por el joven héroe, según parece cualquiera puede ser mejor que Eros —dijo ella—.

—Yo opino lo mismo que mi hermana —.

Afrodita le dedicó una mirada de incredulidad a Artemisa, no entendía porqué guardaba tanto resentimiento hacia ella y su hijo. Pero su voto favorecía a Eros así que se abstuvo de decir nada.

—Hera? —preguntó Zeus—.

—Eros, su sangre es divina. Es el mejor candidato —dijo, solo por herir a Afrodita—.

—Yo también voto por Eros —anunció Hefesto—.

—Para sorpresa de nadie —dijo Hestia—.

—¿Deméter? —pidió Zeus—.

—Creo que el joven héroe puede añadir algo que nos hace falta recordar, una perspectiva fresca. Voto por Herácles —.

Zeus le dedicó a Connor una mirada compasiva, se había acabado saliendo con la suya.

—Por mayoría nombro a Herácles como sustituto de Hefesto, espero que mientras formes parte de este consejo seas imparcial, justo y abogues por el bien de una forma prudente —

Un peso tan grande como el de una montaña se desvaneció de la espalda de Connor,

—Gracias a todos los que me habéis votado, es un honor formar parte de algo más grande que yo. Usaré mi posición de la mejor forma posible —les aseguró Herácles—.

—En ese caso finalizamos la reunión del consejo —zanjó el dios del trueno—. El día de mañana realizaremos la ceremonia de intercambio, podéis retiraros —

Zeus le dedicó una mirada de indulgencia a Eros y a su hija Afrodita antes de darse la vuelta y desaparecer. El resto no tardó en imitarlo, solo Atenea y Hestia cruzaron por la puerta.

—Herácles —dijo Connor—.

—¿Vas a darme las gracias? —.

Quería abrazarlo y hacerle una fiesta.

—Sí —.

—No hace falta —le aseguró—.

—Aún así, gracias. Si no hubieses aceptado me hubiese visto atrapado aquí, no hubiese podido volver a casa con mis amigos —

—Eso significa que me debes una? —.

—Claro —.

—Quiero a Oliver —afirmó muy serio—.

El corazón de Connor se detuvo.

—Todo menos eso —.

El héroe sonrió, solo lo había dicho para ver su reacción.

—Bromeaba —.

—Nos volveremos a ver, espero que te vaya bien en tu nuevo puesto de trabajo —.

—Yo también —le dijo—. Cuida de Oliver, es especial... —

A Connor le parecía la persona más especial del mundo entero, estaba enamorado de él.

—Lo haré —.

Afrodita le dio las gracias de nuevo y le aseguró que le debía un gran favor, Herácles siendo el caballero que era solo le restó importancia y le pidió que lo olvidase.

Unos ojos color violeta los miraban a través de una gruesa capucha que ocultaba su aspecto desde la antesala. Tras las grandes puertas de la sala, entre el gentío que esperaba a Herácles.

—La tercera vez se acerca, carita de ángel —dijo la figura encapuchada—. Todo lo que se rompe dos veces acaba por romperse una tercera...—

Afrodita agarró la mano de su hijo, tenía algo que darle antes de que se fuese.

—Eros, tengo algo para ti —.

La diosa apretó su mano y ambos aparecieron en el palacio de su madre, en concreto en la estancia que le había pertenecido a él cuando era un infante. Esta estaba llena de juguetes, de todas clases, esculturas de animales talladas en piedra y multitud de objetos raros que ni él recordaba de dónde provenían o para qué servían. Cuando era pequeño solía recolectar cualquier cosa que le llamase la atención.

—La piedra del colgante debe recargar su energía con la luna por lo que no podrás usarlo cuando llegues, por eso le he pedido a Hefesto que haga esto para ti —.

Sobre la cama descansaban unos brazaletes de color cobre, sencillos, con una única filigrana en ambos extremos.

—¿Unos brazaletes? —.

—Si los pones en las muñecas de tu hermano restringirá sus habilidades sobrenaturales, eso te dará tiempo —.

—Eso suena... bien. Quizá es la solución más sencilla, así no tendría que... —.

Ella lo detuvo con un movimiento de su mano.

—Una magia tan poderosa requiere de un precio —le advirtió—. Estos solo pueden ser puestos por un dios y este también verá sus habilidades restringidas. No deben llevarse por un periodo de tiempo prolongado, aunque no sé el porqué. ¿Lo entiendes? —

Supuso que era mucho pedir que aquel objeto solo tuviese un efecto positivo, sin ningún contra.

—¿O sea que mientras Anteros los lleve yo también seré humano? —.

—Algo así, tu divinidad descansará tras ellos, por lo que no serás fuerte y dejarás de sentir lo que sienten otros —.

Él resopló.

—Eso puede ser bueno para variar...—.

—Hefesto no pudo asegurarme que seguirías siendo inmortal si los llevas puestos, por lo que te suplico que actúes en consecuencia —le pidió ella—.

—Entiendo —.

La mujer acarició su pelo, echaba en falta sus bonitos ricos.

—Eros, intenta recapacitar con tu hermano. Yo sé cuánto le importas —le aseguró—.

—Mamá, ¿en serio? ¡Qué ridículo —.

Afrodita tenía más que decir al respecto pero algo la detuvo.

—Soy consciente de la posición que tiene cada uno con respecto al otro, pero sois familia. Prométeme que intentarás entenderlo antes de tomar una decisión definitiva —.

Connor estaba seguro de que su madre sabía que no habría forma de razonar con Anteros, una vez sentenciaba una muerte jamás se retractaba. ¿Pero de qué serviría recordárselo?

—Está bien, te lo prometo —.

—Gracias, hijo —.

—Prometo volver pronto —.

—Te estaré esperando —le aseguró acariciando su mejilla—. No me gusta lo que le has hecho a tu pelo —

Este tenía el cabello rizado, siempre lo había tenido, pero solía mantenerlo liso con productos capilares.

—Sabía que lo mencionarías —admitió con una sonrisa—. Se llama alisado japonés, es muy práctico —

—Con lo bonitos que son tus rizos —se lamentó—. Espero que la próxima vez los traigas contigo —

—Ya veremos —.

La mujer tiró de una larga cadena dorada que colgaba de su pecho hasta que la sacó de su revelador atuendo. Al final de la misma había un dije con un mechón de cabello dorado.

—¿Ves? siempre te llevo conmigo —le mostró ella—.

—Yo también —dijo tocando su colgante, estaba hecho de su sangre—.

Madre e hijo se unieron en un cálido abrazo, siempre podía contar con ella. Desearía poder compartir el mismo tiempo y espacio, de esa forma no existiría ningún tipo de distancia entre ellos.

—Tu padre quiere que te diga unas palabras antes de irte —comentó—.

—¿Mi padre qué? —.

Ella sonrió.

—Quiere que sepas que fue un accidente —.

—¿Eso es todo? —.

—Lo conozco mucho mejor que tú, puedo afirmar con rotundidad que es todo y que es inusual —.

—Está bien, dile que lo perdono —.

Connor le dedicó aquel perdón a su madre, sabía que la llenaría de alegría ver que no guardaba rencores. Tener un corazón generoso era lo que más le valoraba de él.

—Lo haré —le aseguró— ¡Ah!, casi se me olvida, espera aquí —

Salió de la estancia, tenía algo muy importante que darle, formaba parte del trato que había hecho con el oráculo de Delfos.

Tras investigar sobre los oráculos y el proceso de transformación encontró por accidente dónde se almacenaban sus corazones. Simbólicamente hablando. En una de las grandes salas dedicadas a almacenar multitud de enseres encontró un tapiz de terciopelo del que colgaban un sinfín de viales de cristal, estos parecían contener una a especie de humo de color carmesí. Al tocarlo pudo entender de qué se trataba, así que cogió los que

pertenecían a Delfos y a Dodo.

Prometió a Delfos que solucionaría el problema de todos los oráculos pero aquella misión tendría que esperar un poco más.

Apareció por la puerta mostrándole un vial de cristal entre sus dedos.

—¿Eso qué es? —.

—Es donde se almacena la capacidad de amar de los oráculos, este es el de tu amiga —.

Connor abrió la boca, se avergonzaba de admitir que ni siquiera se acordaba de aquel detalle.

—No puedo creerlo —admitió cogiéndolo entre sus dedos—.

—Ya he roto el de Delfos pero no he tenido forma de saber cómo ha reaccionado. Sugiero que se lo des a tu amiga y que ella decida —.

—Este es el mejor regalo que podías darme, mamá —.

—Hasta pronto, hijo —le dijo—. Te deseo la mayor de las suertes, estoy seguro de que ese mortal no tardará en sentir lo mismo que sientes tú —

—¿Lo dices como la diosa del amor o como mi madre? —.

No podía ser una sin ser la otra.

—Como ambas —.

Besó su mejilla y este desapareció, apareciendo frente a la casa de Herácles. Se elevó y voló hasta la estancia del mismo, esperando que sus amigos se encontrasen allí. El tiempo fluctuaba de forma distinta allí arriba, lo que había parecido poco más de una hora había resultado ser mucho más porque el sol estaba por marcharse.

—¿Hay alguien? —.

Oliver saltó de la cama y corrió a su encuentro. Se detuvo frente a él, intentando analizar por su expresión si el resultado había sido bueno o malo.

—¿No vas a darme un abrazo? —preguntó Connor con los brazos abiertos—.

—Eres libre? —.

Connor no podía ocultar lo contento que estaba

—Sí —.

Entonces Oliver corrió a sus brazos y lo abrazó con fuerza, por una vez había tenido suerte. Pensó que quizá su suerte se había estado acumulando durante toda su vida hasta ese momento. Tener este pensamiento lo confundió pero no le dio más vueltas.

—¿Estás contento? —quiso saber el dios del amor—.

—Mucho —le aseguró mientras seguía apretándolo con fuerza entre sus brazos—.

—¿Tanto como para...? —.

—No pienso pasar un minuto más aquí, así que no —.

Dodo apareció sobre el hombro de Essián, este llevaba una bandeja con un cuenco de sopa y unos trozos de pan para Oliver.

¿—Nos vamos ya? —preguntó Connor anunciando el resultado—.

—¿En serio?! —.

—Y tan en serio, Oliver no me dejará llegar a la cuarta base hasta que no volvamos —.

—¡Pero cómo eres tan capullo! —se quejó el afectado, golpeándole en el hombro y haciéndose daño—.

Dodo deseó poder abrazarlo y besar sus mejillas, estaba llena de alegría, si hubiese sido obligado a permanecer allí ella hubiese tenido que hacer lo mismo. Después de encargarse de Anteros, claro.

—Bien, nos vamos entonces. Estoy deseando tumbarme en el sofá y ver una novela absurda sobre doctores que se enamoran de personajes más absurdos todavía —soltó ella—.

—¡Eh, no te metas con mi novela favorita!, ¡el doctor Leroy es puro corazón! —.

Recogieron las pocas pertenencias que tenían y se dirigieron a pie al templo de Afrodita donde se encontraba el portal por el que regresar al tiempo del que provenían.

Essián los siguió de buen humor, al menos aparentemente.

—Has pensado en venir con nosotros? —le preguntó Oliver—.

Su propuesta lo descolocó.

—¿Cómo? —.

—El lugar del que provenimos es genial, si vienes con nosotros lo pasarás bien —.

—No puedes pedirle a alguien que abandone su vida como la conoce por pasarlo bien —le regañó Dodo—.

—¿Y qué problema hay? Esto seguirá aquí si quisiese regresar —.

—No lo sé —dijo él—. No quiero ser una carga —

Oliver intervino, estaba seguro de que su amiga querida que viniese aunque no fuese capaz de decirlo.

—Te podemos ayudar a adaptarte, incluso puedes vivir conmigo hasta que encuentres un trabajo —.

—Eh, eso no es justo. Yo quiero vivir contigo —se quejó Connor—. Dormiremos juntos cada noche y...—

Oliver lo cortó.

—Vives dos pisos más arriba, no te quejes...—.

—¿Tú qué piensas, Dodo? —le preguntó Essián—.

La pregunta tomó por sorpresa al oráculo.

—¿Yo? —.

—Os lleváis genial, ¿porqué no? —quiso saber su amigo—.

No había tenido ocasión de contarle que Essian le había confesado estar interesado en ella románticamente, aunque no tenía claro si lo hubiese hecho de haber tenido ocasión. Probablemente él lo sabría, era el dios del amor, pensó ella.

—Que haga lo que quiera, es libre —.

El templo se encontraba vacío, solo había un par de acólitas de su madre, sirvientas de la gran sacerdotisa del lugar.

—¿Podemos ayudaros? —preguntó una, esta reconoció a Connor—.

—Vamos a usar el portal —anunció—.

—Claro, adelante —.

El arco de piedra se encontraba tal y como lo habían dejado. Connor lo tocó y este se activó. El otro lado del mismo empezó a distorsionarse hasta que vieron de nuevo aquel remolino de plata líquida.

—Pasará algo malo como la última vez? —les preguntó Oliver—.

—No tiene porqué —.

Oliver revisó las flores que lo cubrían.

—En esta ocasión no hay ninguna dorada —dijo—.

Una idea vino a su cabeza, quizá aquella flor dorada tenía que ver con la voz que los había amenazado en el lago. Anotó la idea para hablarlo con sus amigos en el futuro.

—Espera, abre la mochila —pidió Dodo—.

—Aún no sabes si Essian vendrá —le recriminó Oliver—.

—Ya le he dicho que es un hombre libre —.

—Me gustaría ir, pero creo que no podré cruzar ese portal —.

—¿Qué? ¿Porque? —preguntó Connor—. Yo lo activaré —

Essian dio un par de pasos al frente y puso su mano sobre el torbellino de plata que se formaba dentro del mismo, una pared invisible impedía su paso.

—Eso es... muy raro —observó el dios del amor—.

—No pasa nada —.

Dodo no pudo evitar pensar en que tenía que ver con su verdadera naturaleza, una que no le había revelado.

—Cuídate —le pidió Dodo—.

—Vosotros también —le dijo él, mirándola sola a ella—.

Dodo se metió en la mochila de Oliver y este y Connor cruzaron al otro lado, dejando a Essian atrás.

—Nos volveremos a ver de nuevo, Mys —juró Essián cuando el portal volvió a la normalidad—. Te lo prometo —

Continuará.

Esta historia continúa en el siguiente y último volumen:

